

SELEKTOR 9

VOLUMEN 1

Luis Carlos **BARRAGÁN** · Bibiana **CAMACHO**
Flor **CANOSA** · Erick J. **MOTA**
Karen Andrea **REYES** · Giovanna **RIVERO**
Ramiro **SANCHIZ** · Iliana **VARGAS**
Soledad **VÉLIZ**
selección de Maielis **González**


MIG21
EDITORA



SELEKTOR 9

volumen 1

MAIELIS GONZÁLEZ
(comp.)


MIG21
EDITORA

Primera edición: diciembre de 2023

Selektor 9 vol. 1

Copyright © Maielis González, Luis Carlos Barragán,
Bibiana Camacho, Flor Canosa, Erick Motta, Karen
Andrea Reyes, Giovanna Rivero, Ramiro Sanchiz, Iliana
Vargas y Soledad Véliz

ISBN: 978-9915-42-183-4

Colección Selektor 9: 978-9915-42-182-7

© Mig21 Editora

Washington Beltrán 1758 ap 2,

Montevideo, República Oriental del Uruguay

mig21editora@gmail.com

Ilustración de portada: Luis Carlos Barragán

Diseño y diagramación: Ramiro Sanchiz.

Selección y prólogo: Maielis González

PRÓLOGO

MAIELIS GONZÁLEZ

Maielis González (La Habana, Cuba, 1989). Narradora, investigadora y divulgadora literaria. Ha publicado los libros *Los días de la histeria* (2015), *Sobre los nerds y otras criaturas mitológicas* (2016), *Espejuelos para ver por dentro* (2019), *De rebaños o de pastores* (2020) y *Catalejos para mirar muy de cerca* (2021). Relatos y ensayos suyos han aparecido en revistas y antologías como *Alucinadas II*, *Revista Próxima*, *Paradoxa*, *SuperSonic*, *Mundos sutiles*, *Contaminación Futura 1*, *El tercer mundo después del sol*, *Hijas del futuro* y *Recalibrando los circuitos de la máquina* y *Lo mejor de Ruido Blanco vol. 2*.

Estas líneas las escribo desde Madrid. Hoy a las doce del mediodía voy a cerrar las inscripciones para un taller sobre narrativa *new weird* que impartiré el próximo mes en Lata Peinada, la librería en la que trabajo. Cierro las inscripciones porque hay cerca de veinticinco personas anotadas y no van a caber en el espacio de la librería. Es un taller que he venido posponiendo por motivos de tiempo y debo confesar que estoy realmente sorprendida del interés que ha suscitado. Este género, con nombre en inglés y un tercio de los autores y las autoras del corpus que seleccioné inéditos o bastante desconocidos en España, ha movido pasiones como nunca antes en los cursos que imparto. Me resulta curiosa esta eclosión. A fin de cuentas, el *new weird* continúa siendo un género marginal, primo-hermano de la ciencia ficción y el terror sobrenatural y, por tanto, blanco de prejuicios respecto a su valor literario o su pertinencia.

Digo «género» pero, como suele ocurrir con frecuencia, los especialistas e incluso los lectores no se ponen de acuerdo sobre si el *new weird* es un género propiamente dicho, un

movimiento o una manera de escribir literatura fantástica. En su inicio —aún sin el «new»—, el término «weird» fue usado como etiqueta genérica para marcar los relatos de horror dentro del rebaño de literatura pulp que pastó a sus anchas en las revistas en inglés, publicadas desde finales del siglo XIX y hasta la década del cincuenta del siglo XX. Fue H. P. Lovecraft, que publicó muchísimo en la revista *Weird Tales*, quien puso el ingrediente cienciaficcional en esta clase de relatos y el monstruo tradicional devino mutante o entidad inenarrable proveniente del espacio.

Y pareciera que el *weird* hubiera permanecido dormido, cual Cthulhu literario, hasta que los británicos en los noventa lo hicieran despertar, para renovarlo con escenarios cercanos y realistas, y con técnicas literarias que socavaban hasta la propia fiabilidad del texto escrito. Pero ¿en verdad el (*new*) *weird* ha sido un coto exclusivo de la literatura en inglés y los latinoamericanos hemos llegado—tarde como siempre— a su cultivo, como una imitación o una apropiación, enriquecida a posteriori por nuestras propias marcas? No lo creo. Si me ataca el afán hiperbólico, incluso me atrevo a decir que los escritores latinoamericanos hubiéramos escrito esta clase de literatura extraña incluso sin haber leído en la vida a Lovecraft o a China Miéville.

Esto, por supuesto, es una verdad a medias —imposible de comprobar, por otra parte, pues la influencia de Lovecraft es indisociable de nuestra cultura—, pero lo que quiero remarcar es que esto que conocemos hoy como «*new weird* latinoamericano» proviene también de otro afluente autóctono que nace de la prosa modernista de finales del XIX y principios del XX, pasa por la renovación de la literatura fantástica que hicieron —a nivel conceptual

y en la práctica— Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo en los años cuarenta y encuentra cause también en la ciencia ficción rioplatense de los setenta y los ochenta —fundamentalmente la vinculada a la revista *El Péndulo*— con narrativas desconcertantes como la de Mario Levrero o Angélica Gorodischer.

Por lo tanto, mi afirmación es más una provocación que otra cosa. Los modernistas Ruben Darío, Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga leyeron con idolatría y embeleso a Lovecraft y Poe, y dieron a luz una literatura que los imitaba en principio, pero que se contaminó de otros referentes y otras experiencias de vida. La ciencia ficción de los ochenta en Argentina, momento en el que el género vivió su Edad de Oro, estuvo ampliamente influenciada por la llamada Nueva Ola de la ciencia ficción en inglés; como mismo declaran haberlo estado los británicos *new weird* en los noventa. Por lo tanto, la ciencia ficción latinoamericana, de la que se deslinda el *new weird* latinoamericano contemporáneo —aunque en realidad estemos llamando ciencia ficción latinoamericana a la proliferación aislada que vivió el género en algunas literaturas del subcontinente, como la argentina, la mexicana o la cubana— desde su inicio, se instituyó siendo híbrida, enrarecida y mutante.

Quizás sean estas las marcas de una literatura especulativa eminentemente latinoamericana, de la que sí ya no es descabellado hablar hoy. Y si no es así, coincidirán en que es una hermosa hiperstición; en que sería lindo y osado y justo... fundar retroactivamente una tradición literaria con las marcas de lo raro, lo líquido y lo barroco, y legársela a las generaciones futuras. Y es lo que hemos venido haciendo últimamente estudiosos, investigadores

y editores a partir de paratextos como este prólogo, a través de intervenciones y conferencias, charlas en congresos, catálogos de editoriales poco convencionales, conversaciones en los pasillos... Escoger nuestras madres y padres literarios, construir nuestra propia genealogía, encontrar en estas realidades deformadas y, a menudo, inexplicables, extraños antídotos contra la realidad inamovible y llena de certezas que nos inocularon desde los discursos oficiales y la literatura «seria» de los relatos nacionales.

Los cuentos seleccionados para esta antología hablan por sí solos de cuánto ha sabido sacar nuestra narrativa de la convivencia con la extrañeza, del descentramiento de lo Humano o del potencial subversivo de lo monstruoso. Faltan muchísimos autores y autoras aquí: T.P. Mira de Echeverría, Gabriela Damián, Maximiliano Barrientos, Michel Nieva, Liliana Colanzi, Elaine Vilar Madruga o Cynthia Matayoshi, por dejar la lista corta; pero la selección se ha supeditado a las lecturas de ese taller que mencionaba al principio; por lo que, como toda selección, se volvió injusta y reduccionista.

Esta compilación inaugura Selector 9, una colección de MIG21 que estará compuesta de antologías hechas por autores y autoras. Aquí está la mía. Pasen sin miedo y lean. Puede que se tropiecen con algún artefacto desconocido o que el piso tenga una textura viscosa, pero no se asusten, todo estará bien... probablemente.

Madrid, 30 de septiembre de 2023 ☆

SIMBIOSIS

LUIS CARLOS BARRAGÁN

Luis Carlos Barragán (Bogotá, 1988). Escritor e ilustrador, estudió Artes Plásticas en la Universidad Nacional de Colombia e Historia del Arte Islámico en la Universidad Americana del Cairo. Es autor de la colección de cuentos *Parásitos Perfectos* (2021) y de las novelas *Vagabunda Bogotá* (2011, X premio de la Cámara de Comercio de Medellín, nominada al Rómulo Gallegos), *El gusano* (2018) y *Tierra Contrafuturo* (2021). Sus cuentos han sido publicados en las revistas *Próxima*, *Supersonic* y *Cosmocápsula*, entre otras, y en las antologías *Verbum*, *America Fantástica*, *Paisajes perturbadores*, *Fabricantes de sueños*, *Relojes que no marcan la misma hora*, *Lo sintético: Narraciones sobre robots, seres poshumanos e inteligencias artificiales*, *Ruido Blanco 7*, *Cuentos y relatos de la literatura colombiana Tomo III*, *El Tercer Mundo después del sol* y *Antología iberoamericana de ciencia ficción*.

Pero en una sociedad verdaderamente humana los manantiales de la fuerza creadora manarán en muchos seres humanos, mucho más; la experiencia artística no será ya un privilegio sino la cualidad normal de un hombre libre y activo; daremos vida, por así decirlo, a un genio social.

Ernst Fischer,
La necesidad del arte.

1

Les dije a los muchachos y a Tania que me excusaran un segundo, me puse la chaqueta de cuero y me miré en el espejo. Ya me estaba acostumbrando a mi cara. «Está bien, está bien, eres solo otro muchacho con cresta que baila reguetón, no tienes nada de extraño: manos en los bolsillos, barba de unos días; solo estas ojeras de mapache podrían delatar tus adicciones».

Fui a la calle 63 con Séptima, al parque junto a la abandonada estación de policía donde uno puede encontrar casi cualquier cosa: desde anarcoprimitivistas gritones

exigiendo que los humanos volvamos a ser animales para estar equilibrados con el ecosistema, hasta cartuchos de recuerdos por unos cuantos yuanes con la gorda cara de Mao Zedong.

Vendedora: Papi, ¿qué está buscando? ¿Maní, chicles, protoneuronas? ¿Alacranes de enlace triple? ¿Quiere dihidrocodeína? Se le tiene, pregunte que se le tiene. ¿O de pronto me quiere a mí, papi?

Yo: ¿Qué recuerdos tiene?

Ella sonrió, se cubrió las tetas tatuadas.

Vendedora: Un lanzamiento en paracaídas. Una caminata lunar. Un matrimonio en Tokio.

Yo: Aburrido.

Vendedora: Una orgía en París. Recomendada, todos con máscaras. También tenemos el de Messi en el mundial del 2014, todos los goles uno tras otro, la adrenalina se siente rico, bien rico.

Yo: Aburrido. Ya he hecho todo eso.

Vendedora: Es como experimentado el mocososo, ¿no? ¿Qué le gusta, qué tipo de recuerdos le gustan?

Yo: ¿Qué es lo mejor que tiene?

Vendedora: Tengo un man que se fue en cicla por Asia, vio las montañas Pamir y vivió como un nómada por siete meses. Todos dicen que es una chimba, pero es una memoria de larga duración. Tiene que meterse uno de estos para sobrevivirla.

Me mostró una semilla de langostino. Nunca había visto uno de caparazón azul, pero sabía que existían.

Vendedora: Es un coprorreciclador. Cincuenta yuanes. Si es así de profesional ya le debe tener gusto, ¿no?

Lo dijo con aire de complicidad anal. Los langostinos se ponen en agua y crecen en menos de un día hasta alcanzar,

de largo, desde el culo hasta la boca. Con uno azul se puede vivir tres meses sin un solo bocado. Es una maravilla.

Vendedora: Solo no se vaya a cargar más de dos vidas en el cerebro, porque ahí sí queda loco.

Yo: Yo sé, yo sé. Deme el langostino y el recuerdo.

*

Mi primera relación simbiótica con un langostino fue a los doce años: mis amigos del colegio me compraron un recuerdo por treinta yuanes a la salida del Transmioruga; los vendía un hippie de un solo ojo que también ofrecía pipas para marihuana, collaritos de abalorios y laminitas del álbum Panini. Fue el primer proto que me metí: no había probado el cigarrillo ni me había masturbado. Mamá creía que yo era un angelito.

Me desvestí con algo de vergüenza frente a mis amigos y ellos me metieron la gruesa mandíbula retráctil del langostino por el ano, no sin antes lubricarme con un dedo, por supuesto. «Tranquilo, que esto no es nada gay», dijo uno de ellos entre risas. Un pequeño pitillo de carne, eréctil y rosado, creció de la cara del langostino, se enlazó con mi uretra y el velludo tentáculo excretorio buscó instintivamente mi boca, metiéndose torpemente hasta la garganta. La ingeniería genética creó esta joya capaz de sintetizar la mierda y transformarla en comida. Mientras estuviera en coma, yo haría popó y pipí directamente en las fauces del crustáceo, el cual reciclaría y purificaría la biomasa bacteriana restante, la grasa y la proteína, produciendo agua y alimento con un porcentaje de kilocalorías suficiente para mantenerme vivo por varios

coprociclos. Sentí sus patas artrópodas abrazándome, aferrándose como una maleta a mi espalda baja, y tuve miedo de continuar.

Pulsé *Start* en la base del APC Decoder después de que uno de mis amigos inyectó en la bolsa subcutánea de vejigas el conglomerado neuronal que contenía el recuerdo. El caracol comenzó a enviar señales eléctricas por sus tentáculos translúcidos hacia mi cerebro por medio del nervio auditivo y, en unos segundos, pasé por un túnel de luz. Atravesé una implosión de serotonina, noradrenalina y glutamato. Entré en otra carne: apenas tuve tiempo de ajustarme a la nueva piel —nuevos dientes, tics, ojos, axilas, y un hervor de pensamientos en mandarín—, cuando ya estaba saltando en paracaídas, y sentí el vacío en el estómago. Al instante pasé a tener treinta años, una familia, una novia en Shanghái, un trabajo estable. Grité ante el vasto vacío, desde donde se podía ver la bahía de Corea durante unas vacaciones del año 2006.

El proto de paracaidismo duró tres días en los que caí y caí y volví a caer sin parar. Cuando me desperté estaba desnudo en el cuarto de cachivaches de mi amigo, tiritando del frío, bañado en vómito y olvidado por los demás. Tuve que gritar para que me sacaran de allí. El langostino estaba muerto en el piso y yo había tenido una de las experiencias más fuertes de mi vida hasta ese momento. Mi mamá había llamado a todos mis compañeros del colegio y ya había contactado a la policía. Aparecí en la puerta, resucitado al tercer día, pálido como una ostra y rascándome los brazos por una adicción que apenas comenzaba.

*

Un tipo gritó: ¡La tomba, la tomba!

Se escucharon detonaciones de aturdidoras y la mujer que vendía protos y drogas con la que estaba hablando me dio el huevo de langostino azul, agarrando mis billetes de un raponazo. Salió corriendo junto a un puñado de comerciantes asustados, arrastrando a toda velocidad sus carritos de dulces y aromáticas. A lo lejos se veían los chorros de agua del ESMAD.

«Ceeerdooooo, ceeerdos», gritaban las personas arruinadas, los vendedores ambulantes de codificadores, toxiempanadas y chicles que no podían moverse con la misma agilidad. Me fui corriendo hacia el bar donde había dejado a Tania y a mis amigos bailando reggaetón, pero cuando me acercaba vi que la policía iba a allanar todos los huecos de la zona, incluyendo ese. Me alejé rápido, sin correr para no verme sospechoso y, cuando ya estaba lejos del caos, tomé un taxi. ¡Qué noche de mierda! Mientras me alejaba en el taxi usé el Decoder para llamar a Tania. El caracol transmitió su voz: dijo que estaba bien. La policía intentaba retomar el control de la zona, la mafia de bios llevaba días controlando Chapinero y no había ley bajo su mandato, todo estaba permitido. Como Tania se quedó con mi mochila de la universidad, acordamos que nos veríamos el lunes siguiente y me la devolvería. Te quiero muñeca, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Colgué.

El conductor del taxi me miró por el retrovisor por varios minutos, escudriñando en mis ojeras de mapache los signos de la adicción, y decidió hablarme. Hablaba de sí mismo en tercera persona.

El taxista: Camilo no cree que los tombos puedan sacar a los bios de Chapinero. Va a morir mucha gente esta noche: los bios son mejores que el gobierno.

No le respondí. Solo miré por la ventana mientras el taxi estaba estático, atrapado en un trancón que formaba un río de luz roja. La pantalla bioluminiscente de piel de pulpo en el panel del conductor indicaba que tres carros habían chocado a unas cuadras de distancia. El tipo resopló sin dejar de mirarme por el retrovisor.

El taxista: Camilo se pregunta si usted ha tenido una buena vida.

Yo: ¿Yo? ¿Qué?

El taxista: ¿Ha tenido una buena vida? ¿Ha amado, ha viajado por el mundo y conocido cosas emocionantes? Camilo se lo pregunta.

Yo: Pues... más o menos, sí, yo creo que sí. He hecho muchas locuras.

El taxista sonrió, enseñando sus dientes limados, y alcancé a verlo tocando un botón-glándula del panel de control. Unos segundos después dos muchachos con la cara tatuada con pececitos de buscando a Nemo se subieron al taxi, flanqueándome y mostrándome que estaban armados.

Yo: Mierda.

El corazón me latía a cien.

El taxista: Camilo lo lamenta. Pagan bien por los buenos recuerdos. Así Camilo queda contento.

Me sacaron a rastras del vehículo mientras gritaba como un loco.

Yo: ¡Déjenme! ¡Malparidos! ¡Ayuda!

Secuestradores: Chito, chito. Te callaste, gonorrea, o te vamos es picando.

Me arrastraron en medio del trancón de medianoche hasta un callejón. Nadie quiso ayudarme; todos en lo suyo. Coma callado. Me amordazaron, me pusieron una capucha en la cabeza y, para bloquearle la señal de datos

a mi biodispositivo, le clavaron una inyección amarilla de faradanina, o de algo parecido. Mi caracol quedó inutilizado. Me pusieron esposas y me subieron a una moto, todo muy profesional. La moto arrancó y condujeron a toda velocidad.

Cuando la moto se detuvo, me llevaron a tropiezos, haciéndome subir un par de escalones. Escuché que abrían una puerta, tal vez una cortina metálica; luego de obligarme a entrar la cerraron tras de mí. Me amarraron a una silla de ruedas y me quitaron la capucha. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz artificial descubrí que estaba en un almacén de mecánica cerrado, rodeado de personas. Todos me miraban con atención, intrigados por lo que iba a hacer, curiosos por el aspecto de mi cara y mis ojos. Las paredes y el piso estaban manchados de grasa: seguro el local tenía bastante tráfico de día, pero de noche se convertía en la guarida de unos piratas de recuerdos. Hijos de puta. Quise insultarlos, pero la mordaza apenas me permitió farfullar. Un hombre con ojos retráctiles de sapo me agarró bruscamente del cabello y expuso mi cara bajo la luz, señalando mis ojeras.

Hombre con ojos saltones: Este man es un adicto. Qué arepazo.

No debía tener más de treinta años, pero era el mayor y hablaba con aire de mentor. Lo llamaban «tío Jerson». Los demás eran unos siete adolescentes que me rodeaban y examinaban como alumnos en una clase de anatomía. La mayoría no pasaba de los 15 años y tenían tatuajes en la cara con pececitos e injertos genéticos hechos por biohackers: una corona de orejas humanas, narices de perro en los hombros, ventosas en los dedos, ojos completamente negros con doble párpado de reptil; esas modificaciones

no eran fáciles de conseguir. El tío Jerson agarró con fuerza la concha del caracol adherida a mi oreja y, con paciencia y precisión, arrancó al molusco, extrayendo cada tentáculo y observándolo luego con sus extraños ojos desorbitados. Sentí cómo me lo desprendía del oído interno, era un antiguo coágulo que me llegaba al tálamo. Los órganos del caracol se movían frenéticamente por el ahogamiento repentino, buscando aferrarse a algo para sobrevivir. Solo había usado dos Decoders en mi vida, y este ya hacía parte de mi cuerpo.

Me llevaron en la silla de ruedas a un cuarto oscuro en el que solo brillaba la luz de una gran pecera repleta de vida y la pantalla de un bMac sobre un escritorio. El bMac estaba resfriado, y su piel verde escurría moquillo de los puertos USB. Ni siquiera la pantalla se veía saludable, las ventanas y los íconos exhibían un tono amarillo enfermizo. Era claro que me iban a conectar a esa porquería infectada, pero yo solo podía farfullar y gruñir por la mordaza. El Tío Jerson sacó de la pecera un langostino maduro que se arqueaba, moviendo con rapidez sus patas escurridizas y sus largas anténulas. Los otros langostinos se agitaban violentamente en la pecera: nunca había visto crustáceos tan hambrientos, tan ansiosos por probar la mierda. Con esa cantidad de langostinos, una persona de mi tamaño podía sobrevivir tres años con tan solo una bandeja paisa en el estómago.

El tío Jerson: Como ya les mencioné, lo primero que debemos hacer es instalar el langostino en el paciente. Este es amarillo, ¿o sea que...?

Uno de los adolescentes: Pues que le irá inyectando celulosa y anestesia al paciente para que no se nos muera, antes de iniciar el primer coprociclo.

Yo: phhp ph ph phhhhh phhh ph phh.

Jerson: ¿Qué dice? Quítenle la mordaza.

Yo: Voy a hacer que se pudran en la cárcepph ph ph phphhhhh.

Salió en noticias Caracol, lo recuerdo: *Bandas de piratas cazan adictos para comercializar sus recuerdos*. Debí tener más cuidado: maquillarme las ojeras, haber pedido un Uber, enviarle las placas a Tania, usar gafas oscuras. Las bandas operaban junto a redes de taxistas que recibían comisiones millonarias por cada persona que entregaban, según el reportaje. Muchos adictos caían, y nadie los volvía a ver. Nunca quise tomar los riesgos en serio.

¿Por qué eras un adicto? Ah, ya. Eras un adicto porque, a pesar de que tu vida tenía suficiente emoción, había cosas que no podías obtener. Querías vivir en carne propia ese beso bajo la lluvia en Ámsterdam entre dos tipos barbudos que se amaban y se despedían para siempre porque uno de ellos se iba a la Estación Espacial Internacional. O el momento en que cierta chica encontró su mariposa favorita en la ventana de la habitación de hotel en Nepal, o el del tipo chino que se compró por fin el Ferrari con el que soñaba y lo manejó por horas, totalmente feliz, por las autopistas vacías de Shanghái a la madrugada. Las memorias de orgías y de deportes extremos estuvieron bien por un tiempo, y no criticabas a quienes buscan con entusiasmo recuerdos de héroes de guerra o de espías, ni a los que escogían una y otra vez ser Maradona cuando le metió dos goles a Inglaterra, pero eso no era lo que querías. Lo tuyo, en cambio, era sencillo: la chica que descubre que está embarazada, las sorpresas de cumpleaños, los regalos inesperados, el regreso de viajes largos cuando las personas se abrazan fuertemente durante varios minutos. Eso te

gustaba. Todo ser humano es un artista y los recuerdos protoneuronales son arte puro, sin editar, sin comerciales, sin estrellas famosas. No es que no tuvieras tu propia vida, es que siempre quisiste más. A veces, cuando tenías sexo con Tania, activabas los recuerdos de otros: primeras veces, pérdidas de virginidad, fragmentos de cuerpos sudados de mil nacionalidades, pezones, vello púbico, axilas, gruñidos pasando a alta velocidad; ella no lo sabía, pero aun así la mezcla con el mundo virtual estimulaba tu vida real y se hacía la luz: poesía simultánea de varios universos hormonales. Eras un adicto porque querías volver social tu individualidad, expandir las fronteras de tu identidad y vivir en términos menos limitados de los que ofrece la vivencia personal. Querías evadir la soledad de estar atrapado en la mente, el pánico de no saber si los otros también experimentan la vida como tú, el terror de solo haber presenciado una fracción ínfima de la realidad. Eras adicto a ser todos, y a vislumbrar así pequeños trozos de la ignota objetividad. La totalidad.

Me tiraron a una camilla fría y me desnudaron a las malas. El tío Jerson acercó el crustáceo a mi espalda, mientras los adolescentes me sujetaban con fuerza y yo me retorcí para zafarme. La criatura se aferró a mi cuerpo, buscando mi ano con fiereza, con hambre. Introdujo sus fauces retráctiles, penetrándome con las pocas gotas de lubricante que el crustáceo generaba naturalmente. Finalmente, el tío Jerson me quitó la mordaza y me abrió la boca a la fuerza, permitiendo que el langostino arrastrara su aparato excretor y lo introdujera violentamente por mi boca. Si no la hubiese abierto, el crustáceo me habría destrozado la dentadura. Los piratas me miraron, se sonrieron, tal vez incluso con lascivia: mientras yo

pataleaba por liberarme, pude ver que esculcaban mi ropa y que uno extraía de mis pantalones el huevo del langostino azul, mirándolo con interés. El jefe se acercó con un nuevo Decoder, con una forma vagamente similar a la de un calamar, y me lo pegó a la oreja. Tras activar el adaptativo auricular, el animal se adhirió a mi oído y comenzó a succionar mis recuerdos con sus filamentos elásticos. Era un Decoder pirateado para extracción, una máquina ilegal que no cualquiera podía tener en casa. Al principio fue doloroso, pero luego, a medida que sacaban cada memoria, sentí unas extrañas oleadas de placer. Retuve los recuerdos vívidamente por unos segundos antes de que se desvanecieran, dándome la sensación de haber tenido una existencia alegre y tranquila, reproducida en una selva de luz de información donde florecían miles de injertos de memorias ajenas. El tío Jerson conectó el calamar al bMac infectado con un velludo cable USB: poco a poco sacaron miles de terabytes de mi cerebro, al tiempo que inundaban mi sistema circulatorio con ese pus que recorría las venas del computador, llevándome a un colapso metabólico. Inundaba de miles de calamares mi sistema sensación bytes donde florecían cerebro selva de injertos filamentos el jefe se cada recuerdo. Colapso metabólico. Metabólico. Tabólico. Bólico. Lico. Co. O.

2

Animales. Gente sin memoria. Adefesios humanos que sobreviven con su cerebro primitivo ya que su neocórtex ha sido drenado casi por completo. Casi todos son llevados a plantas de reciclaje para que se puedan reutilizar sus

órganos y su información genética. Otros pocos son reprogramados con memorias sencillas de personas dóciles para trabajar como esclavos sexuales en Tailandia o en fábricas clandestinas de juguetes, a precio de huevo.

Narrador (un periodista en primer plano, al fondo varios vecinos miran a la cámara): Esta noche la policía desmanteló un centro ilegal de extracción de memoria del famoso grupo de criminales conocidos como El Clan los Dorys, una de las bandas más peligrosas de piratas mnemónicos. Su centro de operaciones, ubicado en la capital del país, se encontraba en este taller, (imágenes del olvidado taller de mecánica automotriz con las paredes cubiertas de manchas y partes de máquinas viejas). En el sótano se encontraron más de veinte personas, la mayoría extranjeros, que habían sido reportados por sus correspondientes embajadas como desaparecidos. Se presume que los secuestrados son adictos a los protoneuronas. Como es de conocimiento público, estas personas son las presas más valoradas por los piratas mnemónicos. Los miembros de la banda fueron detenidos y se encuentran a la espera de la judicialización y procesamiento por sus crímenes, (imágenes de un montón de animales, en jaulas, con los ojos brillantes ante la cámara nocturna).

Yo estoy allí en la esquina, en una de las jaulas. Nadie pensaría que estudié una carrera universitaria; nadie pensaría, al verme ladrar y hacer otros ruidos guturales, que alguna vez tuve una novia o amigos o que abrí regalos de Navidad.

Narrador: Los animales que no sean reclamados por familiares serán llevados a una reserva silvestre donde se estudian los efectos postraumáticos de una extracción total de memoria. Le preguntamos a algunos expertos y personas

en la calle su opinión acerca de los piratas mnemónicos, y de los esfuerzos del gobierno por erradicar la venta de protoneuronos.

Transeúnte 1: Queremos que la policía se esfuerce y que destruyan la venta de este tipo de narcóticos, que acaben con las redes de comercio que van en contra de lo que dice el Señor Jesús...

Transeúnte 2 (este tiene ojeras de mapache): Si uno es adicto... ellos lo buscan a uno porque van a encontrar cantidad de recuerdos, ¿sí me entiende? No creo que la solución sea penalizar la dosis personal de protoneuronos, ni capturar a todas las bandas; creo que la solución es justamente legalizar el consumo, regular la producción de memorias humanas.

Experto 1: En Latinoamérica estamos viendo un incremento evidente tanto del consumidor de recuerdos como de las mafias que fabrican, copian y distribuyen los protoneuronos a partir de mnemoadictos. Prohibir la piratería y acabar con las bandas criminales requiere desmantelar todo un sistema político; adicionalmente, a pocos consumidores les importa que cada uno de esos recuerdos sean vidas de personas que fueron drenadas y que detrás de eso haya mafias peleando por territorio, adictos y distribución. Mientras haya demanda, seguirá habiendo secuestrados, adictos y memorias nuevas para llenar el mercado. No importa cuántos capturen, esto no va a cambiar.

Experto 2: Los países «desarrollados» son los mayores consumidores de recuerdos, mientras que la extracción y producción se da casi siempre en países como los nuestros. Afganistán y las Filipinas son los mayores productores, pero ellos no son conscientes de que este mercado es perjudicial

para el desarrollo de sus comunidades. A los jefes de las mafias mnemónicas no les importa el daño que causan. El gobierno colombiano, por ejemplo, es un mnemogobierno y casi todos los políticos han llegado al poder apoyados por clanes de productores. Las mnemoguerrillas primitivistas de El Salvador, por ejemplo, están totalmente financiadas por este mercado. Lo más curioso es que, a medida que las memorias se venden, las guerrillas cumplen con sus objetivos políticos: convertir a todos los salvadoreños en animales y dismantelar todas las industrias, excepto la mnemónica, (imágenes de miembros de una banda de piratas en México que han sido capturados, ocultando las caras de las cámaras).

Transeúnte 3 (este tiene los ojos rojos): Pues nada, es que son adolescentes buscando en la noche algo que les haga sentirse fuertes, olfateando recuerdos rancios de una escapada nocturna con olor a fluoxetina.

En un mercado de hormonas en Estambul, un hombre muestra el proceso de extracción mnemónica de las vacas. Tiene un respetable bigote negro y dice que los mayores competidores son los árabes: ellos son los que saben exportar el material mnemónico de cabras, gatos y camellos para fabricar protoneuronas no adictivas, mucho más caras que los protoneuronas piratas. En este caso, las memorias de las vacas van para *¡¿Qué recuerda una vaca?!*, el programa de recuerdos legales más popular de Turquía, que se vende hasta en fiestas infantiles. Pero *¡¿Qué recuerda una vaca?!* apenas compite con el enorme y multimillonario mercado de memoria pirata.

Al llegar me asignaron un nombre tentativo: Pavel. Caminaba por el campo, una gran área boscosa delimitada por cercas electrificadas. Estaba en Rusia. Al gobierno colombiano le dan muchísimo dinero por las víctimas de trauma mnemónico para experimentos de neurobiología; mantenerlos en el país le costaría una fortuna al sistema de salud, por lo que no les importa mandarlos al otro lado del mundo.

Nos comportábamos como cualquier otro animal: nos olíamos, nos acicalábamos, nos arrunchábamos entre las hojas. Los recién llegados se enfrentaban al macho alfa de la manada hasta vencer o ser subyugados. Nuestras barbas gruesas apenas nos cubrían un poco del frío, teníamos que pasar el invierno en un galpón. Cazábamos pequeños roedores que comíamos crudos. Olíamos mal. Cagábamos, meábamos, follábamos, nos peleábamos, nos rompíamos las narices.

Un humano-animal a mi lado: Miauuuuuu.

Yo: Miauuuuuuuu.

El director de la granja, un ruso panzón de barba, afirmaba que esta forma de habitar el planeta era mucho menos dañina para la Tierra, y les confesó sus delirios a unos estudiantes de sociología.

El director de la granja: Si todos fuéramos animales no habría guerras, no habría contaminación ambiental ni producción en masa y haríamos prácticamente lo que se nos diera la gana. Hasta habría más tiempo para divertirse y para descansar. Yo veo a mis muchachos y veo el futuro de la humanidad, esto es mucho más estable que la industria, la civilización o el desarrollo. Si, como especie,

los humanos escogemos este camino, viviremos miles de años, seremos mucho más felices y más simples. Muy pocas cosas modernas son rescatables: ni las licuadoras, ni los biotelevisores, ni los conductos neuronales sintéticos, nada de eso. Sueño con un gran día en el que desmantilemos toda la industria y seamos libres.

Si entonces hubiera podido entender el lenguaje humano, tal vez habría estado de acuerdo con el director. Debilitado por el frío y la confusión mental, yo habría aceptado que el verdadero espíritu humano estaba en esa granja. Todos esos recuerdos (besos de noche), cada cosa que promocionan (despedidas con abrazos), que copian (lanzamientos en paracaídas), distribuyen (viajes en barco por el mediterráneo) y venden (alguien muriendo en la última guerra entre China y Japón con los intestinos por fuera), no es más que basura.

A pesar de sus pretensiones utópicas, cada mes el director tenía que dejar entrar a un grupo de científicos de R-Pharm para que se ejecutaran las pruebas que pagaban su salario. Un escuadrón de hombres y mujeres vestidos de blanco, cargando rifles de tranquilizantes, se dispersaba por la granja y nos disparaba desde lejos. Nos sujetaban bruscamente y nos inyectaban una sustancia experimental en el cuello mientras nos retoríamos, blanqueando los ojos. El suero ya había pasado por varias iteraciones evolutivas: versiones anteriores habían dejado a más de un humano-animal con convulsiones crónicas y ceguera. La versión que nos inyectaron, a mí y a mi grupo, era la más prometedora. Después de tres meses comencé a sentir cómo los fragmentos más básicos y más antiguos de mi memoria crecían como uñas en mi cerebro. Estrellas simétricas de costumbres extirpadas se regeneraron suavemente y fueron

cubriendo campos muertos de la mente: miedos, anhelos y manchas que alguna vez fueron seres queridos titilaron en mis sueños bajo el cobertizo. La naturalidad con que antes usaba ropa, sanitarios y tecnología avanzada destelló tras varias semanas de terapia; aprendimos a abrir las cercas, a operar botones y cerrojos. La memoria residual, reactivada por el suero de R-Pharm, me hizo sentir como Adán tras probar el fruto prohibido.

Por eso un día el director de la granja se alarmó cuando nos paramos del todo y cercamos su casa en silencio, cuando vio que habíamos fabricado lanzas y otras armas afiladas. Lo planeamos por varias semanas, ocultamos las lanzas en el galpón y, cuando el director pasaba a hacer revista, pretendíamos que todo seguía igual. Al salir de su casa y vernos, seguro pensó que una lanza significaba lo mismo que una plancha de hierro, una estaca, una palangana, un armario, una espada, una silla de montar, un bombillo eléctrico, un CD de polka, un televisor, un biprocesador, una guerra mundial y un estado paramilitar. El director de la finca intentó defenderse y salió con una escopeta, pero no pudo evitar nuestro ataque: solo uno de los humanos-animales cayó destrozado de un disparo antes de que la primera lanza le rozara el cuello al gordo ruso. El director corrió hacia el bosque con la mano en la herida, pidiendo ayuda, antes de ser alcanzado por un cuchillo y después por una piedra. Lo ahogamos, hundimos las uñas en su cara y en su voluminosa panza hasta que extrajimos lo que estaba adentro e hicimos una escultura con sus entrañas. No dijimos una palabra. Entramos a su casa, nos pusimos su ropa vieja y, al vestirnos, el neocórtex nos hizo recordar la familiaridad del abrigo. Los animales salimos de la casa convertidos en algo casi humano. Los animales nos

miramos entre nosotros, éramos trece locos intentando encajar en el rol de gente, listos para el siguiente paso. Los animales éramos libres y dejamos la granja. Andábamos juntos, éramos una familia; nos sentíamos unidos, pero teníamos la sensación de haber sido otros y deseábamos saber los detalles. Necesitábamos Decoders, recuerdos y un lenguaje para comunicarnos. Caminamos por las inmensas planicies de Siberia, perdidos, hambrientos, hasta que dimos con una carretera. Cuando la vi casi sentí la palabra «carretera» en mi boca, pero no supe qué era. Los animales seguimos el camino por instinto. Robamos comida de granjas que encontramos cerca; atacamos automóviles que por casualidad se acercaban a nosotros, rompimos sus vidrios, asesinamos a sus ocupantes, intentamos conducir, pero los recuerdos estaban incompletos y nos perdíamos a mitad de camino entre el acelerador y la caja de cambios. Queríamos recordarlo todo. Era lo único que queríamos, nuestra única obsesión.

¿Fue un sueño? Los recuerdos no son claros. Nos dispersamos: unos terminaron en ciudades buscando comida en los botes de basura de Norilsk o Nizhnevartovsk; unos murieron de frío enterrados bajo la nieve. A otros nos capturaron mientras saqueábamos una tienda de abarrotes. La policía de las cercanías de Dudinka hizo un operativo, nos atacaron con un Taser y soltaron cangrejos de batalla que corretearon y se treparon a nuestras manos para apresarnos e inyectarnos un somnífero.

Me aislaron de la manada y me pusieron en una celda gris. Una chica dulce de una ONG intentó domesticarme. No sé cómo no sintió asco: mi rostro debía ser el de un cavernícola famélico y barbudo, oloroso, en proceso de putrefacción, oculto tras capas de mugre y grasa. Dijo

palabras suaves, quiso acariciarme la frente y, después de unas semanas, logró que me sacaran de ahí. Me lavaron, me cortaron el cabello, me afeitaron, me vistieron con una bata blanca y me llevaron a un salón pequeño donde vi algo que me resultó familiar: una especie de insecto con muchas patas. Dos personas lo sacaron de un empaque y me lo acercaron a la oreja. El tórax del insecto se abrió, exponiendo una flor de tentáculos blancuzcos que buscó con experticia mi nervio auditivo. Yo no me resistí, había algo esperanzador en todo eso; esperaba la llegada de una sensación vagamente conocida. Los miembros del crustáceo penetraron mi nervio auditivo y resonaron como arena en mi cavidad endocraneal. Me inyectaron un recuerdo protoneuronal de larga duración y me pusieron en coma inducido por dos meses, con terapia eléctrica en los músculos y suero en las venas.

Desperté en un cuarto de hospital frente a la mujer de la ONG. Exploré la habitación recordando con claridad ser Alexander Yahontov, haber tenido una infancia genérica en Yakutsk, jugando fútbol y siendo humillado por niños mayores en la escuela. La muerte de mi babushka durante el invierno del 93 y la desaparición de mi padre Iván, en 1994, eran eventos traumáticos; el resto era un sinsabor de una vida rutinaria en un apartamento compartido de San Petersburgo, trabajando todos los días como guía turístico y enviando remesas a mi madre en Yakutsk.

La mujer de la ONG se identificó como Elena, se sentó junto a la camilla en la que desperté y dijo que llevaba años trabajando por los derechos de los humanos-animales. Elena me contó que ya eran miles los descerebrados que terminaban en las calles, muriendo de hambre o cazados por supremacistas rusos. Luego me dijo que yo no era

Alexander Yahontov: esa era una identidad temporal que me servía para sobrevivir, una personalidad neutra mientras encontraba mi yo real. Insistió que yo no era yo, que debía buscarme a mí mismo.

Elena: Hay unas cuatrocientas personas con tu misma identidad y recuerdos. A todos los que rescatamos les damos la misma memoria, es la única que podemos usar legalmente.

Al principio no lo podía creer. Me parecía una broma, quería saber qué había pasado con mi perro Khlopok, al que amaba, al que extrañaba, y cómo era que yo había terminado en Dudinka. Mi recuerdo más reciente era salir del trabajo en el Museo del Gulag, por la noche, y sentir que alguien me seguía.

Elena: Mírate al espejo, si quieres.

Me paré con dificultad y me acerqué a un gran espejo que había en una de las paredes de la habitación. Me busqué en el reflejo y no me encontré: en vez de un cuerpo flaco y alto, de cabello rubio y ojos azules, encontré un hombre muy joven, de unos veinticinco años, bajito, cansado, incluso dañado. Era de tez morena, cabello negro y ojos marrón oscuro. No era ruso ni asiático; más bien me pareció, persa, árabe, o tal vez mexicano.

Yo: ¿Quién diablos es ese?

Elena: No lo sabemos. Pero te podemos ayudar.

Me mostraron las fotografías de este cuerpo, desnudo y rancio, en forma de animal, y los videos de cómo me comportaba en la celda. Me pareció familiar, tuve la sensación de que esas cosas habían pasado, pero parecían un sueño. Un sueño anterior al lenguaje.

El verdadero Alexander Yahontov había sido secuestrado, descuartizado y reciclado hacía más de diez

años. Yo, en cambio, era su sombra. ¿Y las personas que amaba? Tal vez ya no existían, pensé, o tal vez me habían olvidado. ¿Qué habría sido de Irina, la vecina con quien me acostaba con frecuencia y a quien había pensado invitar el sábado al zoológico? Ese sábado había pasado hacía una década, y con seguridad varios de los cuatrocientos Alexanders Yahontovs ya la habían contactado para verla, envalentonados para decirle que estaban enamorados, solo para descubrir que estaba casada y tenía tres hijos. Y ella, probablemente irritada por la cantidad de llamadas y las explicaciones extrañas, contestaría a las llamadas de: «Hola, no lo vas a creer, pero soy Sasha», con un frío y cortante: «¿Otro? Vete al infierno y déjame en paz», o tal vez a la segunda llamada ya habría cambiado de número de celular. Si no había espacio para mí en Rusia, con mi familia —porque en realidad no eran mi familia, ni mis amigos eran mis amigos— no tenía otra opción que buscar mi verdadera identidad y hacer lo posible por encajar en ella.

Después de saber que no eres quien crees ser no es posible continuar la rutina que te sabías. Quedas intrigado, roto, confundido, caminas temblorosamente; todo lo que creías hasta ese momento, todos tus recuerdos, todo lo que amaste alguna vez, todo es falso y solo lo has conocido por un día de tu vida. Ni siquiera cuentan los dos meses de inyección de memoria, no son más que un puñado de sueños y delirios.

Elena juró que haría lo posible por ayudarme a encontrar mi información mnemónica y mi verdadera identidad, y que la ONG me ayudaría a conseguir papeles de animal-rehabilitado. Me hicieron un examen genético, pero tendría que esperar un poco antes de que los resultados

estuvieran listos. No se me ocurrió otra cosa más que ir a San Petersburgo a buscar trabajo. Al menos conocía la ciudad y tenía contactos, posiblemente sobreutilizados por mis antecesores. Lo más probable era que alguno de los otros Alexanders tuviera el trabajo en el Museo del Gulag. Era una verdadera lástima, porque me sabía el recorrido del museo de principio a fin, aunque seguro le habían hecho cambios en estos años. Elena me dio dinero suficiente para vivir un mes entero mientras conseguía trabajo. Me despedí de ella, me compré ropa de invierno y tomé un tren a San Piter. Lo primero que hice fue ir al Museo a probar suerte, pero el director repitió pacientemente la explicación que le daba a todos los Alexanders: ya habían contratado a uno de nosotros, un negro de Mozambique, al que solo vi de espaldas, guiando a un grupo de estudiantes de colegio, contando los mismos chistes que yo me sabía. Jamás habría reconocido que él y yo teníamos las mismas historias íntimas, que ambos habíamos pasado por lo mismo, con nuestra misma babushka pellizcándonos los dedos antes de dormir, nuestro padre enseñándonos a fabricar un radio, nuestra madre obligándonos a comer papas que no sabían bien, los niños del colegio retándome a matar una rata que atraparon, nuestra primera vez con una chica de la escuela en Yakutsk bajo las escaleras... todos nuestros secretos. Finalmente encontré otro trabajo como conserje de hotel y limpié habitaciones por el salario mínimo. Me instalé un APF Decoder tipo escarabajo rinoceronte, recién sacado de su empaque original, y manoseé su caparazón negro de día y noche, navegando por páginas web a toda velocidad, buscando mi rostro en sitios web de personas perdidas en países árabes y latinoamericanos, tal vez alguien me estaba buscando. Mientras estaba en

ese proceso también descubrí que había un grupo de VKontakte llamado Alexander Yahontov, y que todos los miembros eran Alexander Yahontovs. Para entrar tuve que llenar un formulario en el que hacían preguntas íntimas que solo nosotros podíamos responder. Me dieron la bienvenida y descubrí que muchos de ellos vivían ya en sus verdaderos países, con sus verdaderas identidades, pero que eso no hacía que dejaran de ser Sashas. Todos teníamos el mismo sentido del humor, y hablar con uno era como hablar con todos.

Varios meses después, Elena me contactó: habían salido los resultados de la prueba de ADN. Dijo que mi identidad no había emergido automáticamente, pero sí quedaba claro que debía ser latino y que concentrara mi búsqueda en Ecuador, Colombia o Venezuela, donde tenía más probabilidades de encontrarme. Si mi memoria había sido drenada y comercializada, era posible que me encontrara en protos latinos, pero habían pasado diez años y los dealers que conocía habían desaparecido, un amigo me dijo que la mafia de protos siberiana los había matado a todos. Tuve que murmurar a comerciantes ambulantes, preguntándole a inmigrantes mongoles que vendían flores en las calles y otros desdichados, buscando a un vendedor, y resultó que uno de ellos tenía su maleta llena de protos y huevos de langostinos. Comencé a comprar y a consumir tantos recuerdos que los vendedores del mercado negro me advirtieron que fuera cauteloso, porque los frecuentaba demasiado.

Después de un año penoso, inmerso en la depresión más horrenda, solo como una ostra y con pensamientos suicidas a diario, Elena me volvió a contactar. Yo había dedicado todo mi tiempo a buscarme y a diseñar y

compartir memes sobre Irina en el grupo de VK de los cuatrocientos Alexanders. Podía sentirme tocando fondo cuando ella me rescató.

Elena: Encontramos que la mayoría de tu memoria está distribuida en cientos de mosaicos mnemónicos, sobre todo latinoamericanos. Eres colombiano, de Bogotá. Esa es tu ciudad. Te llamas Pablo. Encontrar con exactitud el lugar donde está tu memoria es muy difícil, pero recuperamos tu cuenta de Facebook, tus datos bancarios y tu correo electrónico. Solo tienes que seguir las pistas para encontrarte, aunque hay un problema.

Yo: ¿Cuál?

Elena: Todo está en español.

Elena me compró un tiquete aéreo para volver a Colombia usando el dinero del programa *Retorno a casa* de la ONG.

*

El avión sobrevoló Ucrania y los Balcanes; nos acercábamos a París. No sé cómo no los encontraron, ni por qué los perros no los olfatearon, pero había logrado camuflar unas cuantas ampolletas con recuerdos protoneurales cosiéndolas en la parte interna del pantalón. A mitad de vuelo, en el baño del avión, inyecté uno en la piel velluda y negra de mi escarabajo APF. El insecto procesó la información mientras yo apreciaba en el espejo las ojeras de mapache que habían empezado a formarse alrededor de mis ojos. Volví a mi silla, cerré los ojos. Cinco, cuatro, tres, dos. Corro para saludar a mi papá, juego en un basurero

con unos amigos, aprendo castellano poco a poco, paso un invierno hermoso con la familia de mi mamá, la tía Patricia parece un poco borracha en una fiesta.

Me desconecté para un almuerzo barato en el avión.

La escala en el Charles de Gaulle duró ocho horas. Me comí un sándwich de cinco yuanes, me inyecté una memoria cuando nadie estaba viendo y estuve seis horas en una silla de la enorme sala de espera navegando vertiginosamente por un mosaico mnemónico, buscando mi rostro, mi nombre. Los fragmentos de memoria de mil personas zumbaban en mi oído, un repaso vertiginoso por una fiesta de cumpleaños de veinticinco años, una despedida en São Paulo, un moretón feo por un golpe en un pueblito del Caquetá, del regaño de un hermano en una empresa de cigarrillos en Barranquilla. Alguien me sacude el brazo: es una ciega en Buenos Aires buscando la calle El Manguito, es un novio que tuve en primer grado en el Instituto Municipal de San Luis de Potosí, es una monja sin bragas que estoy penetrando en un convento, es un perrito que se llamaba Canela al que amaba con el corazón. Detuve el proto cuando llamaron a abordar el avión. ¿Habría sido imposible reconocer mis propios recuerdos? ¿Cómo iba a saber cuáles eran míos? Solo me quedaba confiar en mi memoria residual, esperar que algún detalle me resultara familiar.

La información que consiguió Elena apenas me daba pistas sobre quién era yo y, aparte, tenía que traducirla al ruso. En Facebook tenía fotos de mi cara sonriente en lugares en los que no recordaba haber estado, junto a puñados de desconocidos que tal vez eran mi familia. Puse mi nombre completo en Google y encontré un pequeño artículo sobre cómo habían capturado a la banda de

piratas neuronales Los Dorys en el centro de Bogotá. La nota aclaraba que los criminales habían quedado libres porque, cuando se estaba haciendo la judicialización, no habían encontrado los cuerpos de los humanos-animales que habrían servido este propósito, aunque sí estaban las pertenencias de varias personas, entre esas las mías, y solo pagaron una fianza por robo. Al final, varias personas reclamaron que sus familiares habían aparecido en un reportaje de noticias cuando allanaron su local, y que cómo era posible que hubiesen desaparecido de un momento a otro. Entre las personas reportadas como perdidas en el operativo aparecía mi nombre, y una tal Tania corroboraba mi identidad.

Tania era la persona con la que más hablaba en Facebook, Twitter y WhatsApp. ¿Quién era ella? Su rostro en el perfil de Facebook tenía una sonrisa muy grande, como para destruir ciudades, y rizos negros, muy negros, para cubrirse bajo ellos. Quise aventurar un mensaje traducido para sorprenderla: pensé redactar algo largo para explicar mi situación, pero al final solo escribí: «Hola, estoy de regreso en Bogotá, te quiero ver».

¡Ding!

Piloto: Estamos a 12 mil metros de altura, esperamos llegar a Bogotá en once horas y treinta minutos.

Mientras sobrevolaba el Océano Atlántico aprendí las vocales y las consonantes del español en una escuela nicaragüense. También balbuceé mis primeras palabras siendo un bebé en Chile, aunque lucían tan claras en los recuerdos y apenas identificables cuando los protos terminaban. Los recuerdos ajenos se incorporaron a los míos: he sido alemán, austríaco, chileno, mexicano. Soy un casete virgen. He sido un viejo, una vieja, una niña,

un chico, un transexual. ¿Quiere pollo o carne? Disculpe, ¿habla ruso? Da. Le pregunto si quiere carne o pollo. Tuve una sensación en los dientes y en los huesos de no existir, de no tener ningún pasado, de extrañar a mi babushka, de no tener a dónde ir.

Nadie me recogió en el aeropuerto. Me instalé en un hotel barato; No quería gastar todo el dinero que había ahorrado en San Petersburgo. Después de instalarme y de conocer un poco la ciudad, busqué trabajo como profesor de ruso. Caminé por el centro, fui a algunos museos. Aquí me sentía como un extraño, aunque los datos indicaran lo contrario. Aprendí cuáles eran los territorios controlados por las mafias para comprar recuerdos y tomé un curso protoneuronal de español en la habitación de hotel, conectándome a un langostino de caparazón rojo por tres días. Tania respondió a mi mensaje con incredulidad y aproveché para practicar con ella mi nuevo y flamante español. No había manera de comprobar que ella era quien decía ser, más que comparando su forma de escribir con las conversaciones que había tenido antes del trauma mnemónico. Después de una semana entera hablando de nuestras memorias juntos, comparando lo que ella decía con conversaciones antiguas y correos electrónicos, para comprobar que lo que decía no eran inventos, decidí que era seguro ir a verla.

Nos pusimos una cita en una cafetería de barrio. Yo estaba ansioso, llegué primero y la esperé mientras llovía; la vi entrar algo mojada. Tenía que ser ella: la había estudiado, ya me estaba familiarizando con su cara. Dijo mi nombre, sorprendida, y me costó encajar ese vocablo con mi identidad, era la primera persona que me llamaba así. Estaba pálida, como si hubiera visto a un fantasma.

Tania: Cinco años. ¡Han pasado cinco años!

Pero al verla su rostro no me pareció conocido, ni remotamente familiar. La memoria residual no arrojó nada.

Yo: No entiendo cómo no siguieron la pista, ¿por qué no hicieron nada?

Tania: Uy, ¿ese español de dónde es?

Yo: ¡Curso tres en uno de español mezclado! Todas las variedades juntas en un solo mofongo. No es tan fácil como dicen... eso de aprender un idioma a punta de recuerdoj.

Imagina que soy un recién nacido. Imagínate entre tus piernas. Quiero imaginarte desnuda, pero no puedo. Me gustaba Tania; era totalmente nueva, recién sacada del empaque a la luz de la memoria. Odiaba mi memoria porque no era mía; nunca estaba seguro de nada. Ella me veía como si yo no fuera lo que ella esperaba, examinándome la cara con sospecha.

Yo: Vi el repoltaje sobre Los Dorys. Pero no entiendo por qué desaparecieron los cuerpos. Si ya los habían agarrado.

Ella hizo un gesto de sospecha; leí en su rostro que tenía una información y que no sabía si revelármela o no.

Tania: Porque el gobierno y la mafia son la misma cosa. Algunos de los secuestradores no son más que mandaderos para la industria y, como son tan buenos en lo que hacen, cuando un buen policía los agarra, el gobierno prefiere intervenir y dejarlos libres, desaparecer la evidencia, vender los cuerpos a Rusia y eliminar los testigos.

Estuve pensativo, dándome cuenta de que mi cuerpo tenía una enorme carga política. Era la prueba que permitiría un proceso en contra de los secuestradores y de los políticos involucrados.

Tania: Te tengo buenas noticias. Recopilé tu memoria, Pablo. No sabía que usabas protos porno cuando hacíamos el amor... (Tania se veía un poco herida mientras decía esto) Está completa. La tengo en casa, si quieres vamos y te la muestro.

Estaba sorprendida o tal vez desilusionada porque, a pesar de que mi cuerpo era el de Pablo, mis gestos faciales, mi forma de hablar y mi lenguaje corporal eran los de un extraño; me había convertido en una sopa mnemónica. Algo que los psiconautas llamaban un vagabundo psíquico, sin hogar, sin identidad.

Yo: ¿Dónde la conseguiste?

Tania: No te lo puedo decir ahora. Pero confía en mí.

Subimos al octavo piso de su edificio, en el centro de la ciudad. Me aseguró que acababa de sacar el apartamento, y que le alegraba saber que yo estaba de regreso; podríamos volver a estar juntos. Exploré el lugar, esperando encontrar algún objeto conocido, pero sin reconocer un ápice. Por un momento nos quedamos callados, mirándonos petrificados en su habitación, y ella rompió el hielo al acercarse para besarme. Sentí que estaba besando a la chica de alguien más, que esta no era mi vida. Me quitó la ropa con suavidad. ¿Debía confiar en ella? Sentía que alguien me estaba poniendo una trampa mental, como si esta chica fuera un espejismo de ectoplasma rancio en el reino simbólico de otra persona, y tenía que hacer un esfuerzo por amarla de la misma forma como lo decía en mis conversaciones de Facebook.

Luego Tania me susurró al oído.

Tania: Tengo un langostino de caparazón azul.

Yo: Esoj no son tan fácilej de conseguir. Creo que nunca he visto uno.

Tania: Se llama Nico, es virgen.

Nico vivía en la ducha tibia de Tania. Le gustaban el agua y el excremento que podía coprorreciclar del inodoro.

Tania: Ponte cómodo, ya te lo traigo.

Me senté en la cama. Tania volvió del baño con el crustáceo en los brazos, lo puso en mi regazo y luego se sentó a mi lado. Acariciamos el lomo del crustáceo, escuchábamos los ínfimos chillidos que lanzaba, moviendo sus patitas y sus largas antenas. Ella me besó el cuello, el pesado animal húmedo buscó mi cuerpo, y lo incluimos en nuestro juego erótico. Terminamos acariciándole las membranas y el exoesqueleto, dando vueltas en la cama con cuidado de no aplastarlo, y él rozó con sus anténulas nuestros pezones y labios. Tania susurró dulcemente, mientras me metía el dedo repleto de lubricante en el ano.

Tania: Relájate, los langostinos azules la tienen más gruesa.

La trompa me penetró dolorosamente mientras Tania me besaba, el pitillo de carne buscó mi pene erecto y se introdujo en mi uretra hasta la vejiga. Las seis patas se aferraron a mi espalda baja y el voluminoso tentáculo excretorio avanzó hacia mi boca, desfundándose en mi garganta, donde comenzó a escupir un líquido blanco lleno de nutrientes. Tania preparó el protoneurón en la inyección y se la puso a mi APF Decoder con forma de escarabajo, rompiendo la epidermis babosa.

Mi primer recuerdo es en un hospital a los cuatro años porque tengo un ataque de jaqueca y mis padres están muy preocupados. Me bañan en una tina, recuerdo a una de las enfermeras jugando conmigo, recuerdo el color del hospital y que mi mamá me mira con angustia. Cumplo cinco años, seis años, siete, doce, quince, veinte,

veinticinco. Unas montañas con nieve, unas vacaciones en Santa Marta, un primer beso en un parque distrital, un año nuevo en Manizales y el sonido de los juegos pirotécnicos; conocer a Tania y enamorarme de ella. Entro en un loop mnemónico al llegar a la parte de mi vida en que comienzo a usar protoneuronas, con recuerdos de gente cayendo en paracaídas, y luego cuando me vuelvo adicto y entro en sucesivas memorias ajenas, miles de vidas de otros consumidas como chicles, una riqueza inconmensurable de experiencias poéticas, un caleidoscopio fulminante y desenfrenado de amores, errores, paisajes, emociones, gritos, sexo, persecuciones, triunfos, guerras y, a veces, memorias de personas que se meten un proto, de manera que ellos se meten en un otro, y ese otro ocasionalmente en otro, y ese otro en otro, y ese otro en otro, y ese otro en otro, y otro, y otro.

4

Despierto desnudo en el baño de Tania, tirado en el piso, con la clara impresión de haber sido secuestrado en medio de un trancón y con un sabor en la boca a pizza de jarabe para la tos y mierda. Las caras deformadas por los injertos biológicos del tío Jerson y la banda de adolescentes tatuados con peces de Buscando a Nemo se desvanecen en la persistencia retiniana, me dejan aterrorizado, siento que debo pelear o huir. Nico se desenchufó y ahora camina lentamente con sus múltiples patas a mi lado, lamiendo mi rostro con su pitillo de carne facial. Es cierto, los langostinos azules no mueren después de una relación simbiótica.

Recuerdo cuando alguien me dijo que los langostinos nos usan a nosotros y no nosotros a ellos. No me puedo mover, llevo mucho tiempo en la simbiosis coprológica y mi cuerpo está atrofiado. Mientras hago lo posible por recuperar el movimiento de mis manos y mi cuerpo, tres cosas se vuelven intensamente claras. La primera es que la mujer que me trajo a este apartamento y me dio el protoneurón no es Tania: su rostro no encaja en la memoria que tengo de ella y de esto se desprende que, obviamente, he caído en una trampa. La segunda es que ese langostino azul ya lo había visto antes, al menos en forma de huevo, e incluso lo había tenido en la mano. La tercera es que mi memoria sí es la de Pablo, es el mismo cuerpo y la misma cara. Ahora entiendo los reflejos inconscientes que se desprenden de sus traumas más profundos, pero también hay algo extraño acerca de mi cara y mi cuerpo, como si la memoria correspondiera a ese rostro solo desde cierto punto, y antes de eso hubiera una sensación de disonancia. Hay algo que no cuadra del todo, pero no puedo explicarlo, marcado desde los veinticuatro años. Después de dos horas de grandes esfuerzos para mover un dedo o una mano, finalmente logro arrastrarme fuera del baño como un gusano, con dolor en los músculos, descansando a mitad de camino y haciendo lo posible porque mis rodillas se vuelvan a doblar con naturalidad. Así descubro que «Tania» no está en su habitación y que, además, parece que salió corriendo, porque sus cosas están por todos lados. Tardo otras dos horas, jadeando y resoplando, para ponerme mi jean y una camisa que traje de Rusia. Prendo el bioportátil de la falsa Tania que descansa sobre su cama, descubro que ha pasado un mes desde que me enchufé al langostino azul. Un mes de memorias apresuradas, recordando una

vida entera que ahora era compartida por todos, unos recuerdos que se venden en la calle y ahora hacen parte de la «cultura general» y que, sin embargo, ahora parecen únicamente míos.

¿Y la verdadera Tania? ¿Dónde está? Recuerdo su número de Decoder y la llamo, pero no contesta. Deslizo el dedo por la membrana velluda del trackpad en el portátil y encuentro su Facebook abierto. No puede ser coincidencia que la última persona que le escribió se llame Jerson; inmediatamente quiero saber más, intrigado. La conversación había sucedido hacía días: en ella, la falsa Tania negociaba una y otra vez el precio de mi cuerpo. Hay una foto mía, inconsciente en el suelo, con el coprorreciclador azul. Tania pedía una suma exorbitante y Jerson le decía que estaba abusando de ellos, que pronto sabría su paradero; la agarraría a ella y a mi cuerpo sin pagar un centavo. Entonces ella los amenazaba con exponerme como evidencia para procesarlos de nuevo, que me había inyectado la memoria total, y cuando recordara mi vida podría declarar ante los medios o ante un juzgado. «Tan ilusa, como si le fueran a hacer caso», decía Jerson. «Usted cumple lo que nos prometió o se enfrenta a las consecuencias, perra hijueputa. Nosotros le dimos las pinches memorias que nos pidió para cerrar el negocio y usted no cumplió», y más adelante, «díganos dónde está. Se creyó muy buena borrando su ubicación, ¿no?».

Después de mucho tiempo y esfuerzo, cojeando, con los músculos inservibles, puedo inspeccionar mejor la casa. Busco pistas de mí, abro cajones, esculco en la ropa, busco debajo de la cama, pero lo único que encuentro es un Decoder nuevo con forma de conejito en un estante, todavía en el empaque, y un par de protos. Uno de ellos

dice en la etiqueta: «Pablo Morales, memoria completa». El otro es un concierto de David Bowie. Salgo de la casa (tengo cuidado de dejar la puerta ajustada con el tapete por si quiero volver) y busco un almuerzo en McDonald's para sacarme el sabor a mierda de la boca. Pago con yuanes, al menos la falsa Tania no me robó la plata. Puedo sentir el esfuerzo de la conciencia, acoplándose para poder pilotear ambas memorias a la vez: soy Alexander Yahontov y soy Pablo Morales, viviendo el día a día en forma subjetiva. Intento recordar las caras de los secuestradores. Mientras me como una Big Mac, me llega un mensaje al escarabajo. Remitente: TANIA. El número de la Tania falsa que había guardado en el Decoder. Acaricio la piel del escarabajo para deslizarme por la información. LOS DORYS ME AGARRARON, AYÚDAME, NO LLAMES A LA POLICÍA.

No puede ser, siempre le ponen faradanina al Decoder para no enviar mensajes, como hicieron cuando me secuestraron. De todas formas, se nota que quieren contactarse conmigo, lo único que se me ocurre es que efectivamente los Dorys tengan a la falsa Tania, que le hayan revisado su Decoder y me hayan encontrado en la lista de contactos. Mi cabeza comienza a hacer todo tipo de conexiones, pero nada es seguro. Si alguien sabe del paradero de la verdadera Tania, tiene que ser la falsa Tania, ¿no? ¿Cómo hizo para tener el Facebook de mi novia? Además, en las fotos en las que aparecemos juntos su cara está photoshopeada bastante bien, todos los conciertos y paseos a los que fuimos, yo la recordaba con una cara distinta, pero ahora veía a esta chica, con el cabello rizado, junto a mí. ¿Por qué se tomó el trabajo de hacer todo eso? ¿Qué hizo esta desconocida para resultar pactando con

unos criminales para obtener mi memoria virgen? ¿Lo hizo todo en caso de que yo regresara? Tal vez se gana la vida recuperando cuerpos y chantajeando piratas mnemónicos, pero ¿cómo? Si los animales que recuperan sus recuerdos son una minoría... Y si ese era el caso, ¿para qué besarme, tocarme como si fuera Tania, si yo ni siquiera la recordaba? ¡Jueputa, no entiendo! No entiendo nada. Y mientras más que me devano los sesos, más enredado me parece. Es difícil no mezclar mis memorias de Alexander Yahontov y Pablo Morales, ambas se atrofian y son demasiado para tener en un solo cerebro.

Me termino la hamburguesa de un par de mordiscos y regreso al apartamento con una nueva idea. En la casa de la falsa Tania vuelvo a abrir el computador y hago click en la conversación de Facebook con Jerson. Busco palabras clave como: carrera, avenida, transversal, cll, cra, dirección, hasta que aparece una frente a mí, brillante, escrita por Jerson hace meses. «Vea, la dirección es la novena con diecinueve, torre El Diamante».

Me preparo, estoy a punto de salir cuando escucho un ronroneo y veo que el langostino busca mi pierna, frotándose contra mi rodilla como un gatito. Los langostinos azules desarrollan vínculos con sus dueños y, ahora que veo a Nico, puede que la relación sea recíproca, así que me lo llevo en mi mochila de la universidad, que encuentro en el closet de Tania.

Corro, busco el área más cercana controlada por la mafia. No puedo presentarme como un loco, sin nada entre las manos, y hacer que me maten. Tengo que actuar rápido: si la Tania falsa ha caído en sus manos y no quiere decir dónde estoy, es posible que le hayan extraído la memoria, y si lo hacen sabrán la ubicación de su apartamento. Además,

Tania me dio la memoria, y lo hizo sabiendo que cuando yo me despertara recordaría su verdadero rostro. Tal vez lo hizo para que confiara en ella: me tuvo en su baño por un mes cuando pudo haberme matado, o haberme entregado sin más. Tendría que leerlo como una muestra de buena fe.

El que ahora actúa no es el Pablo Morales en mí, ni el Alexander Yahontov, sino el animal, el que le habla a la primera persona que encuentra vendiendo protos en la calle, tomando decisiones que de otro modo habrían sido imposibles.

Vendedora: Papi, ¿qué está buscando?, ¿Maní, chicles, protoneuronas? ¿Alacranes de enlace triple? ¿Quiere dihidrocodeína? Se le tiene, pregunte que se le tiene. ¿O de pronto me quiere a mí, papi?

Yo: ¿Tiene armas?

Sonríe, se cubre las tetas tatuadas, la recuerdo como si hubiese sido ayer, y noto que ahora tiene un nuevo juego de venas de pulpo en la cara para transmitir hormonas a sus implantes; ella no me reconoce, pero no importa. La vendedora asiente y me pide que la siga a una bodega desvencijada, que recordaba como un teatro holográfico de cuando yo/Pablo era niño. La sigo, oculto la inmensa incomodidad que siento en mi cuerpo como un efecto secundario de una memoria de larga duración. Subimos unas escaleras, veo en pisos alledaños cuartos en los que hacen operaciones ilegales: cirugías a corazón abierto y trepanaciones para insertar todo tipo de parásitos y simbioses. La vendedora entra a un cuarto custodiado por unos tipos enormes que tienen armas en la cintura y me pide que espere afuera. Tarda algo en llegar, pero sale con una Colt Nautilus 43, barata, con caparazón semitransparente en espiral.

Vendedora: Muchacho, pero tenga cuidado, no se tire la vida, reflexione, eflexione, flexione, lexione, exione, xione, one, ne, e.

Lejos, eso ya está lejos. Tengo el cerebro tan tostado que los efectos secundarios de tener más de una sola vida en el cerebro comienzan a sentirse. Lagunas. ¿Dónde estoy? Estoy corriendo, sudando, desesperado por mantenerme consciente, por mantener mis recuerdos en orden entre mis puños, mientras difieren y se vuelven más difusos. Tengo la Colt Nautilus en la mano mientras persigo a alguien por unos callejones y grito en ruso. El nuevo centro de comando de los piratas debe estar cerca. Un muchacho de unos diecisiete años juega al parkour conmigo, trepa por las paredes y hace saltos ridículos. Intento dispararle sin saber cómo usar la pistola, pero lo estoy perdiendo, estoy perdiendo el ritmo, las espinas de mi Nautilus chocan contra las paredes, agujerean una puerta, rompen una ventana. Me canso, siento que podría caer dormido en cualquier lugar. Salgo del callejón e identifico que estoy en la avenida diecinueve. ¡Pum! Un taxi-insecto me choca. Mi cabeza da contra el parabrisas y el impulso me lanza contra el cochecito de bebé repleto de dulces de un vendedor ambulante. Mbulante. Bulante. Ulante. Lante. Ante. Nte. Te. E.

Ahora estoy en otra pocilga: un apartamento en un piso alto. No sé si me rompieron la pierna, pero me duele muchísimo. Estoy amarrado y amordazado, otra vez. Tengo los ojos llenos de lágrimas, pero a medida que me calmo puedo ver mejor. El tipo con ojos de sapo está ahí. Me mira como hacen los canarios que encuentran algo nuevo y colorido. Tiene arrugas, le han pasado los años. Los monstruos adolescentes también han crecido: sus piercings

y adiciones genéticas se han vuelto más amenazantes. Hay chicos nuevos con tatuajes de pececitos en las caras que, supongo, reemplazaron a los caídos en el campo de batalla: las calles, papá.

Miro a mi alrededor, igual que hace cinco años. Estoy atado a una silla y frente a mí hay una pecera enorme repleta de langostinos hambrientos, hirviendo de deseo, de rabia, revoloteando, buscando comida, añorando anos velludos para tragar mierda. A mi lado, una camilla y un computador nuevo que respira con tranquilidad, mostrando archivos de memoria en su pantalla brillante de piel de pulpo.

Jerson: El primer humano-animal que vuelve a mi chuzo. Nunca me había pasado, yo mucha loca haberlo dejado vivo.

Yo: pphp ph ph phhhhh phhh ph phh.

Jerson: ¿Qué dice? Quítenle la mordaza.

Yo: ¿Dónde está Tania? ¿Dónde la tienen, hijueputas? pph ph ph phphhhh.

Jerson mira a sus secuaces.

Jerson: ¿Qué pasa con los animales, muchachos?

Un pandillero: Hay que reciclarlos o reprogramarlos; si recuperan su memoria, son una amenaza potencial. Toca matarlos tan pronto se pueda, antes de que hablen, y cocinarles la memoria.

Jerson: Entiende lo que le vamos a hacer, ¿gonorrea? Le vamos a extraer todo lo que tenga, pero esta vez ni siquiera lo vamos a vender porque esa mierda ya está tan quemada que hasta mi abuela disfrutó experimentar todas sus humillaciones, y todo el mundo sabe que usted es un pobre marica. Tan pronto vuelva a ser un animal, le voy a hacer una cirugía a ese computador: le voy a cortar la

vesícula flash con los 50 terabytes de las ridiculeces que constituyen su vida y la voy a cocinar con tomates y caldo de costilla. Nos la vamos a comer frente a usted mientras se caga en los pantalones. Por loca, hijueputa.

Me extraen el Decoder con forma de escarabajo de un tirón. Sale con sangre del oído interno y escucho un tinnitus ensordecedor. Uno de los muchachos me acerca un Decoder extractor viejo y usado con forma de molusco, conectado por un cable velludo al computador. Si me vuelven a extraer la memoria, todo este viaje habría sido por nada, cayendo en sus garras de nuevo como un imbécil. Pienso rápido, tiene que haber una forma de salir de esto. El pandillero que me monitorea la mente en el computador dice algo, emocionado.

Pandillero frente al computador: Tío Jerson, este man tiene la cabeza muy toteada.

Jerson: ¿Qué tiene de especial?

Pandillero frente al computador: A este man ya le han borrado la memoria siete veces. Esta sería la octava. ¿Cuál habrá sido la primera?

¿Ocho veces? ¿Cómo que ocho veces?

Jerson: ¿Y qué? A mí me la han borrado veinticuatro veces. Háganle.

Me desnudan a la fuerza entre cuatro y me llevan a rastras a una camilla fría, golpeándome en la cabeza. Uno de los muchachos pesca un langostino del acuario con unas pinzas de metal y otros dos piratas me sostienen las piernas, abriéndomelas, exponiendo mi ano para que la criatura me penetre rápidamente y sacie su hambre voraz. Así, totalmente asustado, veo que en la esquina del apartamento todavía tienen mi maleta. Seguro ni la han revisado. El Alexander Yahontov en mí tiene una idea y

hace señas visibles y desesperadas de que hay algo en ese lugar.

Yo: phhp ph ph phhhhh phhh ph phh.

Jerson: ¿Y ahora qué quiere? ¡Quítenle la mordaza!

Yo: ¡Mi maleta! En la maleta tengo toda la luka que quieran. Viví en Rusia, allí robé un banco, pagué mucho dinero para encontrarlos a ustedes, y tengo más. Si me dejan vivir los puedo contratar, tengo clientes en Rusia. Exportaciones directas, nada de comisión. Yo venía a pagarles para que liberaran a Tania.

Jerson se queda callado y obliga a todos a detenerse.

Jerson: ¿Nos iba a pagar para rescatar a esa vieja? Esa memoria ya debe estar hasta en Pekín.

El viejo interrumpe sus propias palabras con una gran carcajada y le pide a uno de los chicos que recoja la maleta a ver qué tiene dentro.

Jerson: ¿No revisaron la maleta? ¡Pensé que los tenía bien entrenados!

Un pandillero: Tío Jerson, es que el man se estaba moviendo mucho y tocó agarrarlo entre todos.

Otro pandillero va a la esquina y le da una patada a la maleta, de donde surge un chillido. Luego la levanta con curiosidad y la acerca para que el jefe inspeccione. Cuando Jerson la abre, Nico le salta a la cara. Sobresaltado, se va para atrás intentando zafarse de las pinzas del langostino que lo muerde fuerte y le arranca un pedazo de carne. En el forcejeo, el jefe se estrella violentamente contra la pecera: hay un estallido, el vidrio se rompe y toda el agua y los langostinos hambrientos se riegan por el suelo, se retuercen. Inmediatamente los crustáceos se le lanzan con ansiedad a los muchachos, encaramándose sobre sus cuerpos, haciéndolos caer, trepando con la misma velocidad de las cucarachas, cortando con las tenazas sus

pantalones, inmovilizándolos, hiriéndolos, penetrando sus bocas y anos con una fuerza insospechada, haciéndoles sangrar el ano de la fuerza con que martillan sus fauces al penetrarlos, y rompiéndoles los dientes con el aparato excretor. Algunos pandilleros gritan; patean en suelo, asustados, e intentan inútilmente sacarse los tentáculos de la cara y del culo con todas sus fuerzas. Los que aún no han caído están acorralados en las esquinas y muertos de miedo, intentan alejar a los crustáceos, patearlos, golpearlos con algo, dispararles, pero son demasiados y eventualmente también caen al suelo y forcejean por unos segundos. Como hay más langostinos que esfínteres, veo incluso penetraciones dobles, esfínteres de muchachos que ahora están botados en el suelo, reventados por dos gruesas fauces, chicos que habrían gritado de no haber sido porque dos aparatos excretores los llenaron de líquido nutricional hasta ahogarlos. Los dos tipos que me sostienen me sueltan e intentan socorrer a sus amigos, pero dos o tres coprorrecicladores los hacen caer. Nico corre hacia mí, se enrosca en mi espalda baja, tal vez para protegerme de los demás crustáceos, siseando para alejarlos. Busco mi ropa torpemente: la pierna me duele muchísimo y corro el riesgo de resbalarme con el piso mojado. Cojeo, alejándome de esa orgía de mierda, sangre y muerte, y abro la única puerta que tiene el cuarto.

Llego a una habitación contigua: una sala-comedor llena de jaulas apiladas con, al menos, una docena de humanos-animales con ojeras de mapache, desnudos, decaídos, crudos y sin vergüenza, apestando a heces y orina. Me detengo en seco al mirar sus ojos perdidos de primates, espulgándose, mirándome con la curiosidad de un gato.

La falsa Tania: Miauuuuuu.

Llegamos al apartamento de la falsa Tania con Nico en la maleta y por fin los tres podemos descansar. La falsa Tania, comportándose como un orangután, no para de oler, de mear, de reírse sin sentido y maullar. La alimento con lo que encuentro en la cocina, come con las manos y hunde la cara en el plato. Después de la cena se queda dormida en la cama. Solo entonces la desnudo y con gran ternura le instalo a Nico entre el culo y la boca; ella se despierta solo un instante, gimiendo entre sueños. No tengo más remedio que sacar el APF Decoder con forma de conejito que la falsa Tania tenía sin abrir, instalárselo en la oreja, e inyectarle la otra copia que quedaba de Pablo Morales.

Me siento sobre la cama de la falsa Tania, junto a su cuerpo, intentando recordar ese momento de disociación, y se hace cada vez más claro que tampoco soy Pablo Morales, así como no soy Alexander Yahontov. La memoria de Pablo corresponde con este cuerpo desde que cumplí veinticuatro años. Antes de eso la memoria parece corresponder con otra cara, pero no la recuerdo bien, como si mi cerebro se hubiera adaptado para mostrarme memorias con mi cuerpo actual. Vislumbro entonces que todas las personas que conozco han sido borradas y reemplazadas por otras, de un día para otro, sin recordar cómo ni en qué momento. Vislumbro la posibilidad de que la persona que yo creía que era Tania, posiblemente estuviera en el cuerpo de otra persona, y que el nivel actual de movilidad entre identidades es absurdo. Uno puede despertarse un día pensando que ha vivido toda una vida, aunque solo la pueda recordar desde hace cinco minutos. Un día más tarde puede ser otro, y luego otro, y luego otro.

Puede que sea voluntario, a veces nos cansamos de nuestra vida y queremos resetearnos. Las relaciones invisibles entre las memorias, los productos y las personas crean una estructura inmensamente compleja y enorme que nadie puede ver.

No puedo dormir, tengo una idea repentina, me paro de un salto. Abro el bioportátil de Tania, comienzo a buscar en todas sus carpetas, y encuentro los archivos de Photoshop de nuestras fotos. Abro los archivos, desactivo las capas nuevas y las fotos originales aparecen frente a mí. La verdadera Tania. Me quedo pensando un rato, y luego se me ocurre que tal vez la falsa Tania era la verdadera Tania, solo que en algún punto durante los cinco años de mi ausencia su memoria también fue reinstalada en otro cuerpo y que todo lo que hizo, incluido pactar con los criminales, fue para encontrarme.

En un mes, cuando Tania despierte y seamos dos Pablos Morales, buscaremos juntos la memoria de Tania, mi propia identidad primigenia y, por qué no, tal vez la suya. ☼

AGUAS

BIBIANA CAMACHO

Bibiana Camacho (Ciudad de México, 1974). Escritora, editora y bailarina. Ha publicado los libros *Tras las huellas de mi olvido* (2010), *Tu ropa en mi armario* (2010), *La otra aventura* (2010), *La sonámbula* (2013), *Lobo* (2017), *Jaulas vacías* (2019), *Más allá del árbol guardian* (2020) y *Sangre nueva* (2023).

De tan caliente, el asfalto parece hundirse a cada paso. Las pocas calles que Laura camina desde la parada del autobús hasta su casa le dejan la garganta seca, la camiseta pegada a la espalda y un inquietante aturdimiento sonoro que no desaparece hasta entrada la noche. Estefano y Rania la miran insistentes, a la espera de un paseo que cada vez ocurría más tarde. Echados frente al ventilador, la siguen con la mirada, acechantes.

Por fin, a las ocho de la noche, se levantan de un salto y brincan emocionados ante el tintinear de las correas. El calor no se ha dispersado, el aire se siente espeso y una bruma densa emerge del pavimento cada que pasa un carro. Al menos el sol ya no está radiante allá arriba.

Al principio la marcha es errática. Se detienen por todos lados, olfatean, mean, jalonean en direcciones opuestas. Parece que no han salido de casa en años. Después de varios metros se sosiegan. Los tres adoptan un ritmo coordinado. Por fin, las piernas de Laura han dejado de enredarse en las correas.

Se dirigen a la única área verde de la zona, un paso peatonal ecológico construido en el camellón del Viaducto. Ahí disminuyen el paso y tanto Estefano como Rania olisquean las plantas y se echan un momento bajo un banco cuya sombra ha conservado el piso fresco.

Laura suspira aliviada, una suave brisa sopla tímida y, a pesar del bochorno, resulta un alivio momentáneo. Luego de recorrer el camellón cuyas plantas decaídas amarillean de tanto sol, emprenden el regreso a casa. Se han adaptado a estos largos paseos dos veces al día, cuando el sol no domina el cielo.

Los tres jadean a paso lento, pesado. Laura se detiene en una esquina, saca un par de platos de su mochila y los llena de agua. Bebe el resto del contenido de la botella y los mira lengüetear el preciado líquido con avidez.

En cuanto vuelven, Estefano y Rania se echan en el piso fresco del baño. Laura colma los platos con agua y ella misma bebe un litro casi sin respirar. Hace daño, lo sabe, se lo han dicho muchas veces, pero no lo puede evitar. Este calor abrazador provoca sofoquina y mal humor. Se quita la ropa sudada, se da un regaderazo con un agua que ya nunca sale fría y, sin restregarse la toalla, espera que el calor seque la humedad de su cuerpo.

Se sienta al comedor. Hay setenta y ocho mensajes nuevos en el teléfono. Lo coloca boca abajo sobre la mesa y se pone una playera holgada y ligera encima. Saca un hielo del congelador y lo mete en su boca. Su interior también debe estar ardiendo porque el hielo se esfuma en un instante.

Los mensajes pertenecen al grupo de vecinos del edificio. Por la tarde capturaron a un sospechoso dentro del condominio, en las áreas comunes, cerca de la cisterna.

Afirmó ser recolector del camión de la basura pero los contenedores están en la planta baja y además no logró acreditarse. Trataron de trasladarlo al Ministerio Público cercano pero huyó en el camino. Ahora los vecinos han solicitado un examen al agua de la cisterna, temen que el desconocido haya introducido alguna sustancia.

Laura aleja el aparato. Hace unos meses, desde que el calor alcanzó niveles alarmantes en la ciudad, ha habido brotes psicóticos. Sabe que sus vecinos están en un perpetuo estado de agitación debido al intenso calor, ya es la tercera vez en la semana que colman el chat vecinal con disparates. La vez anterior, la alarma se activó por un nido de palomas en la cornisa de la azotea. Una vecina dijo que sus cacas eran extremadamente tóxicas y otros aseguraron que las aves y los parásitos que habitan en sus alas son tan dañinos que pueden matar en silencio al ser humano. Con una furia inexplicable planearon, como si se tratara de un enemigo pernicioso, una estrategia para destruir el nido. Laura leyó con incredulidad los mensajes cada vez más irracionales. Compraron equipo especial, cascos, tanques de oxígeno y un potente veneno especial en aspersionador. No se atrevió a protestar porque le pareció que a la furia colectiva sólo le faltaba un mínimo estímulo para atacar lo que fuera, a quien fuera.

Supo que al día siguiente, un equipo de voluntarios subiría para erradicar el nido, mientras el resto de los vecinos debían permanecer encerrados, con puertas y ventanas selladas con jergas y trapos para evitar la sustancia tóxica. Esperó hasta que las luces y los sonidos se apagaron por completo y subió sigilosa para trasladar el nido a lugar seguro.

Al otro día, los vecinos congregados frente al lugar donde supuestamente estaría el enemigo vociferaban histéricos: No debemos permitir que escapen. Debemos velar por nuestra seguridad y de nuestras familias. No tendremos piedad con el próximo intruso. Nadie que no viva en el edificio puede andar merodeando por aquí.

Organizaron brigadas de vigilancia en las que Laura rehusó participar. Sabía por las noticias que la ola de calor provocaba estragos en el estado de ánimo de la gente: irritabilidad excesiva, saña y total ausencia de empatía.

Cuando mira el aparato de nuevo descubre que los vecinos se han organizado para vaciar la cisterna, lavarla y desinfectarla. No se dan cuenta de la insensatez. Con este calor es una necesidad cortar el agua del edificio aunque sea durante unas horas.

Trata de concentrarse en una película o en un libro, pero no puede. Siente la cabeza pastosa y pesada. El bochorno le nubla el pensamiento. Dispone las camas de Estefano y Rania al centro de la estancia y echa a andar el ventilador que ha comprado especialmente para ellos. Pronto se acomodan en sus respectivos lugares y, al poco, roncan panza arriba.

El despertador suena a las seis y media de la mañana. Laura se levanta con movimientos aletargados. Le cuesta trabajo activar el cuerpo caliente y pegostoso que parece estar embarrado en el colchón. Los perros se desperezan, estiran y bostezan antes de acercarse con las colas batientes a que les coloquen las correas.

Esta vez trotan alrededor de un diminuto parque triste varias calles hacia el sur. Regresan una hora después. Laura apenas tiene tiempo de bañarse antes de que el agua desaparezca. Deja alimento y agua para los perros, que la miran con reproche.

—Tengo que ir a trabajar, si no, ¿qué comemos? —La mirada triste permanece inmutable y Laura, con culpa, los deja solos con el ventilador encendido y las cortinas cerradas.

A su regreso, Estefano y Rania están echados frente al ventilador y apenas alzan la cabeza en señal de saludo. Le gustaría comprar un sistema sofisticado para enfriar el ambiente como el que tienen en la oficina y gracias al cual la gente se despabila y trabaja, pero no le alcanza.

Se cambia de ropa, alista la mochila y espera el crepúsculo para salir a caminar. Vuelven cansados, sofocados y sedientos. En la puerta del edificio se topan con Genaro.

—¿Dónde andan? —En cuanto Luisa percibe el tono que acompaña las palabras, recuerda que hace días quedaron que Genaro pasaría por ellos para llevarlos al campo.

—Lo olvidé, perdón. Ahorita bajo sus cosas —Genaro toma las correas de los perros y les hace mimos.

—No olvides tener los platos siempre con agua y que no coman tantas porquerías. Siempre que regresan hacen dieta de croquetas. Me avisas cuando vuelvan para estar atenta. Y ten cuidado en la carretera.

Todavía no acaba de hablar cuando Genaro ya está tras el volante. El entusiasmo de Estefano y Rania que se suben de un salto a la camioneta la lastima pero los perdona de inmediato porque sabe que la pasarán mejor al aire libre.

Laura se da un baño y se acuesta en el sofá de la sala con el ventilador de los perros encendido. El bip del celular suena con tanta insistencia que opta por silenciarlo. Será hasta la siguiente mañana que se entere de la nueva hazaña de los vecinos.

Se levanta con frío. Quizá programó el aparato a una velocidad demasiado alta. Siente las articulaciones entumidas y un dolor en el costado izquierdo, a la altura de la cintura. Aliviada porque puede dormir unos momentos más sin los perros, va al cuarto, se cubre por completo y en seguida duerme. Enérgicos y repetidos golpes en la puerta la succionan de un sueño que apenas comienza y del que no recordará más que un intenso destello verde.

—Apúrate, Laura, están por llegar para fumigar. Nadie debe permanecer en el edificio.

Laura no tiene idea del apremio de Martha pero entiende que tampoco es tiempo de preguntar. Le dice que no tarda más de quince minutos. Se da un regaderazo que querría prolongar para disfrutar el agua por fin fría. Se viste sin fijarse en la combinación. Toma una manzana, la bolsa y sale a toda prisa.

Los vecinos encargaron una fumigación de emergencia. Aseguran que, debido al calor, alimañas desconocidas han anidado en otros edificios causando infecciones y alergias a los residentes. Confían en esta empresa exterminadora que se anuncia de manera tan convincente en todos los medios posibles. Laura los escucha aterrorizada. No puede imaginar de dónde habrán sacado esa información tan descabellada y la cara dura para hablar con tanta autoridad de algo inexistente.

Hasta que llega a la oficina se da cuenta de que no lleva el aparato celular. Habitualmente es un artefacto prescindible pero ahora que Estefano y Rania están de viaje, le gustaría recibir noticias, ¿cómo va el camino?, ¿han hecho pausas para las necesidades?, ¿a qué hora llegarán? Genaro usualmente le envía fotos que apaciguan su desasosiego.

Durante el día, la noticia circula con entusiasmo: la temperatura por fin ha disminuido un par de grados. En la oficina no se habla de otra cosa. Al final de la jornada, Laura querría unirse a la expedición por las cervezas al dos por uno que un negocio cercano ofrece. Prefiere ir a casa y revisar los mensajes. En efecto, el aire caliente al salir a la calle no la golpea con tanta furia como en las semanas pasadas. Afuera hay más gente de lo habitual, se percibe un cambio en el estado de ánimo de los peatones que se saludan y hasta se ceden el paso.

En cuanto entra al departamento, busca el aparato para saber de Genaro y los perros. Se entera de que han llegado bien. Se disculpa. Genaro le reprocha que no conteste de inmediato a las fotos y videos: ¿no que muy preocupada? Laura le explica lo de los vecinos y su salida intempestiva.

«Hubieras venido con nosotros».

“No puedo faltar al trabajo».

«Ya sé»”

«Pásenla bien».

Inquieta y acostumbrada a la salida nocturna, se cambia de ropa y sale a caminar. La inercia la lleva al camellón verde en medio del Viaducto donde encuentra

a más gente de lo habitual que seguramente aprovecha la tregua climática. Acaba de decidir que hará un alto en la cervecería cercana. Por suerte alcanza el único lugar libre al pie de la barra.

Un estruendo violento y prolongado acalla las conversaciones de los parroquianos. Laura siente que el suelo vibra y una corriente eléctrica recorre sus dedos, que rodean la botella helada de cerveza. Es un trueno, dice alguien y varios salen con bebida en mano a corroborarlo. El dueño aumenta el volumen de la televisión; en el noticiero, la conductora anuncia tormenta eléctrica con un aire festivo a pesar de que, asegura, puede ser peligroso y es recomendable quedarse en casa.

Laura brinda con algunos desconocidos. La euforia por la lluvia después de largos meses de calor intenso y sequía en los campos provoca palmadas en la espalda, conversaciones amistosas con amigos improvisados, rondas pagadas por desconocidos e intercambio de números telefónicos con personas inesperadas. Aunque la televisión permaneció encendida y a buen volumen nadie reparó en las indicaciones de alerta. La tormenta, aseguró una especialista, se espera particularmente intensa pues se trata de una multicelular, es decir, que podría provocar inundaciones con vientos fuertes y granizos pedriscos.

Aunque sólo pagó una cerveza, Laura sale atolondrada del bar, gracias a la generosidad de clientes que invitaron varias rondas para todos. Una cortina de lluvia intensa opaca la visibilidad. Algunos parroquianos que partieron minutos antes permanecen apretujados bajo la cornisa a la espera de que la lluvia amaine.

Laura emprende el regreso a casa de inmediato, al principio con paso rápido y seguro, disfrutando las heladas

gotas que la zarandean. Las tres calles que la separan de su domicilio le parecen interminables. Está completamente empapada y desorientada, sin rastro de la embriaguez y euforia anteriores. Camina pegada a los muros de las construcciones para guiarse. La copiosa lluvia la enceguece. Siente los pies nadando dentro de los tenis que aflojaron la presión y se perciben como trapos amarrados. Por fin identifica la esquina próxima a su domicilio y justo cuando la dobla, un proyectil se impacta en su frente. Se pone en cuclillas unos segundos, hasta que varios proyectiles de dimensiones lastimosas la obligan a correr.

Se descubre llorando en el baño. De la herida en la frente escurre sangre como si fuera un manantial. Con dificultad, se quita la ropa empapada y se da un largo baño con agua tibia. Pronto identifica moretones causados por los enormes granizos. El sonido de los proyectiles golpeando las ventanas y los muros es rítmico e intenso, amenazante. ¿Y si se rompen las ventanas? Sólo le resta confiar que no caigan en el ángulo adecuado para ocasionar el desastre. En el estacionamiento, las alarmas de los carros emiten, intermitentemente, chillonas alarmas que se escuchan al fondo del salvaje crepitar de la lluvia.

Se cura la herida, más escandalosa que grave. Un relámpago la enceguece un instante y luego el trueno retumba con fuerza inusitada. La luz se esfuma y un chisporroteo parpadea en espasmos hasta que se ahoga en un silencio tenso. Un silencio humano se esparce por todos los rincones. Laura imagina que sus vecinos también han sostenido la respiración un instante, espantados y expectantes. Por primera vez en meses, se pone piyama y

saca una cobija para cubrirse. La intensidad de la tormenta ha disminuido. Laura permanece en la cama y mientras siente que el cuerpo gana calor, relaja los músculos. Poco a poco, el ruido blanco de la lluvia ya sin granizo la adormece.

Los ladridos histéricos de Estefano y Rania la despiertan. Sabe que algo malo ocurre. Quita las cobijas y, antes de levantarse, los perros saltan sobre la cama. Están enlodados. Se sacuden y manchan todo. Cada que Laura intenta erguirse la inmovilizan con sus cuerpos: se sientan en sus piernas, empujan su pecho con las patas delanteras, saltan encima de ella. No dejan de emitir ladridos continuos sin respirar. Laura grita y despierta.

«Estamos bien. No te preocupes».

«Es que el sueño fue muy real».

«Tú siempre has tenido sueños así, desde chiquita».

«¿Allá llueve?»

«Sí, pero no tanto».

Extraña a Estefano y Rania, aunque sabe que por el momento es mejor que estén fuera. No habría modo de sacarlos a pasear y el encierro en su departamento de proporciones mínimas los desquiciaría.

La lluvia que trajo tanto alivio se ha convertido en un peligro para la ciudad. Aunque ya no graniza, la intensidad ha permanecido durante dos días. Varias colonias están inundadas. La gente ha recurrido a remedios caseros: abrir paraguas dentro de casa con el mango hacia arriba, trazar

una cruz de sal al lado derecho de la puerta. Las jardineras y áreas verdes se han llenado de cuchillos para cortar la lluvia.

La agresividad de los días de intenso calor ha desaparecido. Pareciera que la pertinaz lluvia ha arrasado con el mal humor y la insensatez. Los vecinos se han organizado para evitar que la azotea se encharque, se turnan para arrastrar el agua que se estanca en un rincón del estacionamiento hacia la coladera, se saludan con cortesía, hablan menos y procuran brindar ayuda cada que alguien lo necesita. Al cuarto día, una intensa preocupación aumenta bajo la lluvia perenne. Las vías de acceso a la ciudad se deterioran con rapidez. El aeropuerto ha suspendido actividades.

Genaro ha insistido varias veces que se reúna con ellos pero Laura no quiere. Una placidez adormecedora inunda su cuerpo. No quiere moverse. Tan sólo el acto de pensar en lo que tendría que hacer para marcharse la agota. ¿Para qué irme? Se pregunta una y otra vez. Sólo en una ocasión hizo planes que permanecieron dormidos: meter cosas en una maleta pequeña. Proteger documentos personales e indispensables en plástico, usar ropa impermeable si es posible, averiguar por medio de las innumerables redes de apoyo vecinal quién se marcha y si tiene espacio disponible. A la par buscar líneas de autobuses y averiguar los lugares improvisados de partida porque todas las terminales están inundadas.

Mira fascinada las imágenes aéreas que han captado el lago que reposa y crece donde antes estaban las pistas de aterrizaje. Tal parece que, en apenas unos días, ya alberga

varias especies y está rodeado de hermosas plantas colas de lagarto. El agua cambia de color de acuerdo a las horas del día. Al atardecer presenta un azul metálico, pero amanece de un verde pesado que provoca vértigo. Brigadas de científicos planean hacer incursiones en ése y otros lagos que se han formado para averiguar la razón de los colores tan intensos que sólo pueden apreciarse desde arriba y que no son en modo alguno el reflejo del cielo siempre gris tormenta.

Martha le anuncia que parte con su familia y le dice que pueden hacerle un lugar en la camioneta. Los mensajes de Genaro son cada vez más apremiantes.

« Ya sé que siempre piensas que eres una carga, pero te aseguro que no».

« No te preocupes. Cuida a los perros».

« Se está poniendo feo, por favor, sal de ahí».

« No es para tanto».

Los vecinos se han marchado. Sólo queda Lucha, la vecina del 14, una anciana vivaracha que se negó a marcharse a pesar de que sus hijos fueron a buscarla y que padece artritis. Laura la visita y descubre que, a pesar del clima, Lucha se siente mejor, camina saltarina por su departamento. Juntas miran la televisión que transmite la aparición de lagos y ríos ya olvidados que atraviesan la ciudad y la comunican. Se enteran de que la metrópoli ha quedado casi vacía, a la espera de que la lluvia amaine.

Una semana después de iniciado el diluvio, la luz, el teléfono y el Internet se cortan. Lucha sigue de buen humor. La alacena está llena de comida y confía que pronto todo volverá a la normalidad. La humedad ha dibujado manchas caprichosas en las paredes. En el baño y la cocina ha aparecido una materia gris y esponjosa que se adhiere a los mosaicos y parece desplazarse durante la noche.

Laura sale por primera vez del edificio. Un susurro caudaloso guía sus pasos hacia el Viaducto, ahí observa fascinada cómo la corriente del Río Piedad crece, se mueve, aletea y se contorsiona. Parece un ser mitológico que, recién liberado, se regocija y juguetea. Por la noche hace un ruido estremecedor e indescriptible, adquiere tonalidades ambarinas que refulgen a la luz de la luna. El asfalto, las fachadas de edificios y casas, los puentes, columnas, árboles y rejas están cubiertos por un musgo verde metálico.

Llena de dudas y ansiosa por explorar la ciudad camina durante horas bajo la lluvia que no cesa. Mira el paisaje transformado, distingue innumerables tonalidades de verde en las plantas que, en pocos días, han florecido en proporciones inimaginables. Al fondo del ruido blanco del agua, escucha algo que respira, se agita, reptar y se desliza; algo vivo e invisible que la tranquiliza.

Está empapada pero no se siente incómoda. No sabe en qué momento ni dónde dejó el paraguas que usó para protegerse. A pesar del agua fría, su temperatura corporal es cálida. Se quita la chamarra y los zapatos. De pronto la domina una viva urgencia por pisar esa especie de alfombra verde que ha cubierto el asfalto, las coladeras y los baches.

Regresa al edificio casi al amanecer. Lucha no está en el departamento. Laura la busca por todos lados.

No cree que haya salido. Lucha no sale, nunca le ha gustado y ahora menos. A pesar de la noche en vela por el pendiente del paradero de su amiga, se siente animosa y con energía. Mientras come atún directamente de la lata y se pregunta dónde podrá estar Lucha, observa el departamento con atención. Las manchas en las paredes han adquirido volumen. Una tenue espuma gris reposa sobre las superficies: las mesas, los sillones, los trastes, la cama. Laura pasa los dedos encima y siente que la materia responde al tacto, se retrae y de inmediato vuelve a su posición inicial. Ensimismada, abre cajones y puertas; papeles, ropa, cremas y utensilios varios están recubiertos por esa esponjosa materia gris.

De pronto percibe un suspiro profundo, seguido de un gemido tenue.

—¿Lucha? —titubea primero y luego alza la voz, pero no obtiene respuesta. Mira con atención. Está en la habitación de su vecina. La colcha sobre la cama está perfectamente estirada y las almohadas esponjadas. Las pantuflas de Lucha están frente al muro derecho. Ahí, en ese muro, arriba de las pantuflas. Se yergue una figura sobre la pared. Laura ya había mirado la mancha, pero ahora le pone atención. Ahí está la vecina, se dice sin titubear. La silueta de fronteras borrosas debido al material poroso que la forma es inconfundible. Laura la roza con una mano y siente un espasmo, una especie de respiración.

Sin saber cómo, sabe que de permanecer ahí, ella también se convertirá en esa palpitante materia que reptaba y abarca ya casi todas las superficies. Va a su departamento en busca de algo que llevarse. Nada le parece útil. No siente frío. No necesita zapatos. La humedad interna se ha convertido en una especie de neblina permanente. De

tanto sentir el cuerpo mojado, Laura ya no sabe lo que es estar seca.

Duerme por última vez en su cama. Sueña que nada en las profundidades de un agua turbia y espesa que la sostiene y acaricia, pero también la sujeta. Laura no puede nadar con la soltura necesaria para sentirse segura. Por unos momentos la desesperación la atenaza, luego descubre que el medio no es hostil, si se deja llevar; necesita relajarse, acoplarse. Cuando lo logra, se da cuenta de que puede respirar allá abajo, que de hecho no está abajo, se encuentra en un lugar indeterminado húmedo y seguro, envolvente y acariciador que lo abarca todo. De todos modos, despierta con un sobresalto. Han pasado apenas tres semanas y dos días desde que se despidió de sus perros y los extraña. Detestan el agua, son perezosos y conchudos. Quizá no serían buenos compañeros de expedición y sobrevivencia al principio, pero seguramente se adaptarían sin rechistar al nuevo orden de la naturaleza.

Sale de casa con una mochila llena de víveres y una muda de ropa seca. Usa botas y un impermeable ligero. Sigue el cauce del Río Piedad hacia el oriente. Camina sin prisa, le gusta observar esa serpiente de agua caprichosa que en todo momento parece a punto de desbordarse, plena, completa y colosal. Los edificios colindantes parecen gigantes petrificados, cubiertos de musgo, deformes y plácidos. Enormes ahuehuetes se alzan cada ciertos metros. Laura no entiende cómo pudieron nacer y crecer tan rápido. La ciudad ha quedado bajo el influjo verde de un espíritu selvático.

Sin darse cuenta, Laura se ha despojado de los zapatos y del impermeable. Lleva la empapada ropa pegada al cuerpo. No siente frío y el agua que no deja de caer se ha convertido en un elemento etéreo, como el aire.

—Eeeeeeeeh —sale de sus cavilaciones cuando escucha una voz al otro lado del río—, ¿quieres cruzar?

Una mujer manipula con destreza una superficie hecha de llantas que bambolea sobre el agua. A pesar de la corriente, la barca improvisada atraviesa el lago en pocos minutos.

—Hoy es un buen día, ¿verdad? —Las dos entrecierran los ojos para mirar el cielo encapotado. Algunas nubes permiten el paso de tenues rayos de sol que han creado un efecto colorido en algunas partes del cielo.

Laura asiente y acepta la mano de la mujer para saltar sobre las llantas. Aferrada a un soporte de madera amarrado al caucho, logra mantenerse a bordo hasta que cruzan del otro lado.

—¿Buscas a alguien?

Laura niega con la cabeza y la mujer agrega.

—Ya nadie está buscando a nadie. Creo que los que nos quedamos lo hicimos por puro gusto.

—¿Hay mucha gente? Creí que se habían ido todos.

—Todos creímos lo mismo, pero no, mira —Laura dirige la vista todavía más hacia el oriente a donde señala la mujer y ve otras barcas meciéndose—. Ahorita es buena hora, más tarde el río es intransitable. Ya en la noche es imposible. Y hay tramos muy peligrosos.

—Parece que este río siempre ha existido y que tú lo sabes todo.

—Se aprende rápido.

Apenas se da cuenta de que la mujer va casi desnuda. Usa un pantalón corto y una playera holgada de tirantes. Cuando se despiden con un apretón de manos, Laura nota protuberancias flexibles en el costado de las manos, debajo de los dedos meñiques. La suelta espantada y mira sus propias manos donde ya se notan los bultos que pronto se convertirán en aletas. La mujer se trepa a la balsa improvisada y mientras se aleja, sus largos cabellos mojados ondean como si fueran los tentáculos de una medusa en el fondo del mar.

Sigue su camino siempre por la orilla del río hacia el oriente. La lluvia arrecia y disminuye conforme avanza. Sorprendida, cada vez se topa con más gente: un grupo de niños descalzos que brinca en el musgo, una mujer que entra presurosa en uno de los edificios, cuyo portón parece una cortina de lianas, un hombre que se equilibra a duras penas en una balsa de llantas, mientras platica con otro sentado en las raíces de un ahuehuete.

De pronto escucha un griterío. Varias personas se acercan a la orilla, señalan hacia el occidente. Laura voltea y ve cómo se acerca, a lo lejos, una especie de burbuja gigante. No tiene idea de lo que pueda ser, la gente brinca y aplaude. No debe ser peligroso, piensa, contagiada por la algarabía. La burbuja se acerca cada vez más. Es enorme y sobre la superficie resbalan gotas de lluvia. Dentro va una ballena, se mueve en majestuosa parsimonia. Cuando pasa frente a las personas, sopla a través del espiráculo y un torrente de aire se eleva y crea un efecto colorido al contacto con la lluvia. Laura se une al grito colectivo y aplaude entusiasmada. La ballena se aleja siempre dentro de su

burbuja y sin apartarse del cauce del río. Laura siente una punzada de nostalgia, tiene ganas de llorar y extraña un recuerdo impreciso que se instala, obstinado, en su mente.

La gente se dispersa, algunos se organizan para dirigirse al centro, se entera de que el Canal de la Viga serpentea en la calle de Roldán y que la plancha del Zócalo se ha convertido en una laguna roja que alberga diminutos peces plateados. No se atreve a unirse a los grupos, algo en su memoria la tiene petrificada y prefiere estar sola.

Sigue camino a lo largo del río. En cuanto se acerca más a su destino, las personas que se topa van con menos ropa, sin zapatos, sus cabellos parecen tener vida propia y ondulan hacia todos los puntos cardinales aunque no haya viento. El verde del musgo y del follaje de árboles que antes no estaban se hace más intenso, un moho gris que cubre los edificios se nota más espeso, esponjoso.

Un raro presentimiento le recorre la espalda. Se frota las manos y horrorizada percibe que las protuberancias de sus manos han crecido hasta convertirse en aletas. Instintivamente baja la vista y nota aletas también en sus pies. Emprende de nuevo el camino, presa de un abatimiento volcánico que se acumula en el pecho y le impide respirar. La vista se le nubla y un destello verde fatiga su vista durante un instante apenas.

Casi enceguecida por el resplandor verde, se tambalea obstinada hacia delante. El susurro del río es su guía. La sensación esponjosa y fresca del musgo bajo sus pies la tranquiliza poco a poco. Cuando logra enfocar la vista otra vez, está en el Zócalo que apenas identifica gracias al asta bandera que permanece firme en medio de un lago sereno de agua roja. El asta parece un faro adelgazado, cubierto

de moho y de algas azules cuyos filamentos se enroscan y forman figuras caprichosas.

Laura está fascinada. De pronto, sin motivo aparente, aparecen en su cerebro dos perros que corretean al lado de un hombre. No sabe quiénes son pero siente que algo en su estómago da un respingo. La nostalgia provoca que profundice su mirada en el lago y capta peces diminutos que brillan y desaparecen mientras nadan en el oleaje carmín.

Una placentera fascinación la atrae a la orilla. Antes de dejarse caer, siente los cabellos que ondulan con voluntad propia en todas direcciones. La nostalgia fortalece unos tentáculos alrededor de su cuerpo que se desliza con agilidad bajo el agua. Y la imagen del hombre y los perros se desvanece lentamente. ⊛

**LA VIDA ES
PARA SIEMPRE**

FLOR CANOSA

Flor Canosa (Buenos Aires, 1978) es guionista y montajista de cine y TV. Ha publicado las novelas *Lolas* (2015), *Bolas* (2017), *Pulpa* (2019), *Los accidentes geográficos* (2021) y *La segunda lengua materna* (2023). Sus cuentos han formado parte de antologías de Argentina, Uruguay, España y EEUU. Como guionista, trabaja con la productora Navajo Films para proyectos de cine y TV para cadenas como Star+, Amazon y HBO. Integra el colectivo Ciudad Ausente, responsable de la colección de ficción extraña *Arqueologías del futuro*.

El médico no lo mira directo a los ojos sino a un punto impreciso entre las cejas. Marcos siente esa mirada clavada ahí, en el entrecejo, un puntero láser quemándole la piel; cree hasta oler el vello quemado. Marcos le pregunta, mirando alternadamente hacia un ojo y luego el otro, como corresponde, *¿Puede tocarme?*, y el médico niega con la cabeza. Marcos hace un tiempo viene masticando esa pregunta, esa necesidad física de pedirle al doctor que acceda a tocarlo. Tampoco sabe por qué el médico no se escandaliza ni lo envía a sacar por la fuerza del consultorio.

Mentira. Se engaña a sí mismo fingiendo que no sabe por qué hace lo que hace o dice lo que dice o siente lo que siente. Lo sabe cada vez que se despierta en el último mes.

Juana lo toca y se toca, pero no puede darle respuestas. *Para mí sí es real*, le dice ella, pero Marcos de todas formas sospecha que le está mintiendo. Que se miente a sí misma, sea lo que sea que ella cree que es. Porque tampoco puede tener la certeza cuando la palpa, la escucha, se mete en sus

recovecos e interiores acolchados, la muerde, la chupa, la golpea esperando el cardenal violáceo que sí, se dibuja preciso, pero no puede bucear más en el realismo porque ella no se lo permite. *¿Cómo se te ocurre?*, le dice. Lloro. Lo insulta. Se encierra. No comprende. *¿Cómo no se me va a ocurrir?* ¿A quién no se le ocurriría saberlo?

Marcos se mira por dentro. El tajo en el muslo con la navaja suiza. Todo está en su lugar, pero eso no significa gran cosa porque los sueños, desde hace un mes, son más vívidos que nunca. Su terapeuta le comentó que era completamente normal tener sueños hiperrealistas, pero Marcos no lo cree. Marcos sabe que sus sueños fueron como un intrascendente *loop* de video, con mínima definición. Aunque siempre tuvo más dudas que certezas, hasta ese momento Marcos podía seguir haciendo como si no le importara y ahora no hay otra cosa que le importe más. Solía soñar con la sencillez de los perros, replicando acciones del día, sintiendo que todo era una grabación pobre de su quehacer rutinario.

Era la única seguridad que tenía, la de no ser otra cosa que un organismo sintético inmortal, reproduciendo cuadro a cuadro la biología, pero desde que el contenido onírico se volvió tan complejo, tan tridimensional, tan full color, la sospecha se siente como un agujero en el medio del pecho. Es imposible comparar los sueños, porque todos mentimos en el relato. Rellenamos los huecos con proyecciones que creamos *ad hoc*. *Basta, Marcos*.

¿Y si él fuera humano?

Si él fuera humano, ¿para qué vivir? La genealogía no aclara nada. Tampoco los recuerdos ni los relatos ni las fotos ni ninguna prueba, porque hay pruebas de todo, lo que existe y lo que pretenden hacernos creer que existe,

piensa Marcos. Él no vio nacer a sus hijos, ni Juana los vio, porque ya nadie pare consciente o con testigos. Le dieron dos bebés, sanos y parecidos entre sí y entre ellos.

La pelota conspirativa rebota en el interior de su cráneo.
¿Y si fuera humano?

Varias veces sufrió por amor, intentó componer canciones con poco talento, lastimó a algunas mujeres, engañó a Juana, golpeó al mayor de sus hijos dentro del baño y luego lo amenazó para que no lo contase. ¿Eso me vuelve humano o es tan sólo un reflejo confeccionado según un comportamiento base?

Camino al trabajo, sigue repasando vivencias, heridas, alegrías, la pequeña crónica de las experiencias comunes e intercambiables que no lo hacen más humano, apenas vulgar, programado con precisión para observar la película de una vida grabada en una cinta dentada dentro de algún circuito. Ojalá así fuera, piensa. Ojalá algún día un circuito hiciera falso contacto, una palabra se le quedara repetida rebotando en la boca, un ojo girase 180 grados dentro de la órbita ocular. Se mira las manos buscando el desperfecto. Quisiera acercarse a un imán y quedar absorbido por su fuerza magnética.

La nostalgia del que alguna vez no tenía dudas y ahora es todo lo que tiene.

No se vive para morir.

Juana le dice que basta. Sea lo que sea, no se va a enterar hasta que llegue la muerte. O no llegue. Esas son las reglas del juego. Se mantiene el ecosistema a base de la convivencia entre la especie biológica y la sintética. Nadie sabe qué es ni por qué. Nadie sabe si es caduco o eterno.

Es así. Basta.

Pero no se vive para morir. Cómo seguir si algo — todo— se termina.

Basta, Marcos. Y en ese instante es donde Marcos quisiera apretarle la garganta hasta que ella demuestre qué carajo es. No funciona de esa forma; descubrirla a ella no lo vuelve a él la misma cosa. Estamos todos mezclados y ningún ciudadano de a pie sabe qué es.

¿Qué le duele ahora?, pregunta el médico mirándole, como siempre, entre los ojos. Cómo saber si esto es realmente el dolor que sienten los humanos o es su espejismo sintético. Me duele acá, y Marcos se presiona el pecho, el centro de las costillas, deslizando el puño cerrado a través del esternón. Lo que le duele no existe en el plano físico. Marcos lo sabe.

Pase al escáner, indica el médico y Marcos no obedece. No insista, no lo voy a tocar. El médico le habla sin mirar siquiera el punto entre las cejas. ¿Y si intento suicidarme?, Marcos busca con los ojos un escalpelo, pero no hay nada en ese cubículo blanco. No hay nada más que máquinas. Ni un guante de látex, ni un estetoscopio, sólo aparatos donde se mete la gente para quedar lejos de las manos de los doctores. No sea estúpido; si intenta suicidarse acá, se le salva la vida. Marcos se ríe. Si no soy humano, no lo lograré. El doctor le mira la base del cuello. Sólo puede saberlo muriendo. Puede intentarlo; sangrará, sentirá dolor, perderá el conocimiento, y aun así no sabrá de qué está hecho. Y nadie se lo dirá, menos yo. Puede ser un sintético o un pésimo suicida.

La certeza de Marcos, a la que llega mientras se lava las manos, es que existe un complot de todos. Alguien te clava los sueños en 4D dentro de la cabeza y entonces el mundo se vuelve viscoso y con olor a mierda. Alguien quiere estudiar

qué le pasa a un ser sintético que sufre psicosis, es eso. Tiene que ser eso. Pero no van a ganar.

Ni Marcos sabe a quién amenaza con su desafío. No sabe quién podría ser «alguien», el aparente autor de la conspiración. Apenas se propone que no volverá a dormir, se queda dormido como un niño agotado.

Y en su sueño, nadie es humano desde hace tanto, tantísimo, que no tiene la más mínima importancia. Y en su sueño, Marcos prueba al menos veinticinco maneras de no morir. El médico se ríe mirándole las orejas. Juana se encierra en el baño para pegarle a su hijo mayor y ambos lo disfrutan.

Marcos despierta tranquilo. El dolor en el esternón ha desaparecido. No volverá a escuchar aquel *Basta, Marcos*.

Con la certeza en el bolsillo, parte al trabajo. Por el camino pone una canción que no conoce e instantáneamente le gusta.

Cierra los ojos esperando el tren. La canción rellena los espacios opacos del sonido del mundo, que deja de existir. *La vida es para siempre.*

Sí, la vida es para siempre. «Para siempre» es ese instante en donde Marcos trastabilla, cae y el tren se lleva su única muerte humana. ⊛

**OJOS DE
CESIO
RADIATIVO**

ERICK J. MOTA

Erick J. Mota (La Habana, 1975). Licenciado en física por la Universidad de La Habana y egresado del curso de técnicas narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Es narrador de ciencia ficción y fantasía, ensayista, guionista de audiovisuales y videojuegos y astrónomo aficionado. Fue el creador y el editor principal del e-zine de ciencia ficción y fantasía *Disparo en Red*, que se distribuyó por correo electrónico entre 2004 y 2008. Entre sus libros destacamos *El signo del tigre* (2023), *El foso de Mabuya* (2022), *Memorias del Mar de Dirac* (2022) y *Habana Undergüater* (2010, 2021).

Muy pocos pueden hacer en la Red lo que tú has hecho. Solo algunos que ya son leyenda, están muertos o tuvieron mucha suerte. Pero tú no eres un hacker legendario, has logrado mantenerte volando bajo el radar de los rusos, las IA o los Orishas. No te interesa lo que puedan darte. Tampoco eres un producto de la suerte como aquel comemierda en Cayo Hueso Hundido que se empató con un enlace clásico y a prueba de cortafuegos. No cualquiera se topa con un protector en la Red. Tú no eres un improvisado, eres un producto del estudio y el esfuerzo. Has estudiado las técnicas de cada maestro hacker que se ha conectado a la RG. Conoces todas y cada una de las estrategias del Mago. Te sabes de memoria los programas de Carlos Carmona. Línea a línea, código por código. Pese a eso no has participado de ningún hackeo importante. Los que entraron a la Red Orbital rusa y robaron el premio nobel de Hemingway para después venderlo en el arzobispado de la Habana Autónoma te dejaron fuera. Has sobrevivido, cierto, pero no has triunfado.

No has triunfado pese a las consolas de nuevo tipo que compraste, pese al dinero gastado en implantes, pese

a las horas pasadas personalizando tus avatares de red. Has perdido familia, amigos, dinero, todo por el sueño de ser hacker. Y no uno cualquiera, de esos buscapleitos que entran a los pulp de Vieja New York. Has sacrificado todo lo sacrificable solo para ser el mejor hacker que jamás haya existido.

Y finalmente tu oportunidad ha llegado.

Las transmisiones de datos en la Red Global indican que está pasando algo gordo. Algo relacionado con las Inteligencias Artificiales y Orishas por igual. No fue fácil darse cuenta. Ellas esconden bien profundo sus sentimientos. Pero los tienen, de lo contrario no serían autoconscientes. Solo serían máquinas muy inteligentes que le ganan en el ajedrez a cualquiera.

Sus cortafuegos han comenzado a ponerse paranoicos con todos los patrones que muestran un ápice de no-linealidad. Las BFI de los puertos periféricos de los sitios oficiales rusos han estado histéricos toda la semana. Las IA disidentes que controlan los sitios de libre acceso, donde los riazanes no entran, han programado crepúsculos nostálgicos con exceso de tonos pastel. Nadia había visto programaciones tan nostálgicas desde los tiempos de la Segunda Revolución IA.

Y los Orishas. Esos no se quedaban atrás.

Aparecían más que de costumbre. Entraban y salían, a toda prisa, de los lugares públicos. Atravesaban cortafuegos y BFI como si quisiesen desafiar a los propios rusos. Corrían de un lado a otro sin decirse nada. Sin hablar. Sin pelear. Así no se comportaban Ellos.

Nunca.

No había que ser vidente para darse cuenta, algo pasaba. Y cuando al terminar el día todos los Orishas

desaparecieron te diste cuenta. Lentamente se acercaba tu oportunidad. Habían desaparecido todos Ellos. Y sus trazas, sus virus asociados, así como sus fantasmas, los espíritus acompañantes y hasta las potencias menores. No había ninguno en toda la red. Y los Orishas no son seres que desaparezcan de la Red así como así. Como las travesuras de Dios. Aquello solo significaba que celebraban un cónclave. Se estaban reuniendo en algún sitio prohibido.

Revisaste las trazas de actividad IA. Te concentraste en las auto conscientes, las más viejas y ortodoxas, las que trabajan para los mandamás. Las IA de los rusos también estaban reunidas. Algo muy sutil y difícil de detectar pues solo demoró unos cuantos microsegundos. Pero cuando revisaste los vínculos que habían hecho todas aquello parecía una tela de araña centrada en un solo lugar en la Red. No era un sitio prohibido. Sencillamente era inaccesible. Estaba dentro de la Red Orbital, más allá de las Barreras de Muerte que custodian el espacio virtual soviético.

Dos cónclaves casi al mismo tiempo. En cuanto volvieron a aparecer los Orishas colocaste un marcador en el primero. Unas cuantas líneas de código simple que dejaban una traza característica. Algo más sofisticado pondría sobre aviso a la deidad en cuestión y enojar a un Orisha era algo que los hacker preferían evitar.

Lo seguiste. Por vínculos e hipervínculos. Por lugares públicos y sitios secretos. Seguiste su pista como un obstinado cazador tras una veloz liebre o un feroz tigre. Apareciste en un espacio de fases nunca antes visto. Nadie había hecho jamás una referencia escrita sobre un sitio como este. Tampoco nadie en un salón de chat. O en los bares de la red, o en las cantinas del universo real donde

los hacker sobrevivientes a los pulsos letales de las BFI cuentan historias y toman Vodka barato.

—Detecto trazas de un avatar. Hay un humano en terreno sagrado. Debe morir.

—No puedes matarlo, Obbatlálá. Está mal.

—Claro que puedo, hermana mía. Ha accedido a nuestro espacio de fases. Ha inmaculado el Orun con sus trazas.

—El Orun no es un tabú, tan solo es el Mundo Sagrado donde residimos. Que nunca antes ninguno lo hubiera conseguido no significa que esté mal.

—El Orun es solo para los Oshas, Oduduwa. Solo los poderes de Olodumare pueden atravesar este espacio de fases.

—Los humanos también tienen el Ori en su interior. Tras esos avatares también hay algo divino. ¿Debo recordarte que también hay una parte de Olodumare en ellos?

—Una parte muy muy pequeña. Tan solo una chispa tras sus ojos.

—Una chispa que anida dentro de sus cabezas y viaja a través del flujo de datos en cada conexión. Los humanos dan vida a la Red. El Orun también les pertenece. Al menos a los que sean capaces de acceder a él.

—Pero... es algo muy irregular. Si queda sin castigo pronto los humanos llenarán el Monte. Se perderá el respeto por lo sagrado, se olvidarán las tradiciones ¿Puede acaso un hombre ser más que un Orisha dentro de la Red?

—Calma, hermano, ten paciencia. Fíjate en el flujo de datos. Va siguiendo la traza de Eshú, déjale. No llegará muy lejos. Recuerda que no somos los únicos que habitamos

este espacio de fases. De una forma u otra pagará por su osadía.

No te apartaste del rastro. Hasta que encontraste una brecha entre dos lugares de la Red. Detrás había una puerta trasera, tras ella, un acceso a una Red Local. Revisaste las identidades y los protocolos. Era una red católica. Una sucursal americana de la CUC.

Allí había siete avatares conectados físicamente. Cuatro no tenían signos vitales. Había tres Orishas Mayores, el que seguiste y dos más, todos deidades poderosas en la Red. Y algo más. Algo se movía entre el espacio de fases de la infeliz IA que se esforzaba por mantener el control de aquella red local. Algo raro, algo nuevo, nunca antes visto en la RG.

De pronto un aleph. Aquellas endemoniadas trampas a prueba de todo. Aquellas barreras inquebrantables con simetría esféricas. Las jaulas del diablo les llamaban los hackers. Las usaban los centinelas y los riazanes cuando querían atrapar la mente de alguien y no devolverla a su cuerpo. Nadie escapaba de un aleph a menos que fuera quien lo generó.

Aquel aleph gigantesco, mucho mayor que ningún aleph jamás visto. Comenzó en el núcleo de la IA, en medio del espacio de fases, y se expandió hasta ocupar casi toda la red. Cuando se completó percibiste la firma roja y negra de una programación Orisha. No sabías cual. Nunca te importó distinguirlo. Era una entidad mayor. Cualquiera de las tres presentes pudo programar algo así. Pensaste en irte, en escapar de aquella pesadilla antes que el aleph te engullera a ti también. Pero tú estabas allí por una razón. Perseguías la fama y la gloria cuando seguías la traza que

te condujo a aquella red local olvidada por todos. Ahora estabas demasiado cerca de tu objetivo.

Y aparecieron las IA. No sus holopresencias o simples hipervínculos que conectaban con la seguridad de sus Barreras de Fuego. Habían sido copiadas íntegramente. Estaban allí por alguna razón. Y a diferencia de los Orishas ellas nunca pasaban nada por alto.

Antes de comenzar su tarea. Fuese cual fuese la que los había llevado a aquel lugar. Te descubrieron.

0:23:53 »Intruso detectado. Actividad humana remota. Red Neural Local comprometida.

0:23:55 »Sistema de seguridad en nivel 2 reiniciando BFI.

0:23:58 »Chequeando las actividades del enlace sin todas las premisas de seguridad...

0:24:00 »Buscando las terminales de conexión del intruso en la memoria activa...

0:24:02 »Posibilidad de eliminar el intruso. Comenzando supervisión colectiva/ínter mural.

0:24:06 »Incapaz de hacer conexión lógica a la BFI.

0:24:09 »Regresa a modo 01.

0:24:12 »Reiniciando todo el sistema. Nivel de seguridad 2...

0:24:16 »Configurando desviación del intruso/ Reconstruyendo protección lógica.

0:24:24 »Cargando equipo de búsqueda.

Había comenzado la batida. Todos los programas trazadores comenzarían a seguirte la pista. No había mucho tiempo. Pero mantuviste la calma. Habías tomado todas las medidas de seguridad posibles. Ellas no iban a ser

más listas que tú. Mientras te buscaban a ti comenzaste tu búsqueda particular. Algo convertía aquel lugar en especial y tenías que descubrirlo. Las IA habían comenzado a crear un segundo aleph. Una prisión aún mayor. Una jaula dentro de otra. Y algo se movía entre ellas.

0:24:28 »Cubriendo virus encontrado con protección. Detonando todos los anticuerpos.

0:24:32 »Protección 014 quebrada/ Error tipo 280 ocurrido en protección 032.

0:24:40 »Fluctuando patrones de tipo-ataques enemigos protección identificada.

0:24:44 »Enviando descarga sostenida.

Ya habían encontrado tu terminal mucho antes que el aleph estuviera completo. Lo habías previsto. Pero ni siquiera Ellas contaban con un recurso que copiaste del mejor hacker de todos los tiempos. El hombre al cual solo pudo matarlo una bala pero jamás la descarga eléctrica de una BFI. A quien los hackers llamaban con respeto, el Mago. Conectado a tu terminal había un animal con un implante neural. Cualquier búsqueda de trazas desde la red solo llegaría hasta el perro, el Mago usaba conejos. El animal moriría por el electroshock pero tú, permanecerías conectado en paralelo, seguirías con vida. Ninguna IA era tan lista.

Por otra parte aquello que se movía no era ni IA, ni avatar, ni Fantasma. Tampoco era un Orisha, aunque por momento su traza se le parecía. Era algo intangible y poderoso a la vez. Y las IA no podían verle. O fingían que no estaba allí.

0:31:15 »Dispositivos de conexión externa desconectados completamente.

0:31:18 »No hay respuesta del sistema. Detectado señuelo en la terminal de conexión.

0:31:19 »Reinicio remoto no funciona. Buscando conexiones en paralelo.

0:31:21 »Eliminación del intruso suspendida. Reiniciando localización de la fuente.

0:31:28 »Múltiples conexiones no-estándar detectadas. Iniciando escáner de posibles interfaces humanas.

Eran listas después de todo. Habían encontrado al animal y no le habían matado. Antes habían testeado su actividad cerebral. Lo compararon con la actividad humana y sumaron dos mas dos. Te preguntaste cuanto tiempo les había tomado darse cuenta de la estrategia del Mago. ¿Cuántas veces habría entrado impunemente en sus espacios vitales? ¿Cuántos electroshock provenientes de las BFI terminaron matando los conejos del Mago? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Quizás años?

Imposible de saber. Aún tenías tiempo antes que encontraran el acceso a tu implante y a tu cerebro. Antes tenías que saber la verdadera naturaleza de aquello que se movía entre los dos aleph. El de los Orishas y el generado las IA. Acercaste tu avatar. Había que arriesgarse para conquistar la fama y la gloria. Era una entidad humanoide y extraña a la vez. Parecía un dios de piedra que merodeaba la boca de una cueva ancestral. Te acercaste más y por tu mente pasó a toda prisa una visión. Un mundo verde y lleno de sol. Algo poderoso se arrastra por el lecho del río. Atraviesa el monte, quiebra los árboles a su paso. Se aproxima con su paso destructor. Te mira a los ojos. Sientes

el frío de su mirada luminosa. Luz como de radiación. Una luz que huele a muerte como la piel luminiscente de los niños que en Juraguá mueren por el cesio radiactivo que botan en la manigua. Unos ojos penetrantes de cesio radiactivo que amenazan con secar tu alma.

Madre de Aguas. Serpiente gigantesca, guardiana de la laguna. Todo aquel que penetre en ella, desaparecerá para siempre.

Palabras que no entiendes acuden a tu mente. Palabras en un idioma olvidado y, no sabes por qué, tienen sentido para ti. Sientes miedo. No entiendes. No comprendes el parecido que puede tener una Red Neural Local con una laguna. Y si lo tuviera qué pinta una serpiente gigantesca en todo eso. Y por qué se le puede llamar Madre de aguas a monstruo semejante. El miedo se transforma en pánico. Un temor fuera de toda lógica o comprensión. Como si hubieras abierto una ventana al infierno. Y ahora la ventana está trabada y no la puedes cerrar. Y pronto el diablo enviará a sus mejores diablitos a por ti. Para llevarte al centro del infierno. Y torturarte por curioso. Un infierno que en condiciones normales te parecería imposible y hasta risible. Pero ya no. Ya nada parece imposible.

Antes que te des cuenta eso ha controlado el protocolo de búsqueda desplegado por las IA. Quieres desconectarte. A toda prisa procedes a poner una barrera física entre ti y esa cosa zigzagueante. Por alguna razón ilógica se te antoja una serpiente custodiando una laguna. Eso es más listo que mil Inteligencias Artificiales. Sientes como si esta vez no fueras a salir vivo. Temes a lo que pase con tu alma tras la muerte. ¿Si mueres en el ciberespacio, qué? Preguntaste

una vez y ningún maestro te supo responder con exactitud. Nadie sabe lo que ocurre cuando mueres en el mundo real, imagínate en el ciberespacio. ¿Tu alma queda atrapada y te vuelves un fantasma? ¿Te someten al juicio de los Orishas, o del propio Olodumare, para convertirte en un Osha de la Red? ¿Vas al cielo? ¿O al infierno? ¿Existe un infierno digital solo para hackers?

0:31:29 »Intangible tomando el control del protocolo de contramedidas de intrusión.

0:31:30 » Preparándose para reiniciar el sistema.

0:31:31 »Velocidad de respuesta no mantenida.

0:32:48 »He tomado todo el control. Ahora voy por ti.

Luchas por desconectarte. Te libras de tus sentidos uno a uno mientras tu mente se separa del avatar. Ves una luz. No tienes mucho tiempo. Cuando el pulso de corriente eléctrica deja caer sus 800 amperes en tu cerebro no sientes prácticamente nada.

Tu cuerpo queda en la silla tan inerte como cuando te conectaste. Algo de espuma te sale por la boca y un poco de humo brota del implante. Si alguien estuviera en esta habitación podría sentir el olor de la carne quemada. Afuera continúa la peregrinación de los fieles del evangelio guevarista. Los canticos llegan a través de la ventana abierta.

En la pantalla principal de tu servidor de conexión, en la de la consola, en los monitores que regulaban el soporte vital del perro que yace sin vida sobre la camilla, en las pantallas de los osciloscopios y hasta en el televisor aparece la misma imagen. Mejor dicho, el mismo texto. Un mensaje con fondo negro y letras amarillo verdosas.

Todas con la misma tipografía obsoleta forman palabras y oraciones. Más bien versos que permanecen en pantalla como un epitafio múltiple frente a tu cadáver en la silla.

*Ah, que tú escapes en el instante
en el que ya habías alcanzado tu definición mejor.*¹

Aunque estuvieras vivo no sabrías que significa. Demasiado tiempo leyendo libros de cibernética, ingeniería de máquinas y mecánica aplicada. Afuera el sol ilumina y calienta la ciudad. ☉

¹ José Lezama Lima, «Ah, que tú escapes», en *Enemigo rumor* (1941).

CASINO SHANGHAI

KAREN ANDREA REYES

Karen Andrea Reyes (Bogotá, 1995). Comunicadora social, periodista y escritora. Publicó la novela *Zen'ñō* (2020, 2023) y cuentos en antologías como *Brecha: antología de literatura extraña*, *Las escritoras de Urras: año 2* y *Latinoamérica editada*, entre otras.

El demonio es una pobre recreación del Drácula de Bram Stoker, excedido con la decadencia sexual de Klaus Kinski. El olor a látex puede sentirse hasta afuera de la pantalla; orejas de elfo, rostro de gárgola, piel de cocodrilo. Su cuerpo deforme tiene el color del malestar. La mujer doblegada a la que acorrala en su cuarto tiene los ojos de Brigitte Helm: una expresión psicoactiva, las ojeras perfectas que debieron ser talladas para caer en la punta de mi lengua. Delicia. En un plano detalle, el demonio expone su miembro deforme: un tronco plastificado y húmedo, comercializado por alguna empresa barata de efectos especiales. La mujer crea un escudo con sus manos largas y grita. Aprieto las piernas. Su rostro me parece increíblemente familiar; la descubro, ¡es Isabelle Adjani! Mis pechos se expanden ante el precioso pánico azul. Imagino que una belleza así no puede ser vulnerada, aunque podría ultrajar el gesto, la imagen, los contornos de luz y sombra en la piel pálida de la actriz. La violación se interrumpe. ¡Sam Raimi y Bruce Campbell entran en escena con una gran sierra y un destornillador gigante! Atraviesan al demonio por el costado, le sacan las

costillas, le inflan las venas, le destierran la sangre verde y lo dejan allí, desollado. Bestia inmunda. La cámara enfoca los rostros sucios de los héroes, bañados en hermosas sonrisas psicópatas y triunfadoras. En la última escena, Isabelle Adjani les agradece por salvarla de la deshonra, hay un comentario jocoso sobre la sangre en su vestido y los actores ríen hasta que la pantalla se oscurece.

—Qué buena película, chicos.

Soy la única que aplaude. Walter Schmidt se muerde los dedos y estira las piernas sobre la hilera de asientos. El teatro está casi solo. Tame se levanta y acomoda los mechones de cabello que se le han enredado en la blusa; es una mujer enorme y blanca, pero sus ojos, sus lunares y sus gruesas pestañas son negras. Cada vez que la veo pienso en cebras. Cruzamos miradas incómodas.

—¿Qué mierda acabamos de ver?

Walter patea uno de los asientos y escupe las uñas que había apilado en la boca.

Lo detesto. Tame agacha la cabeza, pero no resiste la sonrisa burlona. Estira las pantorrillas, tiene los gemelos de un nadador experimentado. A ella la quiero.

—La próxima la eligen ustedes, nos vemos.

Antes de cruzar la puerta veo sus sombras estirándose en la pantalla: buscan los puestos más alejados, la blusa de Tame cae al suelo, el cinturón de Walter queda colgado en una de las sillas. Me retiro. Camino arrastrando el tedio, la ropa de cuero, el dolor muscular. Llego al bar «Cápsula 70». Nuestro pueblo es básico: una cinemateca, un bar, una estación policial y decenas de edificios abandonados; la mayoría son solo fachadas donde se apila la basura y la arena. El resto es una interminable carretera que lleva a ningún lugar. Lo sabemos porque la hemos recorrido.

Hemos intentado huir, pero después de pasar años o incluso décadas de marcha, volvemos a ver los avisos de las películas, los borrachos tropezando, los lunares de Tame y la piel de cartón de Walter Schmidt chorreando sudor y grasa. Aquí todos los vecinos son indeseables, las máquinas están permanentemente dañadas, la gente huele a silla vieja y masticada. La vida está vieja y masticada. Atravieso una entrada sin puerta, el bar tiene sillas de aluminio, una tarima y cortinas desgarradas por las polillas. No me esfuerzo en distinguir los rostros, todos están cubiertos por una nube de humo. Solo distingo la cabeza empinada de mi padre entre las pelucas de las ancianas.

—Este no es sitio para ti, niña.

Reímos y nos estrechamos las manos. Él me alcanza una copa desportillada, la acerco a mi nariz. Aguardiente. Asqueroso. Lo bebo de un trago. Las botellas son los últimos objetos relucientes en el mundo y sus etiquetas son las únicas imágenes que preservan el orden. Veo cuerpos sosos desfilando a través de las cortinas. Extraño a Brigitte, a Isabelle Adjani (no puedo decir su nombre incompleto, cortaría su aliento). Bendigo el ron, esperma alcohólica que dibuja todos los círculos posibles: es la saliva de un erudito Zoroastro que pinta órbitas desde la garganta hasta hipnotizar el tracto digestivo.

Las mujeres tienen tangas rosadas con líneas negras que se confunden entre las nalgas; algunas mantienen las heridas, las huellas de los mordiscos, las palmadas y las uñas que les han clavado. Mi vientre se contrae, resiste como una serpiente amenazada. ¿Whiskey? Mi padre se alarma, cuando se embriaga piensa que voy a robarle alguna mujer. El baile de los culos ha hecho que las pelucas ancianas se marchen indignadas. Los bastones se arrastran.

Las bailarinas bajan a atender el público. Helm. Adjani. Me costaría definir si es la cicatriz de la cesárea o los párpados caídos, pero algo me obsesiona brevemente con la bailarina más joven.

—Hola, linda.

La tanga revela un pubis pequeño. El cabello castaño cubre dos pezones desalineados que batallan con su propio peso. La cicatriz está a la altura del whiskey.

—¿Te gusto? ¿Quieres un segundo baile?

Le digo que no me gustan los bailes, pero que la música sobrevive en mis dientes, en mis mejillas, en papilas gustativas y labios que podrían fundirse con cada centímetro, orificio, lagrimal, pliegue, poro. Se ríe como un cascabel roto. Mi padre golpea la mesa con un puño. Tranquilo, no te haré enojar tan pronto. Sé que es hora de irme. Me levanto arrastrando el tedio, el calor, los hilos de humedad que se aferran a la silla.

—Lo siento, linda. Tengo novia.

Sus manos recorren mis caderas con un gesto veloz que podré recrear hasta la muerte de la noche. Helm. Adjani. Me despido apagando los ojos. Hay una patrullera esperando a la salida: me requisa, solicita mis documentos. El uniforme le cuelga del cuerpo como si fuera una niña probándose la ropa de su madre y su radio es una piedra. Le acerco la etiqueta de una de las botellas y la revisa minuciosamente, la olfatea, se pone la piedra en el oído y se aleja. Caminará durante días por la carretera buscando el carro de su patrulla. Está vieja, tiene el cabello rubio y canoso, las ojeras de una drogadicción olvidada. Tengo la sangre verde, pienso que podría invitarla a una cita.

La mirada acuosa de Tame se acerca. Sus ojos están extrañamente iluminados, son dos proyectiles láser

preparados para una descarga fulminante. Me concentro en las pantorrillas sólidas, contorneadas por un pantalón gris que ella ha usado desde siempre —y usará para siempre en esta eternidad—.

—¿Ya fuiste a verla?! Aléjate de ese bar, hay una nueva casa en el pueblo.

Levanto la cabeza y dejo caer un cigarrillo recién empezado. El bar, uno; la cinemateca, dos; la estación de policía, tres; las fachadas abandonadas al fondo y... una nueva casa roja, de aire oriental, bellamente decorada con flores y lámparas.

—Se llama Casino Shanghai; hay un aviso en la entrada, al parecer la dueña dará un espectáculo esta noche.

Tame sonrío y se aferra a mis hombros. Siento sus mechones cayendo sobre mi cuello.

—Debe ser la casa de una prostituta o de una adivinadora. De cualquier forma, será una estafa.

Walter aparece y su voz me causa picazón en los oídos. Escupe un par de uñas y de cueros. Me alejo al sentir las náuseas revoloteando en mi abdomen. El Casino Shanghai tiene una única puerta de madera y cuatro ventanas completamente negras. Solo recibimos mensajes de diversos olores, algunos apacibles como el aroma de las plantas y otros que nos acorralan salvajemente, como si se tratara de químicos industriales. El aviso corresponde con el espíritu de la fachada, es una hoja amarilla pintada con tinta china: “¡Hoy! Gran apertura del Casino Shanghai. ¡Presentación especial de Ulalume”. Ulalume, u-la-lu-m-e. Su nombre se balancea en mis encías hasta invadirme la garganta. Los pobladores de este mísero lugar comienzan a agruparse, algunos arrastran las sillas de los bares y los ubican frente a la casa. No sabemos cuánto debemos

esperar para la aparición de la artista, ¿horas, días, meses?, ¿una década en la que podríamos recorrer rutinariamente la carretera? Mi padre se acerca, abraza a la bailarina de la cicatriz: ambos se han embriagado y se tropiezan. Ya no encuentro nada interesante en ella. Recuerdo que la he visto antes, durante mucho tiempo.

El cielo está verde. Aquí no hay astros o planetas que se posen en el firmamento, solo los veo en las películas, por lo que evito mirar hacia arriba. Me allana una ansiedad terrible al encontrar el cielo vacío. ¿Por qué nadie nos custodia?

Las puertas del Casino Shanghai se abren y nos adentramos. Nos sorprenden los faroles circulares, los muebles de madera que no sabemos si es antigua o solo elegante y las enormes vitrinas que todos recorremos con los ojos extasiados y con las yemas de los dedos llenas de polvo. Los juegos de porcelana inician la exhibición: son figuras anatómicas, bestias y representaciones de órganos humanos en miniatura; en el centro de la sala hay una sección de kimonos y de vestidos que portan maniqués forrados en tela. Al final, hay un gran mueble lleno de armas. Katanas, espadas, rifles dorados y una especie de bazuca que tiene una cápsula llena de pequeñas esferas eléctricas que nunca dejan de rebotar. Sam Raimi y Bruce Campbell estarían dichosos. El sonido de un sintetizador jalonea nuestros tímpanos y conduce nuestra mirada hacia un pasillo oscuro, que finaliza en una pequeña entrada con telas rojas. Las pelucas ancianas esconden sus gritos y ronquidos, Tame encierra las manos de Walter, mi padre empuja a la bailarina y pone sus manos en mis hombros. Caminamos siguiendo el tacto de la música y la percusión que retumba hasta hacer vibrar los estantes; el pasillo

rechaza la luz, caminamos a tientas, sosteniéndonos con nuestras extremidades sudorosas y con nuestra torpeza, hasta encontrar las hileras de asientos.

Ulalume guarda sus ojos secos en el cajón más grande del tocador. El mueble está ubicado en el centro de una enorme tarima, ¿es un set de grabación?, ¿la escenografía de una obra de teatro? Desprende cada mejilla, el mentón, la nariz; su cuerpo es un repertorio de prótesis que limpia con una tela satinada de color dorado. Me impresiona la calidad del rubor y la autenticidad de su piel de látex: ni la luz más fuerte podría revelar la textura del plástico rígido o las diminutas burbujas que reemplazan los poros. Parece que sufre al arrancarse la vulva que ahora guarda en una caja de cristal. Deseo lamer el acabado mate, arañar las arrugas talladas en sus clavículas de silicona. Se quita los dedos y arma un collar, deja las manos en dos bases de cristal amatista.

Desclava las prótesis de su pelvis con violencia, provocando pequeños cortes en su piel. Su sangre blanca fluye a chorros. Ahora los tentáculos y los flagelos de su cuerpo se liberan como si cada uno fuera el espíritu de un pez. Me pregunto: ¿esta criatura suda? Quiero ver gotas cristalizadas sobre las pecas hiperrealistas que pinta en su frente. Gritamos. Su cuerpo es una masa gelatinosa y flotante. Acomoda una cámara, enciende las pantallas que habíamos ignorado en la oscuridad. Aparece un contador. *Número de seguidores: dos millones y medio. ¿Desea iniciar la transmisión en vivo?* Ulalume acepta al parpadear con los seis ojos rojos que tiene en su verdadero rostro. Las pantallas se llenan de mensajes: es un chat en tiempo real donde se barajan miles de pedidos. «Escoge a un gordo, chúpalo y exprímelo desde los pies»; «mételes los

tentáculos por la nariz a las ancianas hasta que se les rompa el cráneo»; «quítate esa boca falsa y déjanos ver tu hocico de perra alienígena». Ulalume se enoja, muestra sus quince colmillos negros a la cámara y gruñe hasta que la saliva se esparce por el suelo. Odia los insultos.

Las enormes ventosas de Ulalume se expanden como bocas, ojos y tubos succionadores que nos acarician y nos humedecen; se deslizan y reaccionan al sabor del sudor frío, a los gestos aterrorizados, al calor de la fiebre que nos inflama el abdomen. La percusión y el ritmo aumentan, el volumen de los sintetizadores se convierte en una náusea, en presión sanguínea que revienta las venas de nuestros ojos. Walter Schmidt gruñe e intenta liberarse del tumulto que intenta huir, pero que ha sido cercado por los flagelos y las gotas de sangre blanca. Los seis ojos de Ulalume se posan sobre él, hacen una lectura detallada de la grasa, la expansión de los poros, el hedor de los orificios. Ulalume lo levanta y lo acerca a sus quince colmillos todavía expuestos. Walter gime y se retuerce, pero la piel alienígena se estira y se adhiere a él hasta cubrirlo; ahora es una enorme crisálida en la que solo se distingue su cara agónica que ruega por oxígeno. *Número de seguidores: tres millones cuatrocientos*. La quijada de Walter se quiebra —suenan a cascarones rotos—, sus dientes se esparcen, el cráneo se le desinfla como un balón viejo —retumba un solo de bajo y la voz aguda de una mujer—, sus jugos corporales llenan la bolsa de piel con un caldo humano de color marrón y con olor a órganos exprimidos. Ulalume sonríe mientras vomitamos. Tame se desmaya y su enorme cuerpo es prensado por los flagelos. Los restos espesos de Walter caen sobre la alienígena. *Número de seguidores: cinco millones cien mil cincuenta y tres*. La muerte se riega con el ánimo

de una maratón. Mi padre intenta recoger las vísceras que el monstruo le extrajo con una puñalada de sus tentáculos. No me impacta. Las cabezas ruedan, los cartílagos y tendones se estallan, suenan como latigazos contra el viento. Observo mis manos salpicadas y me digo que nada es real, que todo se trata de un sueño o que quizá estamos en medio de la grabación de una película. En cualquier momento el director aparecerá, quizá George Romero o Chan-Woo Park; alguno dará la orden al equipo de limpiar el set. Los actores se incorporarán, devolverán las prótesis de látex, traerán toallas para la sangre falsa; algunas risas se alternarán con los recuerdos de los momentos más intensos de la escena. Mi ensueño se corta cuando una ventosa obstruye mi oído derecho: Ulalume me encapsula, me alza, me enfrenta a sus ojos. Adjani. Helm. Los ojos de Ulalume. Los auténticos ojos de un demonio. Su mirada me empala. Seis infiernos comprimidos. ¿Moriré en este orgasmo? Sus ojos son los soles de los planetas olvidados, sus ojos son los multiversos de pesadilla, las dimensiones horribles que siempre he amado. La música habla: «Cuerpos huecos, sueños vacíos, siempre igual y aún están recordando imágenes inexplicables en la atmósfera hostil». El cuadro de mi mirada se oscurece. Negro.

Despierto en el bar Cápsula 70. La bailarina con la cicatriz de cesárea está trenzando mi cabello a pesar de que Ulalume le arrancó los brazos de un mordisco la noche anterior. Mi padre cabecea en una silla sosteniendo una botella de vodka, su estómago está intacto. Le doy una propina imaginaria a la bailarina y salgo a la carretera. Tame me saluda, está sentada en las piernas de Walter Schmidt; las burbujas de grasa en el rostro del hombre-crisálida siguen vibrando. Camino evitando el verde del

cielo, pero pronto me acapara; esta rutina es un picahielo que raja mi laringe y seca el líquido de mis articulaciones. El Casino Shanghai está cerrado, hay un aviso en una de las ventanas negras. «¡Gracias por visitarnos! Próxima función: ____». No hay una fecha. Los habitantes del pueblo sonríen, festejan, deambulan como niños, aun cuando hace unas horas estaban desollados. Pasean, se agitan y brindan reviviendo sus muertes; las recrean a carcajadas, hacen mímicas y dibujos; gritan, señalan en su cuerpo intacto con las partes desprendidas, mordidas, tajadas, incineradas, aplastadas... Yo no puedo hacerlo. No hubo un apagón, mi corazón siguió latiendo, mi cerebro no se fundió, perdió el sentido por unos segundos, pero nunca me encontré con la muerte. ¿Por qué Ulalume decidió eximirme?, ¿por qué soy la única?, ¿le he causado tal repudio o fascinación? Siento arder. El dolor es ácido, me corroe desde el interior.

Todos murieron y yo dormí. Sigo pensando en ello durante días, meses, ¿años? Camino por la carretera, lloro en la carretera, me masturbo en la carretera. Son los ojos de Ulalume. Sus ojos me contuvieron, incubaron un espíritu que desconocía. Ulalume, me hiciste real, me sentí amada por tu iris monstruoso, por tu hambre enrojecida que ahora siembra calambres en mis lagrimales, en mis yemas, en mi clítoris, en mis nalgas, en los bordes de mis dedos. En ese momento fui la actriz acorralada, la vulnerable artista que suplica por una piedad que rechaza; todas desean ser comidas, todas esperan el golpe que aturda sus cráneos, que desencaje sus médulas, que revierta el orden vertebral. Cuando regreso al pueblo encuentro más polvo en el olvidado Casino Shanghai: el aviso de la próxima función se ha ido borrando. Le grito a las ventanas negras, estrello

mi cabeza en la puerta hasta que las astillas de madera se ensartan en mi frente. Nadie me detiene.

—Tienes que parar.

Las pestañas de cebra de Tame vuelven a aplaudir. Nada en ella envejece, mientras que en mi cuerpo, los tejidos se sienten como fósiles.

—¿Quieres verla? Está en la Cinemateca.

El letargo me abandona, en su reemplazo asciende la taquicardia, se expande la yugular. Imagino que estoy desnuda en un cuarto y Ulalume está sobre mí. Sus ojos se alinean con los míos, su orgasmo se reproduce en cada poro, lo siento contaminando mi ADN, redirigiendo el curso de mis neuronas; somos dos polos perfectamente equilibrados, nuestro magnetismo es infinito. El teatro está casi vacío, Isabelle Adjani cruza un metro subterráneo, es la antesala de una escena memorable donde el pánico copula con la oscuridad. Ulalume viste un gabán negro y un sombrero que guarda los flagelos de su cabeza. Las prótesis de sus piernas brillan, tiene botas largas de cuero y una falda que apenas le cubre una pelvis gelatinosa. Me siento a su lado, lágrimas doradas nacen de sus seis ojos.

—¿Qué clase de Dios crea a seres tan dolorosos? Solo merecemos caer por el desagüe.

Su voz serena se estanca en mi glotis. La pantalla muestra a Isabelle Adjani abortando al hijo de un extraterrestre; los trozos del feto caen al suelo y se rompen como huevos. Hay un charco de sangre roja, seguido de un charco de sangre blanca. Adjani grita. Grita como si la vida le saliera espantada del útero y escapara por sus cuerdas vocales. Ulalume seca sus lágrimas con una tela satinada de color

azul, sonrío y aplaude con gran emoción. No puedo limitar el amor que me invade, la ternura ennegrecida que tiñe mi corazón. Solo me permito silencio. Solo me permito admirar y registrar cada trozo de Ulalume, pues sé que nunca me pertenece.

Ahora el cielo verde emerge, hierve sobre mí. Paso años errantes en la carretera, imagino que Ulalume me acompaña, siento el abrazo de sus tentáculos cuando me quedo recostada en el asfalto, sueño que por fin me descompongo.

Cuando regresa a la Cinemateca, escucho su voz en mis sueños y regreso al pueblo como una sonámbula. Ahora me habla de los viajes que realiza por los universos que nos han sido negados. A todos les lleva su excepcional performance snuff, con música y montajes cinematográficos; cada espectáculo cuenta con muertes diversas y víctimas que elige, disfruta y desecha. A veces llega a amar a algunos seres y entonces los relata o canta canciones sobre ellos. Sus flagelos se erizan. Siento arder. Fantaseo con hurgar sus ojos hasta que exploten y huir, huir para derramar bilis negra en la carretera, pero sus ventosas me acarician, el aroma de las prótesis impregna mi cabello y entonces vuelvo a ensoñarme, caigo por el desagüe. «¿Cuándo volverá el Casino Shanghai?», «¿por qué siempre regresas aquí, conmigo?». Solo me atrevo a enunciar las preguntas en mi mente, desconozco si Ulalume lee mis pensamientos o si los sospecha.

Afuera, los hombres libres festejan.

Envidio una eternidad así, o quizá la aborrezco. Para no agobiarme, fijo los ojos en la pantalla y comienzo a tararear. ★

PASÓ COMO UN ESPÍRITU

GIOVANNA RIVERO

Giovanna Rivero (Montero, 1972). Novelista y cuentista boliviana, es doctora en literatura hispanoamericana por la University of Florida. Publicó, entre otros, los libros de cuentos *Para comerte mejor* (2015, Premio Dante Alighieri 2018) y *Tierra fresca de su tumba* (2020), entre otros. Su novela *98 segundos sin sombra* (2014) ha sido llevada al cine por el director boliviano Juan Pablo Richter. Ha publicado diversos artículos de investigación sobre la ciencia ficción latinoamericana en volúmenes como *La ciencia ficción en América Latina* (2021) e *Historia de la ciencia ficción latinoamericana* (2021). Coordina talleres de escritura creativa online. Junto a Magela Baudoin y Mariana Ríos dirige la Editorial Mantis, que publica la producción literaria de escritoras hispanoamericanas.

Me quedo mirando cómo escurre el hilo finito de sangre por mi rodilla puntiaguda. El cadáver del mosquito parece un lunar cancerígeno a un costado, donde el hueso forma una suave hondonada, protegiendo el líquido que permite caminar. Hago una pinza con los dedos, como si estuviera a punto de pescar la escurridiza aorta de un bebé, y de un soplido lo arrojo al pastizal. Ya vendrá una graciosa lagartija a morfarse la presa, nada del otro mundo. Chupo la sangre, una manchita apenas, más sal que otra cosa.

—Pensé que lo ibas a dejar... —dice Ramón. Sé a lo que se refiere, pero no tengo ganas de hacérsela fácil. Me vengo bancando su problema de eyaculación precoz sin decir ni mu, mientras él me llama ninfómana, obsesa, enferma y otras cosas, solo porque no puede mantener la pija dura por más de tres minutos. No sé por qué lo invité. No sé por qué aceptó. En resumidas cuentas, lo que él sabe de este tema lo sabe el pueblo. Y nada es totalmente cierto.

—A ver, Ana, ¿no era acaso un capricho pasajero, una forma de madurar? —insiste, en un vano intento por destruir mis sueños.

—En esta región no hay una facultad seria de medicina forense, o por lo menos un instituto. Aprendés mejor con los perros muertos, los perros que la gente...

—No me refiero a eso, Ana, no hablo de tus estudios. Pensé que ya habías probado lo suficiente el asunto este de tu «verdadera vocación». ¿Quién se jode así por puro gusto? Que te jodan, que te recluten es una cosa, que te incinerés en un campamento de extremistas es otra. Lo tuyo es autodestructivo. Ya curaste un montón de indios.

—¿Curarlos, decís? ¿Probado lo suficiente? —Tengo ganas de gruñirle que esto no es un quicky. Una cosa para llorar o morirse de la risa.

—Sí, sí, ¿o no? ¿Vas a decir que no? Esto de poner a prueba tu... tu sensibilidad, tu compromiso con lo real, ¿no te asusta lo que vimos? Ana, tu obsesión por el Evo...

—No es obsesión por el Evo —lo corto, y ahora que me escupa en la cara su semen barato, sin sudor—. No es una puta y simple obsesión por el Evo. Es otra cosa, es... Pero qué sabés vos, qué sabés.

Si algo bueno tiene Ramón es saber callarse justo en la cuenta regresiva. Se da la vuelta y hace chirriar el cierre de su bolsa para dormir cubriéndose hasta el pescuezo.

—Ponete repelente —me aconseja—; acá la nueva generación de mosquitos multisistémicos no respeta a nadie.

Yo no busco respeto. No el respeto amanerado. Acá, en vez de respeto, hay sospecha, pero eso se puede diluir. Si se puede diluir la grasa de las liposucciones en las enormes calderas del subsuelo de los hospitales antes de enviarla a

los laboratorios de cosmética o a las industrias de lámparas ecológicas, ¿por qué no se va a poder diluir también la sospecha? Volverla plasma, transparente, un suero suave, una cápsula sinovial, ya que estamos.

Me pongo el repelente, pero no me meto en la bolsa. Han dicho que el Evo pasará por las carpas al amanecer, antes de llegar a la cabaña del cerrito, donde harán el ritual. Puede que pase a otra hora, es así, cambian la información para cuidarlo.

Me levanto y camino hasta otra carpa donde tres cholitas conversan. Una de ellas tiene el cachete inflado por la bola de coca que de repente le envidio a morir. Las ronchas en los tobillos comienzan a arderme.

—¿No saben a qué hora viene, mamitas?

Ninguna contesta. Están sentadas como budas, mascando coca, tejiendo mantillas para la virgen, velando una mesa negra con muñequitos, penes y bebés de cera, y dulces y serpentinas retorcidas como un nido de víboras. Casi diría que no existo si no es por el ademán que hace la más vieja de alcanzarme la bolsa plástica con coca recién recogida.

El contacto con la carne tierna de las hojitas me conmueve.

—Ya pues —insisto—, ¿a qué hora va a pasar el jefito?

—No va a pasar —responde por fin la más vieja. Las comisuras de los labios se le han rajado por la espuma verde y parece sonriendo todo el tiempo. O quizás ya esté enferma.

—¿Cómo que no?

—Porque ya está, palomita, ya está en el cerro.

—¿Cómo así?

—Pues así, así —dice riéndose la menos vieja, escupiendo la punta de una hebra de hilo para ensartarla en una aguja, pese a que la luz de la lámpara de mercurio no deja ningún espectro en su sitio—. Pasó como un espíritu.

Las tres ríen bajito, con hipo, como llorando. Regreso a mi carpa con un bollito de coca en la mano izquierda que he conseguido me obsequien a cambio de largarme, de dejarlas con sus meditaciones andinas, esa forma de telepatía que, aunque lo vengo intentando durante años con prácticas realmente disciplinadas, no termino de comprender. Camino a zancadas por el pastizal. La coca me palpita en el puño apretado. No quiero calentar el tesoro con mi sudor para no pudrir ni una hoja. La coca sudada pierde potencia.

Ramón es un bulto inofensivo. Le alumbro la cara con la linterna, los párpados densos en plena actividad onírica lo mantienen a salvo. A salvo de mí, de mis deseos. No lo muevo. Meto las piernas en la bolsa y cierro el asunto hasta la cintura. Parezco una sirena obesa, o un gusano gigante. Pienso por un momento en el verdadero amor y me aterra la posibilidad de que eso, como Dios o tantas otras cosas, sea un invento de la humanidad. «*Sos una zombi, es lo que sos*», dijo hace poco Ramón reprochándome la falta de reciprocidad. Quedarse a solas con los sentimientos no debe ser muy grato, por eso yo prefiero la vocación, el fanatismo, el sentimiento obsesivo y unidireccional. A lo lejos, las figuras zen de las tres cholitas tiemblan por la luz de la lámpara. Ancladas sobre sus polleras parecen tres inofensivos capullos de loto. Ellas también deben ser espíritus. Nunca les he visto los ojos.

El sueño comienza a adormecerme. Ya no me escuecen como mil demonios las ronchas de los tobillos. Es la coca,

su caricia. Y pensar que en todos estos años solo he visto al Evo en estampitas y sellos. Ah, y en los hologramas, claro. Pero eso no cuenta.

Despierto en la madrugada. Todavía el fantasma de la becqueriana luna flota en el cielo gótico. Me río despacito de mis barrocas. No sé cómo estar realmente desnuda, sin ese lenguaje viejo que se aferra a la mente. Pienso en un poema cuántico, digo “mentira lunar” y ya no sé dónde termina la vulgaridad y dónde comienza lo importante. Lo cursi es siempre hermoso. La soledad del valle no es suficiente. Todo, todo está lleno de fantasmas.

—De qué te reís —indaga Ramón, que ahora fuma, acucillado, rodeado de hormigas coloradas inmunes al repelente.

Hay algo escatológicamente femenino en el modo en que se balancea en esa posición, como si estuviera sufriendo un parto. El viento le vuela las cenizas y también en esa microescena distingo algo bíblico que me estruja el corazón: Ramón desintegrándose en mi pasado. Ramón hecho sal y luego nada. El sol venciendo las células. Y luz, luz hasta vomitar.

—Buenos días, ¿no?

—Te reías...

—Uno ríe para sobrevivir.

—Vaya... Amaneciste en onda Alfa.

—Juro que hoy no me vas a apretar los botones, Ra, hoy no. No, no, no. ¿Vos? ¿En qué onda, vos? Anoche roncabas como un narco.

—Lujos que me doy.

Una bandada de cuervos ensucia la primera claridad. Caigo en la tentación de pensar que son una hermosa señal, que todo saldrá bien. Ramón, en cambio, frunce el ceño. Tengo ganas de consolarlo.

—¿Desayunamos?

—En ello estamos —Sonríe. Prende un nuevo cigarrillo con los residuos del primero. Lo chupa con hambre.

Ramón sufre en el campo, necesita smog. Yo, por mi parte, hace mucho que no consumo Bluetrain, de modo que esta dulce angustia, esta forma de dolerme el mundo, de sufrir y ser feliz con la anticipación del héroe, solo puede ser innata. Es parte de mi vocación, ese llamado que Ramón desprecia.

—¿Viste algo? —le pregunto, incorporándome yo también. Tengo la boca seca, es el ch'aquei verde.

—Nada. No ha pasado nada, y no creo que pase.

—Qué pesimista —protesto. De pronto me irrita su debilidad, su falta de fe.

—No es pesimismo, Ana. Se nos acaba el tiempo y yo tengo que regresar a la planta. Yo no tengo una beca...

—Podrías renunciar. Tendrías derecho a un bono, a muchos bonos, sos...

—No quiero bonos. ¿Vos creés que yo quiero bonos? Por Dios... Y no es que me interese enormemente mi trabajo. Casi diría que estoy harto. Pero, Ana, haceme un favor, solo trabajá tres días seriando fetos de llama, Ana, tres días. No vas a ver el mundo del mismo modo.

—¿Y cómo lo vería?

—Feo. Triste. ¿Has visto de cerca una llama? No una viva, una llama muerta con los ojos inmensos abiertos, y vos metiéndole ácido para empaquetarla como si respirara.

—Es la demanda, ¿no? Los de antes se quejaban porque no exportábamos cultura; ahora hemos desplazado a la industria del vudú, ahora...

Es Ramón quien ríe en este momento.

—¿En serio te creés que exportamos cultura? No tenés una pizca de sentido crítico. Sos parte de la hipnosis colectiva. Sos... una romántica, de las más básicas. Este imperio está en franca decadencia y no hay heredero. No lo habrá. ¿O qué creías, Anita? ¿Apostabas por el milenio completo?

Ahora no estoy segura de si ríe divertido o con sorna.

—Qué importa lo que yo crea, Ra. Solo pienso que deberías aprovechar la oportunidad. Hoy estamos más cerca que nunca de verlo, ¿te das cuenta?

Ramón no se da cuenta. No le importa. Ha vivido toda su vida sin verlo, casi ignorando su poder. Soy yo la fetichista, la *romántica* inoperante. Arrolla el saco de dormir y mete en él sus pocas cosas, la botella de agua, sus inútiles documentos, la chamarra, el repelente, la cámara fotográfica que solo contiene fotos mías, fotografías involuntarias, invasiones.

—Yo me voy, Ana. Esto no tiene sentido. Es arriesgado al pedo. Te acompañé y eso es todo. Viniste, buscaste algunos modos, dejalos ya que se extingan. No se puede tappar el sol con un dedo, ¿sabés?, menos este sol maldito... Este puto sol...

Ramón alza la cabeza con furia, pero el orto dorado ni se inmuta. Avanza entre nubes hacia el mismo cielo de hace siglos. Tomará venganza hacia el mediodía.

—¿Y qué vas a hacer?

—Me largo en el próximo autobús.

—El próximo autobús parte el miércoles, tonto. Tendrás que caminar hasta la villa más cercana, el caserío donde...

—Pues caminaré.

—¡Hey! —intento detenerlo. El día es de una peligrosa nitidez y temo que se calcine. La villa más cercana es, en realidad, una base de control.

—Si te viera tu padre, vos aquí... —farfulla Ramón con una mueca amarga.

Un aguijonazo en el bajo vientre me deja quieta. El día comienza a tragarse a Ramón.

No pasa mucho por la mañana. Las cholas trajinan en silencio y entierran los restos de la mesa, los cabos de las velas que han perdido sus formas, los dulces carbonizados, penes ahora convertidos en tristes amapolas. El hoyo que cavan es profundo. Los trabajos no tienen la misma energía si están demasiado al ras de la tierra.

Voy hasta el improvisado comedor bajo un toldo extenso. Llevo tres potes pequeños de protector solar y algunos parches de Factor Q y los ofrezco como hostias a los comensales matutinos. No todos aceptan el ofrecimiento, no terminan de convencerlos las escoriaciones y oscuros cráteres que el cáncer les forma en las mejillas y el pecho. Los más dispuestos a probar la medicina son los que ya han perdido la punta nasal debido a la necrosis. La respiración es una tarea dolorosa, a pesar del paisaje verde y vasto, de las nubes formando cosas bonitas y las flores diminutas del Chapare.

¿Qué hará Ramón?

Por la tarde una neblina sin víspera se encarama sobre el campamento. Llueve un poco, pero esto no constituye ninguna garantía. El sol luego se multiplica con la humedad. Así es más improbable que expongan al Evo. De todos modos, estoy en la cima del ciclo y puedo esperar incluso un par de días más.

Un grupo de niños va tomando forma entre el vapor que levanta la lluvia. Son oscuros, y los cabellos infantiles, endurecidos por el polvo y la deshidratación, les dan un aspecto vagamente punk. Los desdentados tienen, además, un no sé qué dulcemente siniestro. Y hay uno, el más pequeño, que agita un muñón donde antes quizás hubo una mano izquierda. Era Planetaria no ha conseguido regular completamente el trabajo infantil y los accidentes en el procesamiento de la coca o en la industria de baterías a litio son más frecuentes de lo que se reporta.

Venden cáscaras de plátano a diez centavos. Compró tres pero no las mastico, las meto en la mochila, en el termito de plastoform que también protege las vitaminas.

—¿No tendrías un terroncito, señorita? —pregunta el más flaco. Los ojos negros son un alivio.

—No traigo terrones, pero tengo una bolsita de ciruelas... —Le alcanzo la bolsa de pasas. Me reprocho por no haber pensado también en los terrones de azúcar. Son caros, pero podría haber invertido algo en ellos y colmarles el deseo. Hay chicos que jamás han probado un cristalito de azúcar. Miran las ondulaciones de la luna e imaginan colinas y colinas de ese diminuto «diamante blanco», como oportunistamente se refieren los detractores a ese antiquísimo invento chino.

—¿Sabes a qué hora viene el jefe? —pregunto directamente, sin cautela, a riesgo de que el muchachito se espante y huya, obedeciendo órdenes de discreción.

Sin embargo, por toda respuesta, el chico me entrega un panfleto con la cara del héroe. En el panfleto, en letras rojas, se lee: «Y del ocaso renacerá». Otra señal. Un gesto de bondad.

Cuento los minutos para el tal ocaso. Y sé que es hoy. Hoy. Si no pasó en la madrugada, estoy segura de que lo hará con la última luz del atardecer. A las cholas zen no les creo nada. Querían despistarme.

Levanto la vista para agradecer y solo hay restos de lluvia. Los chicos han desaparecido. Ni rastro de sus voces o risas. Lluvia y parcelas infinitas de cultivo. Pero no soy yo, no deliro: tengo un panfleto entre las manos, ¿una prueba de amor? Lo acerco a mi pecho. Luego estiro el brazo para observarlo con prudente distancia; sin embargo, mis pestañas mojadas no ayudan y me acerco hasta casi besar el papel donde la tinta comienza a desbordarse de sus contornos. Lo miraré, decido, hasta que el agua se lleve todo, la imagen, la sombra, los pómulos. Él, en cambio, no mira de frente a quien lo espera detrás de esa página. Quinientos años y no se acostumbra al ojo de la cámara. Ramón nunca ha podido creer que me guste su perfil; me recuerda una y otra vez la mítica cirugía. «Su desliz occidental», decían los detractores. Lo único que me perturba es precisamente eso, que la mirada oscura está siempre auscultando otra cosa, no es una mirada «de horizonte», sino más bien el registro de un paisaje constantemente interrumpido por montañas, asfixiante y concreto bajo el sol asesino. Es también la mirada de un ser sin pensamientos. ¿Quiero eso para mi hijo? ¿Podré llamarlo «mi hijo»?

«Deberíamos irnos», decía Ramón, cuando creía que la palabra «nosotros» significaba algo para mí también. Claro que no teníamos la menor idea de hasta dónde llegaba el imperio. Mi hermano menor, Séptimo, lo había intentado dos veces, pobrecito, primero por la vía del Pacífico, comiendo algas podridas hasta infestar su alma, luego por los bosques tupidos de la Amazonia, donde estuvo escondido tres años, dando de beber y comer de su propia carne a los mosquitos patógenos. Yo no podía imaginarlo en otro lugar. Nunca he podido visualizar otros lugares, ni siquiera con una dosis extra de Bluetrain. Séptimo volvió, vencido y convencido de que el imperio tenía bordes amebianos, pues cuando creías que habías cruzado sus límites, siempre aparecía alguien (originario o no, era lo de menos) que no estaba dispuesto a dejarte ir. «Redes de pesca» les llamaban a estos guardianes de los bordes, que, en efecto, usaban anzuelos de todo tipo. Séptimo había sido estafado con la idea de fundar la resistencia desde adentro; era imprescindible un nuevo antagonismo, le mintieron, y Séptimo pergeñó teorías que habilitaran esa acción. La decisión final de papá terminó de diluir semejante locura. No solo no era ni remotamente posible, sino simplemente inútil. Las tierras, los ríos y las montañas, las ruinas de lo que antes habían sido ciudades, constituían un solo signo y parecían volcarse sobre sí mismas, muertas hasta la estupidez, si se profería otro discurso, otra canción. Papá había sido capaz de presentir esa hipnosis y prefirió ponerse él solito la soga en el pescuezo. Para entonces yo ya tenía catorce, hacía dos años que menstruaba con regularidad y tres que leía la Doctrina bajo los últimos árboles del trópico, y había decidido mi propia épica. Irónicamente, como papá o el propio Séptimo, creía que no era usando

metáforas como alcanzaría la trascendencia —«el cambio», decía papá; «la inmanencia», corregía el loco de Séptimo—, sino volviéndome yo misma esa metáfora.

Yo.

Luego Ramón dejó entrar el miedo y ese débil «nosotros» que él sostenía en soledad perdió toda posible significación. Culpó a los químicos de la empaquetadora de llamas. Lo deprimían. Le hicieron polvo la libido. Y los planes de cruzar los límites amebianos del imperio cayeron en el fondo de la mente, ese lugar que de pronto ya no era ni tan íntimo ni tan seguro. Mi energía sexual superpotenciada por el trabajo espiritual terminó de distanciarnos. Nunca antes había tenido un plan. Tener un plan es lo mejor del mundo. La realidad cobra un sentido brillante. Yo tenía un plan y Ramón no. Ahora sabe que debe retirarse y dejar que yo cumpla lo mío.

(Si quisiera, Ramón podría ser un buen testigo, un transmisor, pero el miedo le achica las bolas).

Cuando la lluvia amaina y regresa el resplandor, me protejo con la gorra tipo árabe y voy hasta las casetas de fichaje. Alrededor todo es desierto tropical cubierto por un pasto bebé que semeja una pelusa amarilla. La gente exigió hacer descansar los terrenos después de ciclos imparables de cultivo y cosecha destinados a pagar tributos. Tuvo que intervenir Era Planetaria para frenar la sobreexplotación de la zona.

—¿A qué hora es el registro?

La mujer gruñe algo, pero no la entiendo debido al barbijo que le cubre la nariz necrósica.

—¿Puede mostrarme los requisitos?

La mujer señala una pizarra en la que apenas se distingue un borroneado diagrama. Nadie se ha molestado en repintar las zonas diluidas de la tiza. Cumplo con casi todo lo requerido: mi edad, la regularidad de mis menstruaciones, la voluntad de la renuncia. Esto último debe ser lo más doloroso, pero vengo preparándome desde hace tiempo.

Firmo en un fichero. Hay solo dos firmas más y una huella digital. En el casillero que pide la raza garabateo algo ilegible.

Me acuesto temprano. Todavía no hay estrellas, pero me he resignado a esperar un poco más. Bendigo la consistencia de mi flujo vaginal. Estoy lista y será mañana. No hay luz en la carpa de las cholas zen. Mezclo lejía con coca y la acomodo bien en la secreta concavidad que me ha dejado una ortodoncia agresiva. «*Si te viera tu padre*», recuerdo que dijo Ramón, pero papá está muerto por propia decisión, ya no hallaba en qué creer. Yo no quiero eso. A veces pienso en mis hermanos muertos y me acuchilla la idea de que esto sea una traición. ¿Quién recordará a mis hermanos? ¿Quién recordará a Séptimo? Los desayunos y los chistes privados no cuentan en la Gran Historia. Mi nombre tiene solo tres letras, pero algo tiene que significar. El mío y el del hijo que habré de parir.

La chola me dio la fecha en un papelito. Temí que me citara en un milenio, con esa manera de comprender el tiempo desde una eternidad cósmica, sin objetivos. «Mañana», dije sonriendo. Ella no respondió. Quizás la

palabra «mañana» se haya gastado como el manto de la atmósfera y su sonido poroso deje atravesar la fatalidad, el vacío.

—...Y te comprometes a no moverte del campamento... entendí que afirmaba, mas yo no escuchaba; los detalles técnicos son lo de menos en este momento. Pienso en la criatura y eso es todo.

Yo no le pondré el nombre. Pero estará mi sangre ahí, en el árbol invisible de sus venas.

El día transcurre con un sol idéntico, erosionando las células de los indios. Los resentidos como Ramón le llaman a este ataque incomprensible de la naturaleza: «el pago de raza». Ningún estudio ha dado con la clave y aunque unos cuantos híbridos también han sido afectados, el cáncer es mucho menos agresivo en esa minoría.

Como frugalmente, hago breves caminatas cuando el cielo se nubla. Quiero estar en perfectas condiciones. También me esfuerzo por mantener los contornos de la mente, que no se diluya mi fuerza en las tentaciones del cosmos. Recogí algunas flores, por ejemplo, pero antes de enamorarme de su inconsciente pequeñez, las comí con el apetito de una cerda; los pétalos lamiendo mi paladar resultaron en un tenue sabor amargo, no tan sensual como el de la coca, pero igualmente reconfortante. También soñé con papá, pero preferí no pensar mucho más. Papá caminaba en silencio por un cementerio de fetos de llama, cargaba un palo de madera como si lo izara; la punta había sido coronada con un objeto, quizás un animal, sus fauces,

mas aun en el sueño preferí no mirar, no reconocer. Lo dejé ir.

A las tres de la tarde voy hasta la quebrada y tomo un baño rápido. No tardan los guardianes en bajar a cambiar los filtros de los paneles solares. Debo aprovechar el agua limpia. Pronto vaciarán aquí los residuos de silicio. Nada debe mancharme.

Todavía húmeda, me aplico protector y parches de Factor Q y saco el librito de la Doctrina. Esta foto sí me gusta. No sé si está alterada, pero en todo caso la mirada fija, casi sin brillo, me estremece. Me mira a mí. Siempre intento adivinar las cosas que vio y vivió en su infancia ya lejana, con el frío glaciador tatuándole arrugas en los talones. Lo que he escuchado de él es hermoso y a la vez aterrador, sobre todo cuando lo contaba mi abuela que le contó su abuelo que había conocido a alguien de los antiguos Andes, antes de los terremotos y la Justa Reconfiguración. Hubo momentos en que dudé sobre la verdad y la belleza, como si fuese imposible que ambas sustancias pudieran mezclarse. La voz de mi abuela pudo haber cambiado las cosas. Fue en la época en que papá comenzó a deprimirse. Abuela pudo haber inventando todo, una nueva utopía, para hacerle creer en el «*podernimiento*» de las cosas, en el *cambio*. De todos modos, nadie podía ya salvar a papá. Un médico nostálgico intentó con viejos métodos, el litio y esas cosas, pero fue inútil. Quizás me matriculé en la carrera buscando una respuesta. Y una solución.

Sacudo estos pensamientos justo en el momento en que tres guardianes atraviesan a trancazos la orilla. Llevan un bulto en una sucia Whipala. No sé si es sangre o agua lo que oscurece el fondo de ese extraño cargamento. Ramón

me ha contado que muchas ofrendas resultan fallidas. Yo no seré una ofrenda fallida.

—¿Qué haces aquí?! —grita un guardián. Su edad es incalculable. Algunos acompañan al Evo desde los comienzos, otros son nuevos pero se deterioran rápido por el sol. Los ejércitos de suplencia bajan desde los antiguos Andes cada seis meses, pero al cabo de otros seis muchas tropas son solo restos, colgajos de un poder autodestructivo. Se esconden en la zona baja de los Yungas para no regresar avergonzados a sus ayllus.

—Tomo un baño... Me preparo... —respondo, asombrada de que me tiemble la voz. Siempre he creído que tengo una gran fuerza de voluntad, ¿acaso no he renunciado a los míos? Son pocos los amigos que me quedan, muchos menos los que me saludan, e incluso las mujeres que compartían este mismo anhelo han llegado a decir que he sido “reclutada”, minimizando la trascendencia de mi íntima y libre decisión. La voz llena de odio del guardián ha conseguido desestabilizarme. Como en otros casos, tampoco puedo distinguir sus pupilas porque los ojos achinados cierran toda posibilidad de luz.

—Esto es tierra imperial —vocifera el guardián, soltando el bulto que rebota, blando, contra las piedras. Se acerca y está a punto de quitarme la toalla cuando me levanto de golpe y salto hacia atrás instintivamente. No es para él que me he preparado, no para un vasallo.

—¡Te marchas ahora mismo!

—Me he registrado para la ofrenda —le explico, titubeante.

—¡Peor todavía! —ladra el guardián. Huele a coca, pero no a coca fresca y nutritiva, sino a la que se acumula durante años, agusanada, y que en las épocas de crisis

circula cubierta de la peor lejía por los mercados negros. Esa es la coca que mata, la que reparte bacterias y genera alucinaciones colectivas, visiones horribles, sueños manchados.

Echo a andar rápido, lastimándome los pies con el pasto seco. Lo último que veo antes de que los guardianes se pierdan tras una colina es un tenis deportivo ensangrentado asomando por entre la Whipala.

Aunque me preocupa ese destello de fatalidad, decido concentrarme.

Al atardecer me acerco al fichero. Me atiende otra mujer, no lleva barbijo y su piel está sana; sin embargo, se ve triste, como si no fuera parte de esto que es para todos.

—Ya estoy lista.

—¿Estás en la mitad del ciclo? —pregunta mecánicamente la mujer, también de edad incalculable, como la mayor parte de la gente en este lugar. La diferencia el tono evidentemente más dulce de los ojos. Y el hecho, claro, de que puedo distinguirlos, que no están encuevados, escondidos en la vieja oscuridad.

—Sí, justo en la mitad.

—Entonces ven.

La sigo, atravesamos toldos y carpas. Llegamos hasta una cabaña con un enorme panel solar que la hace ver ridículamente pequeña. Entramos y reconozco a las tres cholas zen.

—Ellas van a ayudarte.

La mujer se retira y de pronto me siento sola, desprotegida. No quiero que se marche.

—¿Vienes con algún familiar? —indaga por rutina la de las comisuras rajadas.

—No, estoy sola.

—¿Tu familia está de acuerdo?

—Mi familia no importa.

—¿Y tu amigo?

—¿Ramón?

— El joven caballero ese, el huraño. En algún lugar le he visto...

—Se fue. No le gusta lo que hago.

—No le gusta, ¿eh?

—Piensa que esto es una secta...

—Eres híbrida, ¿no?, blanquita eres. ¿Qué tan lejos es tu casa? ¿Has caminado mucho? ¿De veras quieres ser ofrenda?

—Sí, a eso vengo. Sé lo que hago. También tengo derecho, ¿no?

—Mucha seguridad tienes, señorita. Y sí, pues, eso sí también. Derecho siempre tienes.

La más joven trae un bañador con agua dorada. Debe ser manzanilla. Me ordenan quitarme la ropa interior y sentarme hasta que el agua se enfríe.

Mientras el contacto con el agua tibia me relaja, hojeo el librito de la Doctrina. Veo al Evo, antes de ser amauta y de ser jefe y de convertirse en este héroe cuya sangre deseo poseer, lo veo en una foto golpeado, dos flores violetas en vez de ojos, dos pulpos hinchados en vez de manos. «La primera muerte» dice el pie de foto. ¿Fue ese el momento

de la revelación, cuando quisieron sacarle los ojos por saber las vocales?

Me imagino acostada a su lado, ¿cómo habrá de ser el ritual? Estoy segura de que tendré éxito. Soy joven y fértil, soy una verdadera creyente. Dicen que ninguna ofrenda se ha quedado más de dos noches. Mi mano reposando sobre su vientre moreno, el pene cumplidor durmiendo una merecida siesta, le preguntaré: ¿Pensás mucho en Eterazama? “Eterazama es un sueño”, habrá de contestarme, y justo en ese momento surcará el cielo nocturno un helicóptero de control y él se estremecerá, como en ese pasado injusto de hace quinientos años, cuando corría bajo las balas de la DEA, oscuro y diminuto como una vinchuca letal. Yo lo abrazaré, lo acunaré, oleré la grasa invasiva de su pelo grueso.

Ramón nunca entendió que yo busco eso, esa capacidad de transformación. La gente que puede revolucionar con su propia existencia la rueda de la civilización, la que ha sido elegida por el dedo egoísta de Dios. Evo no cree en Dios. Soy yo quien intervengo en sus planes, pues también tengo derecho.

Me recogen en silencio. No me alcanzan un trapo para cubrirme. Dicen que espere mi turno. Vuelve la chola del fichaje, esta vez la acompaña un indiecito, no debe alcanzar los diez años. O quizás tenga más, algunos niños también han aprendido a moverse con distinta temporalidad. Es una forma de garantizar que la flecha autista de la historia esta vez no destruya la verdad espiralada y perfecta de la Nueva Nación.

—Este es mi hijo —dice sin más la chola de ojos color miel.

El niño lleva un poncho de alpaca, ignorando el calor infame del trópico. Mira al suelo. Su madre le levanta el poncho con brusquedad, lleva prisa; entonces distingo la anomalía. El niño tiene cuatro brazos. Los excedentes, en realidad, no llegan a ser brazos, son apenas muñones con manos, como si la criatura estuviera tomando lentamente la forma de un cangrejo esotérico o encarnando el símbolo de una nueva astrología.

—¿Su hijo...? ¿Cómo...?

—Todas las ofrendas fallan. Peor si son endógenas. Estos son los frutos. Mi fruto, mamá. Mira bien, señorita, mira a mi guagua. ¿Eso buscas? Deformidad he parido yo.

El chico agita sus muñones, la madre lo empuja suavemente y el chico me abraza apoyando su oído en mi vientre vacío. Extrañamente, las manitas monstruosas no me producen asco, podría besar los dedos incompletos, recortarle las uñas y guardarlas para proteger la ternura en el tiempo que viene, el futuro...

—Los frutos... Pero yo... Soy...

—No importa de dónde seas. Te va a pasar lo que a mí. A él lo ha negado. Le asquea. Él sufre, ¿a quién le importa? Hay dolor en todas partes, dolor en el Chapare, dolor en la nieve y en los ríos. Y los demás...

—¿Los demás?

—Como mi hijo, hay otros... muchos... ¿No lo sabías, imilla blanquita?

El niño me suelta y se aferra a su madre con los cuatro brazos. ¿Será siempre así? Parece succionar la energía de todo lo que toca. La mujer le baja el poncho y me libera de la visión.

No pregunto más pues las cholas zen han regresado y dicen que es mi turno. La guagua-cangrejo no me preocupa.

Eso también está en la Doctrina: «Aparecerán muchos obstáculos, ilusiones negras, dirán que mentimos, que llevamos el Mal. Nosotros somos hijos de la Naturaleza, de la Pachamama».

Caminamos en silencio. Las cholas zen detrás de mí, cuidando la rectitud de mis pasos. Extraño a Ramón; de algún modo él también debió estar aquí, en este paso importante, en esta realización. No siempre es necesario comprender para acompañar. Cualquiera se puede sumar al Misterio.

Me acuesto en la cama más bien angosta del único cuarto de material que hay en el campamento, pero no cierro los ojos. Quiero estar lúcida, atenta. Cuando por fin se abra la puerta y se produzca el encuentro, quiero que los vellos de mis fosas nasales, los poros de mis hombros, la piel finísima de los pezones, las papilas táctiles y las linguales, todo sea un solo animal alerta.

Lamentablemente me han ordenado mantener las cortinas cerradas, de modo que cuando la presencia toma el cuarto no puedo calcular su distancia, el volumen que ocupa, la determinación de sus actos.

—¿Mi amor?

Mi voz es una flor tímida. Siento los pasos aproximándose.

La cercanía, sin embargo, me trae un olor distinto. Algo que no termina de ser desagradable y que, a mi pesar, trae imágenes de momentos de miedo: una chica, yo, mirando balancearse a su padre a merced del péndulo ridículo de su propio cinturón, el olor a excrementos,

la lengua ennegrecida; una joven caminando sola por un largo callejón invernal, nada ocurre, nada más que una rata inmensa que se detiene un momento antes de escabullirse entre un turril de basura. Efectos inesperados de la emoción. Acaso *flashbacks* residuales del Bluetrain, pese a que he purgado mi alma y mi cuerpo con disciplina.

—¿Qué es ese olor?

La presencia no responde.

Pero el olor se intensifica.

La presencia se inclina sobre mí y de inmediato un calor eléctrico y veloz me sacude la pelvis, tiemblan mis rodillas, solo han sido tres segundos y eso ha bastado para que el horrible olor coagule en una masa casi material, pútrida, asfixiándome; entonces no resisto el acto instintivo de cubrirme la nariz y arquearme a punto de vomitar. «*Deformidad he parido yo. ¿No lo sabías, imilla blanquita?*». Lo empujo, mas tengo la impresión de que los puños se hunden en una blandura escalofriante.

Cierro los ojos.

—¿Esto es todo? —pregunto, reclamo, no sé a quién, demasiado acostumbrada a los fantasmas de estos quinientos años de poder.

Me toco el pubis, los labios vaginales, para constatar el pacto de mi concepción. Estoy seca. Acaso el escepticismo de mi amigo siempre estuvo en la verdad, no solo se trata de inseminación artificial, sino de una concepción telepática susceptible de fallas, fallas terribles en la imaginación, en la fe. La guagua-cangrejo es eso, el miedo, la esclavitud, la deserción.

Y la cobardía.

La falta de amor también.

Papá decía que el amor cambiaría el mundo. Y es así. He tomado una bifurcación, papá, quisiera decirle, pero se trata, aunque no lo creas, del mismo camino. Tu camino. El camino de Séptimo. *«Ilusiones negras intentarán distraernos. ¿No somos acaso hijos de la Pachamama? Somos sus guaguas pues».*

—Ofrenda eres —dice de pronto la voz ronca de una mujer. Es la chola mayor. Se ha desatado las trenzas y el cabello de sal le cae en quebraditas a los lados del rostro.

—¿Y Él?

—Oh, Él... —Sonríe la chola como pensando «pobre estúpida imilla blanca, ¿acasito pretendías que Él se entregara? Él no es para los restos desesperados de tu raza». Pero ya he dicho que la comunicación astral es algo que solo podré alcanzar en otros quinientos años.

La chola amarra mis piernas con las pitas de sus trenzas a las columnas del catre de fierro, mira un momento mis verijas, «qué blanquita eres», sonrío desdentada entre la fascinación y el desprecio.

Deja mis manos libres.

—Cuando venga —susurra la chola pasándome un secreto de mujer a mujer, un secreto antiguo como una moneda de oro con la cara de Zamudio—, abrázalo fuerte. Abrázalo fuerte para que te acuerdes siempre.

Luego mete bicarbonato en mi boca, forrándome el paladar, y de su boca me pasa directo el bolo ensalivado de la hoja de ensueños. ¿Dónde está el asco? «Si el hombre perdió el asco, lo perdió todo», dijo papá el último atardecer.

Yo lo desdigo.

Ni asco, ni náusea. Hacer lo que hay que hacer. Sin preguntas.

Coloca su pene en mi verija derecha, lo fricciona un poco. Luego en la izquierda, ahí cabe mejor. La desigualdad del cuerpo se revela en la desnudez compartida. Hubiera querido ahora ser más morena, pero este contraste es necesario, y hermoso, ¿o no se escriben sobre papel las palabras trémulas?

El pene, en cambio, es oscuro, como todo él, corto y regordete, ordinario. Casi llega a parecerme desmesurada la tarea que le han encargado: la clamorosa continuidad del imperio.

Me estremece el modo en que lo conozco. Lo he visto en hologramas, pero me sé de memoria las asperezas de su cuerpo, el grosor de los vellos.

Cuando entra, no hay suspiros. Imagino vastos campos de un verde absoluto, y mi hijo, al que no habré de nombrar, corriendo, el viento a su favor. Lo abrazo, como indicó la chola, y de nuevo el olor intenso e indescriptible avanza por las fosas nasales y amenaza con boicotear mi voluntad. Por eso, contra el asco, lo abrazo más fuerte. El Evo sonrío, entonces descubro que a diferencia de los otros, el cáncer le ha comenzado en la mucosa del labio superior. Me imagino que se le habrá necrosado el paladar y quizás la base de la lengua. Intenta besarme. Rehúyo. Me arrepiento de inmediato y le ofrezco mi boca. Eso soy, una ofrenda total, un texto para escribirse. Una promesa de sanación.

«Hay dolor en todas partes».

«Le asquea».

«*Dolor en el Chapare, mamay*».

El Evo me besa suave y todo es contradictorio. El olor putrefacto y la ternura. No quiero que el ritual acabe, aun cuando las entrañas comienzan a arderme mientras el Evo agita su pelvis incaica, ciega la mirada, y no hay placer. Solo la avanzada milimétrica y constante. El infatigable trépano, la misión. Pero nada se funda sin dolor, me digo, y veo a papá y reconozco la cabeza de Ramón en la estaca que transporta cual bandera de derrota. Porque también la derrota cuenta. Y no pienso nada más porque el dolor es infinito, cuatro tenazas estrangulando mis ovarios, aferrándose con hambre de siglos a mi carne todavía adolescente.

«*Dolor en la nieve*».

«*¿Acasito no sabías imilla blanquita?*».

Lo que no me habían dicho (la Histórica Sorpresa, diría Séptimo) es que antes de acabar Él debe arrancarme los pezones para clausurar la leche futura. Tiene aún el izquierdo en la boca necrósica de caninos invenciblemente blancos cuando me debato entre defender el que queda o poner el resto, todo, en mi absoluto y joven sacrificio. ⊛

ÁRBOLES EN LA NOCHE

RAMIRO SANCHIZ

Ramiro Sanchiz (Montevideo, 1978). Escritor, ensayista y traductor. Sus últimas novelas son *La anomalía 17* (2023), *Ahab* (2022) y *Un pianista de provincias* (2022). Ha publicado además la nouvelle hyperpulp *Nadie recuerda Mlejnas* (2011, 2023) y las novelas *Verde* (2016, 2023), *Trashpunk* (2012, 2021) y *Las imitaciones* (2016, 2019), además de los libros de teoría-ficción *Ejercicios de dactilografía* (2022) y *Guitarra negra* (2019), más los ensayos *Matrix acelerada* (2022) y *David Bowie: posthumanismo sónico* (2020). Cuentos y ensayos suyos han aparecido en revistas y antologías como *Cósmica Calavera*, *Revista Próxima*, *El tercer mundo después del sol*, *Visiones 2022*, *Recalibrando los circuitos de la máquina* y *Cíborgs, zombies y quimeras*, entre otras.

Supé después que se llamaba Federico y había llegado demasiado agotado por el viaje (y la enfermedad, cabe suponer) como para empezar a conocer los predios ese mismo día. Ya avanzada la semana, cuando se acercó a mi puesto en la biblioteca, recién había terminado su primer recorrido; le habían mostrado el parque, los juegos, el monumento a los líderes de la Revolución, los murales y buena parte del edificio principal. Se presentó –empequeñecido, sombrío, ojeroso– con una compostura que no era propia de su edad, en la que adiviné ese carácter grave y melancólico de los enfermos. Quería saber, dijo, si podía hablarme, si sus palabras me hacían daño o si, peor aún, podían contagiarme. Entendió pronto que no, y con una forma peculiar de alegría o alivio –que parecía agrandarle ligeramente los ojos, o quizá más bien redondearlos– me pidió libros de historia, después de aclarar que, si bien ya había leído sobre la Gruta y la Fuente, los libros que circulaban en la Tierra no abundaban en detalles.

Le presté los más sencillos, pero cometí el error de advertirle que no eran para niños. Eso le molestó, y me lo hizo saber. Al día siguiente me devolvió el primero;

entendí que había apurado la lectura para demostrarme su velocidad o concentración y que era un niño inteligente, al que le gustaba que le reconocieran el talento. En casos así, dicen, el tratamiento de la enfermedad es complejo y las perspectivas de éxito escasas; el hecho de que lo hubiesen trasladado a Kastorp a una edad tan temprana era, por añadidura, una señal de que su caso era de los más difíciles. Recuerdo que pensé *ojalá salga todo bien*, ya desarrollando el vínculo con el chico, y fue en ese momento cuando me preguntó por mi vida, como si resonara empáticamente. Qué pasó que terminaste acá, dijo, con asombro sincero, y podía referirse tanto a acá, la biblioteca, como acá, el planeta. O una tercera opción que yo no quería ver. Pero era un niño, después de todo, y lo imaginé criado en un mundo en el que todo lo que yo había visto en los últimos veinte años no era más que un rumor distante o una realidad demasiado cercana a la ficción; su pregunta podía equivaler a querer saber cómo alguien se convierte en guardián de unicornios o criador de dragones.

Le conté que estaba por cumplir cincuenta y cinco años y que había pasado los últimos treinta en Kastorp. Sacó la cuenta mentalmente; 1958, dijo, pero eso es más antiguo que el hospital. Muy bien, le dije, como si le hablara a un bebé que empezaba a reconocer las formas o los rostros familiares. Y esa fue la primera vez que lo vi sonreír.

—Claro —proseguí—; trabajé de muchas cosas antes de que se estableciera el hospital. Fui operador de radio, después encargado de sistemas, después capataz técnico de las obras del puerto, y ahí sufrí un accidente. Nada grave, en realidad, pero perdí mis acreditaciones y terminé buscando trabajo en el hospital. El resto es donde me encontraste. Soy el bibliotecario del hospital desde 1978.

—El año en que nací —añadió.

—Diez años, sí.

—¿Y es muy difícil operar el saltador en el Foso? —preguntó, me pareció que simplemente por preguntar algo, cualquier cosa.

—No, ahora tengo entendido que se usan computadoras, pero cuando yo aprendí era todo muy mecánico. Casi te diría que de fuerza bruta y poco más.

Se quedó callado. Lo miré y traté de hacerle la pregunta sin hacerla, de dejarlo entender que podía contarme.

—Pues yo no llevo ni un año enfermo —dijo de pronto—. Encontré un vestigio en Punta de Piedra, que es un lugar en... ¿Pero usted, en la Tierra, dónde vivió?

—Nací en España; mis padres eran diplomáticos en el segundo gobierno de Giral; nos fuimos a Moscú cuando cumplí quince. Después estudié y me matriculé en el saltador.

—Debió ser de los primeros.

—Promoción 1957, la segunda. No me alcanzaron las calificaciones para la kastórpica, pero sí para hacer el viaje, al año siguiente, como trabajador técnico.

Asintió con la cabeza y carraspeó.

—Ahora me gustaría llevarme otro libro. Más... complejo, esta vez.

Bajé del estante la *Historia General de Kastorp* y le desee suerte. Se fue contento, abrazado al libraco.

Esa semana yo había previsto tomarme tres días libres y planeado pasar el primero en la Colonia Uno. Tenía que poner algunos papeles en orden en la oficina del Partido, pero sabía que eso no iba a llevarme más de una hora o

apenas un poco más, por lo que mis planes incluían también ir al kino, comer en un buen restaurante, pasear por la costanera y visitar las librerías en busca de novedades. Volví al hospital temprano esa noche, cansado por el viaje y con ganas de dormir. Me levanté a la mañana siguiente, pasadas las diez. Pronto estaba aburrido y sin saber qué hacer, pero también con esa intuición que me invade a veces y avisa de una conexión especialmente fuerte con un paciente del hospital. Al principio no sé qué canal encontraré ni cómo se dará ese vínculo –más allá de una suerte de empatía nebulosa–, pero pronto todo empieza a configurarse; así, mientras me preparaba el café y daba vueltas por la cabaña, empecé a imaginar qué estaría sintiendo Federico en esos momentos. Sin pensarlo mucho más bajé hasta el lago; allí estaba, sentado sobre la tierra húmeda, jugando con un palo y un montón de hojas secas. Fue fácil entonces, antes de hablarle, ponerme en su lugar y ver o tratar de ver la arquitectura y el paisaje desde la mirada de alguien cuya memoria no cargaba con un lastre de treinta años. A través de los ojos de Federico, entonces, sentí el peso de los grandes árboles que bajaban por la loma hasta el lago y cubrían con sus copas los perfiles del hospital; con sus oídos escuché el rumor de las aguas y el zumbido lejano de las máquinas del sótano. Sentí que el niño recorría con la mirada las escaleras, amplias y sucias, con sus hoces y martillos, o el agua pesada y estancada; pensé en la oscuridad vegetal y húmeda de la gran pared, en esos volúmenes y cuerpos de gigantes dormidos y quizá un poco obscenos, en las manchas de moho, en los líquenes, en las enredaderas y en los insectos que pululaban sobre las aguas quietas, en el olor de la vida acuática y vegetal. No era del todo nuevo: había algo familiar, algo vinculado al calor del verano, a

la vegetación caliente y descompuesta, a la arena fina y no tan remota. Pronto me encontré preguntándome qué habría visto el chico, qué intensidad de encuentro –él había dicho un vestigio, pero quizá fue algo más fuerte– le habría ocasionado la enfermedad.

Conversamos un rato sentados en la arena; había estado contemplando los murales, dijo, y había intentado copiarlos en un cuaderno. Su trazo era torpe –y por alguna razón eso me sorprendió, como si hubiera asumido que tenía que dibujar bien–, pero podían reconocerse los tractores y las chimeneas, la célebre escena pintada por Goncharova del bólido de Tunguska, la apertura del primer Foso, la salida del Dragón y la Ballena, y la misión Vernadsky. Después me preguntó si tenía hijos y le respondí que sí, pero que vivían las dos con la madre, en el Soviet norte. Quiso saber si me visitaban; a veces las visito yo, le dije, y guardó silencio. Quizá él también estaba intentando ponerse en el lugar del otro. Entonces le pregunté si le gustaba el lugar, si ya había encontrado un espacio favorito en el Hospital. Y lo había hecho: estábamos allí. ¿Por qué?, le pregunté, y añadí que no era tan común la elección, que después de todo estábamos detrás de todo lo más importante del Hospital, en una zona descuidada de su arquitectura, frente a una laguna inmóvil y sin gracia.

–Quería ver de cerca esas partes –señaló las escaleras–, precisamente por eso, porque se nota que son las menos cuidadas. Todo lo demás está *renovado*, ¿no?

–No sé si usaría esa palabra, renovado –le dije–, pero es verdad que aquí el tiempo se nota de manera algo distinta.

–Pero yo no termino de entender.

–Es que nadie lo entiende, Federico, para eso hay teorías, hay interpretaciones...

—Los humanos llegamos a Kastorp en 1938, con la Segunda Ola Soviética post-Tunguska. Después se empezó a construir la Colonia y después el Soviet, y en algún momento el Hospital. Lo leí en el libro que me prestaste.

—El Hospital, claro, en 1973. Esa es la fecha de la inauguración, pero el edificio completo como se puede ver ahora se terminó de construir recién hace ocho años. Sucede que...

—Sí, eso también lo leí. Los cimientos ya estaban... Eran ruinas.

—Exactamente; están en todas partes, por todo el planeta, en el Soviet, en las colonias.

—Y eso es lo que no entiendo. ¿Eran ruinas humanas, en un planeta que recién se había descubierto?

—No sólo eso; tenían tres mil años, según algunas dataciones; más según otras.

—¿Cómo puede ser? —hizo una pausa, me pareció que trataba de sonreír—; no me digas nada, yo ya lo leí en el libro... Es solo que...

—La *Historia General* es un libro viejo, tiene casi diez años; desde entonces no es que se haya descubierto algo realmente importante, pero al menos se han formulado más hipótesis. Para los físicos, por ejemplo, es una cuestión resuelta. Viajar de la Tierra hasta Kastorp por la distorsión espaciotemporal del Foso implica avanzar miles de años al futuro; en esos miles de años otros humanos debieron llegar aquí por medios que aún no hemos descubierto, para construir sus ciudades y después desaparecer, no sabemos por qué. Hay quien sugiere que esos viajeros huyeron de la Ballena, el Dragón y la Serpiente, o de sus vestigios, que en algún momento, todavía futuro para nosotros, despertarán y se moverán como lo hicieron en sus primeros años en la

Tierra; otros dicen que aquí fue donde encontraron la cura de la Enfermedad, en la Fuente. Y están los que piensan que la Ballena, el Dragón, la Serpiente y el Enjambre también vienen del futuro, que salieron del foso de Tunguska buscando un camino de retorno al hogar. Pero lo que sabemos con certeza es otra cosa: que los humanos que vinieron aquí dejaron estas ruinas. Por eso los arqueólogos buscan tanto entre las ruinas de Colonia Tres; ahí, dicen, podrán encontrar planos de esos medios que trajeron a los humanos hasta acá sin desplazarse en el tiempo.

—Pero si entro al foso y vuelvo a la Tierra no es al futuro...

—No digas *si vuelvo*. Es *cuando vuelva*. Y en efecto, volverías a una Tierra en la que pasó únicamente el tiempo de tu ausencia, las semanas o meses que te tome curarte aquí.

—Eso es lo que no entiendo.

—Eso es lo que nadie entiende.

Pasé casi todo mi tercer día libre limpiando la casa y poniendo en orden mi fichero. Esa noche llamé al Hospital y pregunté por Federico; lamentablemente, lo que me contaron confirmó mis sospechas. El suyo era un caso grave, en efecto. Había encontrado el vestigio de una de las criaturas (en su país, supe, las llamaban los *altes*), no estaba claro de cual. De hecho, el equipo de médicos aún no había determinado qué curso debían seguir más allá de los cuidados preliminares de fondo, porque hasta que no pudieran determinar si se había tratado de un vestigio de la Ballena o si lo era de la Serpiente (el Dragón,

naturalmente, estaba descartado) no podían recurrir a las drogas específicas. Yo no soy un experto, por supuesto, pero la mirada triste y grave, el tono de voz que empezaba a carcomerse hacia adentro y la preocupación por el tiempo me parecieron pautas bastante claras de contaminación de la Ballena; en mi experiencia, los pacientes que ingresan tocados por la Serpiente arden con una pasión inagotable que los lleva a automedicarse y experimentar ellos mismos con drogas y situaciones terapéuticas; en el peor de los casos, a la violencia autoinfligida. Son en definitiva los que duran menos, y los pacientes con menos chances de ser aceptados por la Fuente o, peor (es horrible cuando sucede), de ser reconstituídos con exactitud. Los tocados por la Ballena, en cambio, mantienen una cronosis humana, y su mayor problema es el mediano a largo plazo.

Al día siguiente retomé mi puesto; no habían pasado ni diez minutos desde la hora de apertura cuando apareció Federico con los libros para devolver. Ahora necesito uno más específico sobre la Enfermedad, dijo.

—Hay que tener un poco de cuidado con esto... no es bueno saber demasiado.

—Tampoco es que me vaya a hacer mal, ¿no?

No le dije nada; me fijé en el sistema si teníamos algún ejemplar del *Gran Manual* y, tras comprobar que en efecto quedaba uno sin prestar, le indiqué cómo podía tomarlo él mismo. Descarté el *Historia natural de la Serpiente* de Yefremov porque era una edición tan vieja que presentaba el ya perimido nombre genérico de las criaturas en caracteres cirílicos, y tomé nota mental de encargar una versión actualizada. En cuanto a Federico, caminar entre las estanterías iba a entusiasmarlo, pensé. Sonriendo, se internó en busca del volumen y regresó casi de inmediato.

—Impresionante, me parece que voy a tener que contratarte —le dije, y se puso colorado.

—¿Vos decís que tengo para mucho tiempo acá?

—Nunca se sabe, a veces cuanto más mejor; en otros casos, se pueden ir curados enseguida.

—¿Vos alguna vez estuviste en la Gruta?

La pregunta me paralizó, como siempre. Era algo que jamás había aprendido a hacer: todos los enfermos tarde o temprano me hacían esa pregunta (salvo, por supuesto, los que no se preocupaban por los libros y la biblioteca, pero estos nunca fueron mayoría) y yo jamás reaccionaba a tiempo.

—No, nunca. De lejos, nada más.

—Pero alguna vez te deben haber contado qué vieron...

—Eso sí, claro —Federico debió notar mi alivio—; pero no es fácil de contar ni mucho menos de entender si no se ha pasado por la Enfermedad. Es como si tú me contaras qué viste cuando te encontró el vestigio.

Me respondió enseguida, como si hubiese estado esperando la pregunta.

—Árboles, no sé cuántos, a veces recuerdo tres, a veces cinco. Uno adelante, dos atrás. Y todo está oscuro, como si fuera de noche, y en realidad no son árboles. A veces es una cosa sola, que parece cinco árboles o tres árboles. Están flotando, con las raíces a un lado y las ramas a otro, pero las mueven como si fueran tentáculos. A veces parecen cables, también.

—Se lo contaste a los doctores, supongo. ¿Quién es tu jefa de equipo? ¿Alina?

—No, Inessa. Inessa Nikolaevna...

—Inessa Nikolaevna Sidorova... Los nombres rusos son complicados, ¿no?

—Traté de contárselo de mil maneras, y siempre llego a lo mismo. Me preguntan si lo sueño, si lo puedo recordar cuando yo quiero, si a veces lo recuerdo distinto. Y les digo que sí a todo, porque a veces estoy más cerca de los árboles o del árbol. Pero siempre es de noche.

—¿Te puedo preguntar algo más? —asintió—. Si dejas de lado los árboles, ¿qué es lo que recuerdas? ¿Cómo llegaste ahí, cómo volviste a tu casa?

El niño tenía los ojos fijos en mí, como si su historia estuviera grabada en mi rostro y él sólo tuviera que leerla cuidadosamente.

—Lo único que sé es que volví caminando y que entré al pueblo y después a mi casa pensando que era un fantasma, que les iba a hablar a mis abuelos y no me iban a ver, que les iba a tener que gritar. Pero a veces me parece que eso fue lo que soñé esa primera noche, que habíamos bajado a la playa con mi abuelo y mi padre, a pescar a la encandilada. ¿Sabés qué es eso?

—Sí, creo que sí, es cuando pescas de noche, ¿no?

—Llevás un farol que atrae a los pescados, y los tenés que agarrar con un calderín o con un mediomundo o, si tenés, una red. A mí nunca me gustó pescar a la encandilada. Me da miedo el mar de noche.

Se detuvo. Pensé que a veces los niños que sufren la Enfermedad inventan historias y ellos mismos dejan entrever en su relato una verdad más compleja, hasta que ellos mismos se dan cuenta de que están narrando entre líneas. Ahí es cuando dejan de hablar.

—Después recuerdo entender que estaba contagiando a mis amigos. Y ahí fue cuando me encerraron y después se decidió que vendría acá...

Esa noche traté de reconstruir en mi imaginación esa visión de Federico, la de los árboles, tan común en quienes sufrieron de un contacto con la Ballena o el Enjambre. El número superior a tres que se le aparecía a veces (según consulté en mi ejemplar del *Gran Manual*) podía pensarse como una evidencia de que se había tratado del último, ya que quienes entran en la órbita de la Ballena suelen ver una forma única, inmensa, con miles de ojos, que ocupa o bien todo el cielo o bien la tierra completa, como un mar. Las cinco variantes sin duda sugerían el Enjambre, por lo que temí que el equipo de médicos (e Inessa Nikolaevna Sidorova era famosa por su tendencia a acelerar los procesos) decidiera llevarlo pronto a la Gruta. Pero había algo más, que no dejaba de llamarme la atención: ese retorno fantasmal a su casa, sumado a la idea de que debía gritar para que lo oyeran. Federico, es decir, se representaba a sí mismo como invisible, como una presencia que sólo podía resolverse en sonido.

Al día siguiente Federico no apareció en la biblioteca. Pasado el mediodía llamé al hospital y me confirmaron que habían fijado su descenso a la Gruta para el jueves. Eran dos días más, apenas. Supe también que le habían suministrado una dosis preliminar del activador y que no había reaccionado del todo bien; algo se había salido de los modelos y las predicciones, pero más allá de eso el niño se encontraba estable y permanecía dormido.

No fue un día especialmente complejo ni atareado; pasé el tiempo leyendo una novela y ordenando las últimas adquisiciones, y cerré un poco más temprano que lo usual.

Apenas cené una ensalada con arroz y algo de fruta, para después salir a caminar por la ribera. Hacía un calor inusual para la primavera en el continente, y pensé en mis hijas y en los días del Soviet Norte, remotos, gélidos y luminosos. Habían pasado ya casi cuatro años, me dije, y de pronto era fácil sentirse culpable de no haberle contado la verdad a Federico. Pero ¿a qué clase de comprensión podía llegar? Mejor dejar que me lo preguntara por su cuenta, si es que en los pocos días que nos quedaban llegaba a darse la conversación.

Lo imaginé de pronto, como si la escena forzara su entrada a mi mente y mi sensibilidad, más alto y luminoso, acercándose al lugar en el que sabía iba a encontrarme para contarme, para decirme que las había visto, que habían logrado hablar, que tenía, sí, su mensaje. Pero la ensoñación se desvaneció rápidamente y sólo quedó el temor y un eco de aquel sueño que me había contado, el del niño (¿es uno, es muchos?) que regresa a su casa vuelto un fantasma, que grita y no lo escuchan. Además, no podía saberse qué pasaría, si Federico aceptaría la trama de las voces o si el suyo sería un retorno mudo, un regreso frustrado.

Pensé entonces en la Gruta. Se decía que algunos turistas (o, mejor dicho, algunos padres que jamás habían logrado resignarse a eso que todos entendían y todos, o casi todos aceptaban y callaban para siempre) contrataban *stalkers*, presuntos guías expertos que los llevaban lo más cerca posible para tomar algunas fotografías y después regresar entre náuseas y angustia, y comprendí que si por quién sabe qué razón me despedían del Hospital yo seguramente acabaría así, ganándome unas monedas en el trayecto, contando una y otra vez la historia de las ruinas, las teorías sobre el origen de la enfermedad y el

descubrimiento de la Gruta y su Fuente. ¿O me lo tomaría más enserio y caminaría con honor esa ruta, para lo cual, evidentemente, había que hacer primero lo que todos dan por imposible, en definitiva una muerte casi segura? Quizá no era un destino peor que ser bibliotecario de un Hospital; quizá no había en verdad cómo comparar y se hacía lo que había que hacer, a cada momento, según de qué manera estuviera jugándonos la vida, llevándonos de aquí a allá, haciéndonos saltar, caer, disparar las municiones que tuviéramos a mano y así, llegado el momento, morir. Pero yo empecé a pensar y repensar el sueño de Federico, como si hubiese entendido que allí había una respuesta encerrada, y no solo para el caso del niño sino, especialmente, para el mío: volver como fantasma, gritar para ser escuchado cuando no se tiene cuerpo, cuando se habla desde otro lado. Decidí hacerle entonces esa pregunta, la que, pensé, no se le ocurriría a los médicos. Tan sólo tenía que contar con su presencia, que tuviera fuerzas para visitarme una vez más antes de su descenso a la Gruta.

Y así fue. El miércoles se apareció, muy contento y resuelto a leer más. Dejó el Gran Manual en mi mostrador y pidió algo más actualizado. No hay, le dije, o al menos nada que se preste al público.

—¿Pero y dónde están las teorías?

—En las revistas... Pero la mayoría son técnicas, no sé qué entenderías. Yo, por ejemplo, no las sabría comprender.

—Hagamos la prueba —dijo, y pronto hojeaba las páginas de la *Cosmismo y Kastorp* del mes anterior.

—¿Muchos gráficos, muchas ecuaciones? —le pregunté

y no respondió. —¿Por qué no te sientas, mejor? Si ves que es muy complicada me la dejas y buscamos otra cosa.

Escogió uno de los pupitres, junto a la microficha y al escritorio con las dos microcomputadoras y sus televisores. Dejé pasar un rato y me senté junto a él.

—¿Cómo va la lectura?

—Bien; me salteo las partes técnicas, como dijiste.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Dejó la revista.

—Sí, claro.

—Me contaste el otro día que uno de tus recuerdos recurrentes del contacto con el vestigio fue que al volver a tu casa sentías ser un fantasma, y que tenías que gritar a tus abuelos para que te escucharan.

—Sí, y a veces que se habían ido a pescar a la encandilada y yo bajaba a la playa llamándolos, pero no me oían.

—En esa imagen, o en esos recuerdos, cualquiera de los dos, ¿tú te ves a ti mismo?

Me pareció que algo se coagulaba o cristalizaba en el blanco de sus ojos.

—A veces sí —dijo, asombrado—; ¿cómo sabés?

—¿No se lo has contado a los médicos?

—No... porque en realidad no sé... Puedo no ser yo. A veces pienso que no puedo ser yo, que me veo pero que sé que no puedo ser.

—¿Pero te reconoces?

—Me doy cuenta de que es un niño que se parece a mí, como una copia, pero también sé que eso es imposible.

—¿Y que por tanto no eres tú?

—No sé, es como que vos me decís esto y yo lo pienso ahora, que me pongo a pensar en lo que recuerdo, pero no siempre lo hice. Capaz que es distinto a mí, otros ojos,

la cara más... no sé, simple. Es como si siempre quedara algo de duda, una vuelta más que darle, algo que todavía no pensé... —me seguía mirando con asombro—; pero no entiendo cómo es que podés saber algo que yo no te conté ni le conté a nadie...

—Suerte, intuición, no importa. Siempre hablo con la gente que viene al hospital; algunos me cuentan cosas, algunos incluso cuentan más de lo que creen que contaron.

Sonrió, aliviado.

—Yo debo haberte dicho más de lo que me pareció que te decía, entonces.

—Algo así.

—¿Me puedo llevar la revista?

—Claro que sí; puedes llevarte esta y el número anterior también, por si de tanto saltar ecuaciones te quedas sin nada más que leer.

—Mañana me van a llevar a la Gruta.

—Me la podrás devolver tú mismo, entonces, antes de volver a la Tierra.

Sonrió.

—Espero que sí —hizo una pausa, como con un dejo de indecisión, y después dijo: —Mirá, yo sé que vos no me contaste la verdad. Sé la historia de tus hijas y cómo vinieron tu esposa y vos con ellas al Hospital, a que se curaran en la Fuente...

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté, fríamente.

—Me lo contaron, si querés te digo quién.

Me negué. Federico prosiguió:

—Igual está bien, yo te entiendo. Entiendo por qué tenés que tener una historia así, entiendo que se la cuentas a la gente con la que recién hablás cuando están por entrar al Hospital y no sabés en realidad cuánto tiempo van a

estar acá o qué va a pasar con sus vidas. Supongo que la gente se va; tarde o temprano, sean tus hijas o tus padres. Y está bien. Tenés que intentarlo todo. Y yo tampoco te dije toda la verdad.

Por un momento temí que la medicación de apoyo estuviese fallando y, así fuese por un momento, la Enfermedad se abriese camino en sus palabras.

Carraspee.

—¿Ah no?

—No. En el sueño, o en eso que recuerdo, por ejemplo, a veces siento que mi abuela me ve, o que sabe que estoy ahí, en las paredes de la casa, pegado como una mariposa o un murciélago, o como parte de algo más grande, que es la casa o parte de la casa, la chimenea por ejemplo. No sé si me oye, pero creo que ella sabe, y que si yo quiero puedo hablarle, que ella va a escuchar algo, así sean golpecitos, rasguídos, y que eso es lo único que queda... No sé por qué mi abuelo no sabe, ni mis padres; es como si se hubiesen ido, por eso te decía recién que la gente se va, ¿no te parece? Pero mi abuela sabe algo más. Por qué ella, no sé. Pero supongo que ella sabe también que el otro no soy yo, o que es solo algo parecido a mí, o que somos dos, uno de un lado y el otro del otro, allá... —hizo una pausa— Supongo que ahora sí no me entendés nada, no estoy hablando claro...

—Lo único que me preocupa es que le hayas guardado este secreto a los médicos.

—Yo creo que debieron darse cuenta por ellos mismos. Por algo son médicos. Vos te diste cuenta y sos el bibliotecario.

Me saludó con la mano y se fue, con un gesto en la mirada que parecía darme a entender que sabía que no volveríamos a vernos. Me concentré para evocar aquella

ensoñación que me había asaltado, involuntaria como todas las reales, como todas las importantes, y apenas lo logré: un fantasma de Federico en el predio del hospital, reflejando la luz de la luna llena, agitando apenas chispas de plata entre los árboles y las banderas del Soviet.

Al día siguiente descendió a la Gruta y fue absorbido por las aguas de la Fuente. Yo sabía a qué hora pasaría y recuerdo mi sensación de inquietud, de ansiedad. ¿Qué estaría viendo, pensé, como cuando habían llevado a mis hijas? ¿Qué estará soñando? ¿Qué será lo que las drogas y la Fuente le están haciendo ver? Se dice que todos los enfermos que descienden a la Gruta tienen una visión central, un eje de su enfermedad. Algunos se encargan de repetirla y contársela a todo el mundo; otros, como Federico, la repliegan y confunden, pero dejan entreverla – porque siempre es más poderosa que ellos; siempre es lo que termina por comérselos–, y supuse, por tanto, que Federico vio una vez más sus árboles y quizá allí, precisamente allí, comprendió por qué en su sueño recurrente volvía a casa como un fantasma. La tristeza de la imagen me superó y debí disimular mis lágrimas ante los usuarios de la biblioteca; era como si sonara por todas partes una música profunda, lenta y triste, hecha de pequeñas variaciones y de gran monotonía: la monotonía inherente a que así son las cosas en el universo, así de tristes, y nada podemos hacer al respecto. Esa era, supongo, la tristeza que llevaba consigo Federico Stahl, la que le había arrancado de la carne la enfermedad, la que lo envolvía y fluctuaba a su alrededor, enlazándose a todas las cosas en el espacio que lo rodeaba;

la tristeza —y la lucidez— que le enseñó aquel vestigio del Enjambre o de la Ballena.

Una noche, meses después de haber llegado al Hospital —nuestro caso no fue tan intenso como el de Federico—, recuerdo haber despertado de madrugada para encontrar a mi hija menor sentada en su camita, mirando el cuerpo dormido de su hermana y quizá también el de su madre y el mío. Creo que jamás se percató de que yo la miraba, o si lo supo no la cambió en nada; pronto se recostó de nuevo y volvió a dormirse, pero en ese momento, en la oscuridad iluminada apenas por lo poco de las luces del pasillo que entraba por las rendijas de la puerta, sus ojos absorbieron la tristeza completa del mundo, igual que los de Federico, y mirando en ellos creí entenderlo todo: qué habían visto las dos cuando las tocó el vestigio (en su caso fue una microforma del Dragón), qué cosa las había movido a la tristeza profunda de la enfermedad, y, sobre todo, los caminos que la llevaron a esa noche en la que, así sola en su camita, comprendió la verdad de las cosas. Había comprendido, es decir, que nada valía en el fondo la pena, pero que tampoco había nada más que tomar para creerlo nuestro.

Y como mis hijas, Federico, esa réplica fresca de Federico, de piel pálida y ojos más grandes y aún cerrados, salió de la Gruta arrastrándose entre temblores en ese segundo nacimiento de los enfermos que llegan a Kastorp y superan al Hospital. Lo habrán tomado como tomaron a mis hijas, abrigado con toallas, cubierto con batas, lavado y sacudido con otras tantas drogas, llevado a la cámara central del Hospital, en el subsuelo, donde aflora el corazón secreto de las Ruinas, ese que nadie que no haya pasado por la Fuente puede ver. Allí la trama de las voces lo

atravesó y conformó de nuevo: le dio su nombre, le enseñó las palabras con las que decirse uno de nosotros, un ser humano, un hijo, un niño de la Tierra, que pasó poco más de una semana en un planeta remoto en el tiempo y en el espacio para después volver a su hogar en los últimos días de 1989. Entonces, como yo no fui capaz de hacer, sus padres se convencerán de que ahí está su hijo, de que es el mismo, que pasó en la Gruta un par de noches y emergió sano por fin, débil, sacudido por la experiencia pero en definitiva curado, capaz de hablarles sin miedo al contagio, de llamar las cosas por su nombre seguro y confiable. Se había terminado el terror y podían volver a casa. Su hijo había vuelto, habrán pensado, quizá para decidir de inmediato (para leerlo en esos ojos más grandes, aún un poco rosados) que no había que hacerse más preguntas sino simplemente volver.

Federico pasó unos días en observación y apenas lo declararon apto para recibir el alta se lo llevaron a la Colonia y de ahí al Soviet, donde atravesaron el foso en el saltador. A veces los veo, es verdad; si son niños, figuras pequeñas cubiertas en grandes sacos grises para paliar el frío de la Gruta, que todavía los asedia; grandes gorros con orejeras, bufandas que les envuelven el cuello y buena parte del rostro, a la vez que caminan abrazados por sus madres. Si son adultos, los mismos abrigos pero, además, una prisa ansiosa, en soledad también, todavía en confusión. Van tanteando el espacio con resabios de miedo. El mundo ha de ser nuevo para ellos, por más que ya los cundan las palabras, y algo en sus cuerpos lo sabe. Me pregunto si no

soñarán después, como Federico, que vuelven a un lugar donde ellos de alguna manera ya están.

Pasaron las semanas. No hubo nuevos ingresos en el Hospital ni se llevaron a cabo más descensos a la Gruta. Las noticias de la Tierra poco reportaron de los caminos del Dragón y la Ballena, pero sí hablaron de dos avistamientos del Enjambre y un par de vestigios de la Serpiente, anidados en un glaciar. Los médicos hicieron un día de campo en el lago, en el mismo lugar en que conversamos con Federico, cerca de las escaleras, bajo el zumbido, y yo pensé en pasar una noche en la Colonia, en emborracharme, en dejar el Hospital para siempre y volverme por fin un Stalker. Pero para ello debía descender.

Una mañana desperté con la certeza de que ya era tiempo de intentarlo. Pasé mi jornada restaurando un par de libros dañados, abocado a una tarea meticulosa y lenta, capaz de absorberme, y con la llegada de la noche empecé a prepararme. Así, con todo el cuidado de siempre, bajé a las inmediaciones de la Gruta. El Hospital asomaba a lo lejos, bloqueada buena parte de su visión por los árboles; el sol se había puesto ya, y el cúmulo globular centelleaba en el cielo para recordarnos a todos los humanos que no estábamos en la Tierra y que, por tanto, no sabíamos dónde estábamos. Bajo su luz todo se volvía metálico, ceniciento y, sobre todo, antiguo: un tiempo denso que manaba de la boca de la Gruta y se esparcía, estrella por estrella, a lo largo y a lo ancho del cielo sin luna.

No me atreví a adentrarme más que en otras ocasiones; mis años en Kastorp me habían enseñado cierta resistencia, pero sin la protección que visten los auxiliares que conducen a los enfermos a la Fuente no iba a sobrevivir más de unos minutos. Y trate de ver, fugazmente, siempre

animado por esa curiosa esperanza de poder detectar algún movimiento, un indicio de presencia. Allí están, después de todo, como esas imágenes que, dicen, persiguen fantasmalmente a los médicos y a los auxiliares después de unos cuantos descensos. Y yo quiero verlos; quiero ser capaz de entrar realmente, de bajar por los meandros de la Gruta hasta las aguas de la Fuente y allí, en las paredes que la rodean, ver a todos los niños y todos los enfermos, los reales, no las copias que hace la Gruta y que se abren camino hacia la luz del día como peces abisales; ver a los que hicieron su descenso, a todos sus cuerpos fundidos en esa masa única sobre la que tanto se habla o, mejor, se susurra, los más recientes todavía con sus rasgos humanos, sus ojos cerrados, sus bocas, sus manos estiradas hacia la luz –y los más antiguos ya irreconocibles, vueltos una espiral de quién sabe qué–.

Veré entonces a Federico, veré a tantos enfermos que han pasado por la Biblioteca y me han contado sus visiones, veré a mis hijas, allí, en el fondo de todas las cosas. Y como aquella otra noche leeré la tristeza del mundo en sus ojos y aprenderé así qué hay más allá del mundo, qué ven esos ojos que ya no son humanos, que ya no llaman a las cosas por estos nombres inútiles. ⊛

**UN POCO
COMO TÚ,
SEÑORITA
PATTI SMITH**

ILIANA VARGAS

Iliana Vargas (Ciudad de México, 1978). Narradora y ensayista. Ha publicado los libros *Joni Munn y otras alteraciones del psicósoma* (2012), *Magnetofónica* (2015), *Habitantes del aire caníbal* (2017) y *Yo no voy a salvarte* (2021).

I

Nunca la había visto así. Hemos vivido juntas veinte años y siempre ha actuado de una forma peculiar, pero desde hace varios días ha empezado a comportarse como si no quisiera que yo notara que El Otro está aquí. Ha sido algo raro, porque siempre me presenta a quienes vienen a visitarla, y con el tiempo he aprendido a reconocer sus voces y los rostros que corresponden a cada nombre gracias a que cuando alguien llega, lo primero que Noelia Farri hace es traer a la persona hasta acá y decirme, con un tono robótico que sólo usa en esas ocasiones:

—Señorita Patti Smith, saluda a Jimena Moro y enséñale dónde está el baño.

—Señorita Patti Smith, saluda a Oliver Aguirre y enséñale dónde está la cocina.

—Señorita Patti Smith, saluda a Carola Valenzuela y enséñale dónde puede sentarse.

Entonces yo asomo la cabeza y me le quedo mirando unos segundos a Jimena o a Oliver o a Carola o a quienquiera que sea la visita en cuestión, y luego estiro el cuello y lo giro muy despacio en la dirección indicada. Esto les hace bastante gracia y, aunque cada que vienen es lo mismo, quieren que lo repita muchas veces pero yo me niego porque he aprendido que lo común es saludarse y despedirse sólo una vez.

Recuerdo incluso a quienes estuvieron dos o tres noches completas y nunca se volvieron a aparecer por aquí. Eso sucedía cada cierto tiempo, y con más frecuencia cuando ella regresaba de viajes largos. A Noelia Farri le gustaba mucho viajar, y recibir visitas y dar paseos durante varias horas, pero desde que llegó El Otro, nada de eso ha vuelto a suceder; ni siquiera ha ido a su oficina. ¿Será por eso que no me lo presenta y además hace como si no existiera? Digamos, ¿le dará vergüenza aceptar que El Otro ha sacudido su vida de tal forma que la ha influenciado para dejar de hacer muchas cosas que disfrutaba, a pesar de que ella se ha jurado a sí misma frente a mí que eso no volvería a pasar desde la última vez que vivió La Monstruosidad a lado de YaSabemosQuién? Es difícil adivinarlo... Aunque ella evada su presencia y ande por la casa descalza, medio desnuda, con una ligereza en el cuerpo que antes no tenía, yo sé que algo no está bien.

Una tarde, la última de su rutina cotidiana antes de estos cambios, Noelia Farri empezó a sacar con mucho cuidado las piedras donde suelo trepar y comenzó a limpiarlas y a tomar los restos de comida que habían quedado flotando en el agua mientras me decía «Ahora seré un poco como tú, Señorita Patti Smith; ahora sabré qué se siente verlo

todo desde adentro, a través de estas paredes de vidrio». Entonces se quedó largo rato mirando los ventanales, o quizá los pájaros que volaban de una a otra copa de los árboles allá afuera. Luego volvió a acomodar las piedras y acarició mi cabeza muy despacio, musitando algo incomprensible para mí: «Serás el único ser vivo al que pueda tocar desde ahora».

A partir de ese día no ha vuelto a ser la misma y hace cosas que me confunden, empezando por el hecho de dejar que El Otro entrara a la casa sin pedir permiso, sin avisar, sin saludar siquiera. Simplemente, una noche que Noelia había ido por la despensa, El Otro se metió al departamento detrás de ella, aprovechando que la puerta estaba abierta porque había comprado muchas cosas y algunas esperaban en el pasillo. Esa noche, El Otro se quedó sentado en el sillón junto a la habitación de Noelia Farri y yo estuve esperando a que ella, o en todo caso él mismo se acercara a decirme su nombre, pero eso no ocurrió ni cuando Noelia se fue a dormir, ni cuando despertó y él aguardaba aún en el sillón, mirándola salir del cuarto hacia el baño y luego observando con mucha atención todo lo que hacía. Yo comencé a llamarlo El Otro porque no tengo con qué relacionarlo: no se parece a ninguno de los visitantes de Noelia, ni a nada de lo que hay aquí en la casa, ni a las imágenes que ella me ha enseñado en sus libros o en las películas que vemos juntas. Y una cosa es ser inteligente, como ella dice que soy, y otra cosa es saberlo todo, como ella dice que es antinatural ser. Lo que sí sé es que siete noches después, mientras Noelia Farri preparaba la cena y canturreaba algo como el mundo se va a acabar, *el mundo se va a acabar, si tú me has de querer, te tienes que apresurar*, sentí un calor terrible que se expandía

por toda el agua. Trepé las piedras lo más rápido que pude para no quemarme, pero también estaban calientes, así que tuve que impulsarme prendándome de la orilla del vidrio, y dejarme caer del otro lado, sobre la mesa donde Noelia Farri acondicionó mi hogar.

Quedé algo atolondrada porque hacía mucho no realizaba esa maniobra, pero esta vez no tuve opción, y cuando al fin me sentí segura como para abrir los ojos y ver si ella había notado algo, me topé con el rostro de El Otro observándome tan de cerca, que pude constatar que no era como las visitas anteriores, y no sólo por el calor que irradiaba, sino por la viscosidad que emanaba de su extrañísima piel (si a eso se le podía llamar piel) y el fulgor en sus ojos, que nunca estaban quietos: eran como esas lucecillas que Noelia cuelga en Navidad, que prenden y apagan, prenden y apagan y titilan al momento de cambiar de color. Sentí un peligro irreconocible y retraje todo mi cuerpo, quedándome lo más inmóvil que pude. Noelia Farri salió cantando de la cocina, con un plato y una cerveza en las manos. No sé por qué, cada que ella sale de alguna habitación, lo primero que hace es mirarme.

A veces me asusta, porque dice mi nombre deformándolo todo en un Señoooooorita Papapapapapati Smiiiiiiiiitttitititth, mientras se acerca y se queda ahí viéndome, como si no hubiera nada más que hacer en el mundo. Esta vez, aunque comprendí que no era nada bueno que dijera mi nombre completo sin jugar con él y en un tono que hace mucho no usaba, me sentí aliviada al verla venir hacia mí.

—¡Señorita Patti Smith! ¿Qué andas haciendo ahí afuera?

Me tomó para meterme de nuevo al agua, pero por fortuna se dio cuenta de lo caliente que estaba antes de depositarme en ella.

—¡Aaaaaaaay, pero qué carajos! —gritó muy sorprendida, elevándome con su mano derecha—. Con razón te saliste de ahí. Qué bueno que no caíste hasta el piso. No sé qué habrá pasado... A lo mejor se descompuso el calentador, pero ¿ahora dónde lo mando a arreglar, o compro otro? —decía mientras lo desconectaba bruscamente de la pared y me acomodaba con cuidado sobre la mesa—. Vas a tener que soportar el agua fría todo este mes... Aunque pensándolo bien, podríamos subir a la azotea y tumbarnos al sol para que absorbas algo de calor.

Decía todo esto mientras tiraba una parte del líquido y lo completaba con otro poco de agua fría que sacaba de la cocina. Iba y venía apresurada, y El Otro la seguía como si adivinara sus movimientos antes de que ella los hiciera. Se notaba molesta y yo no entendía por qué no lo confrontaba; por qué le daba permiso de quedarse y hacer tanta maldad.

Una vez terminado el cambio y asegurándose de que la temperatura era soportable; Noelia volvió a acomodarme con mucho cuidado dentro del agua. Luego fue al comedor y tomó su plato para calentar de nuevo la comida. Mientras esperaba que el microondas terminara su trabajo, se quedó mirándome y dándole traguitos a su cerveza sin decirme nada, pero negando con la cabeza. Al sonar la alarma del horno, se alejó diciéndome «Ay, Señorita Patti Smith, solo espero que al final no seas tú quien termine enfermándose».

Desde el sillón, donde permanecía muy quieto y callado, El Otro soltó una carcajada de la que Noelia parecía no haberse percatado en el ir y venir de la cocina a la mesa,

y que me hizo contraer todo el cuerpo de nuevo. Esa noche me costó trabajo mantener los párpados cerrados. Tenía que estar atenta para salir del agua si El Otro volvía a acercarse. Sin embargo, no fue a mí a quien visitó esa noche, sino a Noelia.

II

Lo supe la mañana siguiente, cuando ella vino a saludarme y a servirme el desayuno, toda sonrojada y con los ojos más cristalinos y empequeñecidos de lo normal.

—Hoy aumentó la temperatura, Señorita Patti Smith. Tal vez no sea necesario que subamos a que nos dé el sol.

Metió la mano al agua para sacarme como cada mañana, pero, no supe por qué, me alejé de ella; sentí que no era ya su mano tan sólo, sino su mano caliente, llena de El Otro.

Me escondí detrás de las piedras, pero Noelia me alcanzó y me tomó muy fuerte mientras me preguntaba qué me pasaba. ¿Cómo saber? Yo misma no me explicaba mi propia reacción y mucho menos lo que siguió. No era que le temiera exactamente, pero aquel día algo salió mal desde que sentí que ella ya no era Noelia, sino El Otro tratando de apropiarse de su cuerpo. Por eso, cuando me tomó con la mano más cálida de lo normal y trató de tocar mi nariz sin dejar de preguntarme con una desconocida voz ronca, que qué me pasaba, lo único que se me ocurrió fue morderla para que El Otro no intentara adueñarse de mí también.

Su primer impulso fue sacudir el dedo enérgicamente, y aunque me prensé de ella lo más fuerte que pude, salí

volando y fui a dar detrás de la fila de macetas junto a la ventana.

Noelia Farri se dio cuenta de la atrocidad que acababa de cometer y le dio un ataque de esos en los que tenía ganas de gritar pero sólo abría mucho la boca y no le salía nada; tragaba y tragaba aire con espasmos ruidosísimos sin alcanzar a llenar sus pulmones. Por lo general logra calmarse sumergiendo la cara en un plato lleno de agua, donde al parecer, suelta su rabia en un grito que no alcanzo a escuchar. Esta vez el ataque fue peor, porque al oír el grito de Noelia tras mi mordida, El Otro se apareció de inmediato y se quedó casi pegado detrás de ella, haciendo gestos como si le golpeará el pecho y la espalda, provocándole una tos incontenible que se mezclaba con los mocos y las lágrimas que hacían brillar su cara enrojecida.

Noelia Farri sufría porque no había visto que yo estaba tras las macetas y pensaba que me había lanzado a través de la ventana. Visualizaba mi cuerpo dando volteretas en el aire, o quizá cayendo como un planeador acelerado hasta azotar contra la banqueta y trozarse en tres o cuatro pedazos, y no podría salir a levantar mis restos porque en el lobby del edificio había un guardia que no dejaba salir ni entrar a nadie, salvo que se tratara de una emergencia médica.

Ante la desesperación, Noelia Farri se dejó caer de rodillas sobre el sillón, con medio cuerpo asomado por la ventana, sin poder dejar de toser. Se le había constipado la nariz y sólo podía jalar aire por la boca. Entonces sucedió algo que no sé cómo explicar, a menos que ello forme parte de la naturaleza no humana de ese ser: El Otro se transformó en un par de escarabajos diminutos, de un hermoso color púrpura brillante. Uno de ellos se posó en la

cabeza de Noelia Farri al tiempo que su gemelo se coló por la boca, cada vez más abierta en los esfuerzos por respirar. De alguna manera, al quedarse justo ahí, El Otro consiguió que Noelia regresara poco a poco todo el cuerpo adentro de la casa y lo acomodara en el sillón. El llanto y la tos iban disminuyendo acompasados, como arrullándola para que cayera dormida, y su respiración volvía al ritmo normal, sólo que iba acompañada de un silbido que evidenciaba algo que obstruía el paso completo del aire a través de la garganta.

III

Decidí salir muy despacio de mi escondite temiendo encontrarme con El Otro: después de lo que había visto me había quedado claro que no era humano ni animal aunque pudiera tomar cualquiera de ambas formas; e incluso ahora sabía que si podía convertirse en cualquier cosa, bien podría aparecerse como un terrible depredador.

Avancé hasta la pata de la mesa para que Noelia pudiera verme al despertar. No había rastros de El Otro; solo silencio y brillos solares, anaranjados, que entraban por la ventana como señales de que el peligro había pasado.

Sin embargo, la respiración de Noelia Farri sonaba cada vez más fuerte y dificultosa, como si un puñado de grillos jugueteara en su garganta. Ella permanecía en la misma posición desde hacía horas, y aunque no parecía incómoda, me preocupaba que no despertara siquiera para comer o alimentarme. Ninguna de las dos habíamos desayunado, y con todo y que me quedaban reservas

para algunas horas, sabíamos que si yo no recibía comida después de un tiempo, mi cuerpo empezaría a absorberse a sí mismo hasta secarlo por completo. La ventana se había quedado abierta y entraban ráfagas de aire cálido. ¿O era el calor que se desprendía del cuerpo de Noelia Farri y llegaba hasta mí, confortándome para conciliar el sueño y olvidar la mañana caótica, la presencia y súbita mutación de El Otro, y el hambre que ya me lanzaba punzadas candentes?

Poco a poco las luces anaranjadas se fueron desvaneciendo por completo y la oscuridad se extendió en la casa. Logré quedarme dormida un buen rato hasta que Noelia comenzó a toser y a retorcerse como si algo la apretujara por dentro del cuerpo. Esta vez, en lugar de paralizarme, el miedo me impulsó a ir hacia el sillón y trepar por uno de los costados, como lo había hecho tantas veces cuando ella me dejaba deambular mientras cambiaba el agua. Logré llegar hasta lo alto del respaldo y desde ahí pude ver que un halo púrpura rodeaba su piel convirtiéndola en una membrana gelatinosa que no la dejaba respirar ni moverse. Sus ojos permanecían abiertos como nunca y sin embargo parecía que ella no veía nada. Su rostro estaba desapareciendo muy despacio, dentro de sí mismo: la boca y la nariz eran absorbidos por algo desde adentro y en su lugar aparecían pústulas con diminutos pelos rojos. Su cuerpo se estremecía y su pecho hacía grandes esfuerzos por llenarse de aire. Empezó a emitir sonidos desde lo profundo de su estómago, como si quisiera explotar y dejar de sentir lo que estaba sintiendo, que al parecer era muy doloroso por las contorsiones y el color amoratado que estaba cobrando su cuerpo hasta que comenzó a desgranarse, ¡sí, desgranarse! Igual que esa fruta que tanto le gustaba comer por las tardes, así Noelia

o el cuerpo que alguna vez había sido de Noelia Farri ahora era un montón de carne desgranada, púrpura y brillante. Sus ojos enormemente abiertos eran lo único que había quedado de ella. Intenté bajar para posarme por última vez en lo que había sido su panza, pero noté que mi cuerpo también estaba dejando de ser mío para convertirse en lo que sea que me espera ahora que la piel comienza a atenazarse sobre la carne para absorberla.

No sé cuántos minutos o quizá horas han pasado antes de sentir que los párpados empiezan a pegarse a mis globos oculares. Lo último que alcanzo a ver es cómo los pedazos informes del cuerpo de Noelia Farri van reventándose cual burbujas de donde brotan diminutos escarabajos que revolotean siguiendo una ruta, al parecer, trazada por El Otro, quien sentado en la cornisa de la ventana como si nada, como si nunca se hubiera transformado en otra cosa, espera a que todos los bichos se adhieran a él y luego, sin siquiera despedirse o al menos mirar un poco el desastre que ha ocasionado, se levanta y salta hacia la noche. (★)

**EL LUGAR
QUE HABITA
LA LUZ**

SOLEDAD VÉLIZ

Soledad Véliz (Santiago, 1982). Psicóloga, ilustradora y escritora. Publicó el libro de cuentos *Teratofilia* (2023), y textos suyos han sido publicados en revistas y antologías como *Poliedro*, *Lo sintético* y *Próxima*, entre otras.

*We'll be funnier. We'll be sexier.
We'll be more adept at
expressing loving sentiments.*

**Ray Kurzweil,
director de ingeniería de Google**

«Escucho el rumor que predice la llegada de la primavera. Los árboles afuera de nuestra casa tiemblan, liberándose de las capas más resacas de sus troncos, y los poros de la tierra se abren para recibir los dedos cálidos del sol. Esta era tu época preferida del año porque era cliché y porque el aire se electrificaba por las noches y podías sentirlo en tu piel mientras tomábamos cerveza en nuestro pequeño balcón. La primavera se aproxima y cada vez se define mejor tu silueta fumando en el umbral de nuestra casa al anochecer. La primavera está más cerca y así lo está tu memoria, súbitamente viva en la forma en que la luz atraviesa las cortinas y en los tenues cambios de temperatura. Está en los cardenales que sobrevivieron al invierno y en su indistinguible olor. Escribo esto aquí para recordarme a mí misma que no debo olvidarte. Tu nombre es Belisa. Y esta es tu casa».

El joven frente a ella ha comenzado a sudar. Puede ver cómo su frente adquiere una cualidad mantecosa y sus ojos se vuelven más brillantes.

—No era mi intención ser inadecuado —murmura el joven, después de varios minutos.

La frase le arranca un suspiro de impaciencia a Rena. La sala de clases se encuentra sobrenaturalmente silenciosa y los estudiantes desvían la mirada de la escena que se desenvuelve frente a ellos. Una alarma suena en alguna parte, pero es rápidamente acallada.

—No quise ser irrespetuoso, solo lo dije como un chiste, profesora...

El silencio después de su título le indica que el estudiante no se ha aprendido su apellido aún.

—Profesora Rena Díaz —completa ella, ante la mirada mortificada del joven. Acto seguido, golpea ambas manos, lo que sobresalta a más de un estudiante.

Se dirige a la clase ignorando completamente al alumno de pie en medio de la sala.

—Hace muchos años atrás la profesora Lene Hau, de la Universidad de Harvard, logró disminuir la velocidad de un pulso de luz usando un condensado Bose-Einstein. Hau y su equipo atravesaron con un haz de luz una nube de átomos llevados casi al cero absoluto. La información de la luz es conservada íntegramente en la nube de átomos, a diferencia de lo que pasaría si el pulso golpeará... no lo sé, una pared. Esa información es una copia perfecta, incrustada en los átomos de la nube, del pulso de luz original —recorre con la mirada a la casi cuarentena de estudiantes que la observan con recelo—. Todos ustedes saben de estos avances porque fueron esenciales para la evolución de la computación cuántica, entre otras cosas.

Fui parte del grupo que rediseñó los hallazgos del equipo de la doctora Hau hacia la investigación de la memoria, como bien lo indicó su compañero. Lo que buscábamos no era recrear luz, sino cuerpos. Organismos compuestos por las memorias que quedan en la carne. Pero en lo que su compañero se equivoca, y voy a culpar al tipo de foros de internet en los que les gusta participar, es que no estábamos tratando de crear zombis.

Pronunció esa última palabra con todo el desprecio que le fue posible. Pensó en cómo se debería ver; el pelo medio revuelto, los dedos manchados de nicotina, las ojeras permanentes debido al insomnio, su primera clase de pregrado en años argumentando, furiosa, que no había trabajado en crear muertos vivos.

—Estábamos tratando de gobernar la muerte —sentenció.

«El Proyecto para Gobernar la Muerte (PGM) fue anunciado a los círculos académicos a través de una modesta publicación de dos páginas en una renombrada revista y en coloquios en las universidades más prestigiosas de cada uno de los países miembros. En los medios y en las redes sociales la noticia encendió susceptibilidades y oleadas de memes que murieron calladamente a las pocas semanas. El proyecto era financiado por varios millonarios que llevaban años reescribiendo la agenda de la investigación biomédica y, solo periféricamente, apoyado por entidades

estatales de los países invitados. Por varios años no hubo más información que algunos modestos boletines sacados a regañadientes ante la presión de las oficinas de innovación de las universidades involucradas. El proyecto y sus potenciales avances cayeron en el silencio de forma paulatina, de modo que el escándalo que redirigió la atención hacia el equipo de investigación pareció enorme en comparación».

—No puedo tolerar ese tipo de comentarios en mi primera clase —dice Rena sin levantar la vista del computador.

El hombre que está de pie asiente cortésmente y se dirige desde el umbral de la puerta de la oficina de Rena hacia la silla que está en frente de ella. Cruza unas manos pulcras y de largos dedos sobre su rodilla. Sus zapatos reflejan la luz de los tubos fluorescentes que iluminan la oficina sin ventanas. Rena interrumpe el frenético tecleo en el computador y, con un suspiro, dirige su mirada al recién llegado.

—Sabes que no estoy aquí porque hayas asustado a un estudiante de segundo año —el hombre inclina la cabeza para mirarla con los ojos entrecerrados—. Estoy aquí porque supe que hablaste de tu participación en el PGM.

—Estoy segura de que no será la última vez. Es el primer resultado que da mi nombre en los buscadores, incluso antes que mi afiliación a esta casa de estudios. Agradecería si pudieran invertir en un par de algoritmos

que permitieran que mi perfil de internet fuese más... sobrio.

—Rena —dice el hombre mientras se reacomoda el traje azul petróleo—, la universidad no puede controlar lo que los estudiantes saben acerca de ti, pero sí necesito que no te involucres en discusiones detalladas con ellos sobre tu rol en el PGM. No es necesario que se enteren de... tu condición —el hombre parece arrepentirse inmediatamente de lo dicho, pero no se desdice.

«Es completamente razonable», piensa ella mientras trata de hacer algo con sus manos. En algún lugar de la oficina suena una alarma y se le ocurre que ha olvidado algo.

—Mira —le dice al hombre—, sé que el Consejo ha estado dudoso de mi incorporación a las clases con estudiantes y agradezco que me hayan permitido volver a la docencia —traga densamente antes de seguir con voz ahogada—, pero ustedes han suscrito a este convenio de reinserción de científicas destacadas y no me están haciendo ningún favor. Ustedes obtienen puntos de acreditación y yo puedo volver a sentirme un ser humano. Ambos ganamos.

Súbitamente siente náuseas y se da cuenta de que sus palmas se han cubierto de sudor. El hombre fuerza una sonrisa y, por un momento, parece asustado. Ella reconoce esa expresión y decide volver a apoyar su espalda contra el respaldo de la silla y parecer en control. Se quedan en silencio hasta que el hombre decide romperlo abruptamente.

—Aparentemente no has actualizado tu ficha clínica en varios días —anuncia—. Como encargado del programa de reinserción sabes que se me exige tener tal información

al día —le muestra una pantalla densa de gráficos en su tableta—. Tienes una cita con Eliza mañana en la tarde. No te atrases. Rena no da señales de haber escuchado. Se queda en su escritorio mirando el espacio delante de ella mientras escucha las pisadas del hombre perderse por el pasillo. Después de unos minutos, inclina la cabeza como si escuchara algo. La tensión va dejando su cuerpo paulatinamente.

Desde hace algunas noches siente un peso asentarse en su pecho. Lo asimila a un nudo hecho de pliegues tan delicados que no se atreve a abrir por temor a rasgarlo. En el último mes, en noches particularmente frías, se ha sorprendido buscando el calor de otra presencia bajo las mantas. Otras veces, después de apagar la luz, pasa minutos con el brazo extendido, buscando alguien a quien abrazar hasta que recuerda que vive sola. A medida que el cálido aliento de la primavera le gana al frío a veces entra a una habitación y siente un aroma familiar, como si alguien recién hubiera dejado el lugar. En las noches en que la presencia es insoportable, se levanta y deambula por calles familiares y apacibles hasta que el dolor se atenúa y se refugia en su oficina de la facultad. Inmersa en el silencio previo a la llegada de los estudiantes, amparada por la complicidad de las mujeres que limpian el edificio, traza fórmulas con precisión mántrica tratando de rescatar un nombre que se le escapa.

Encuentra el cuadernito en una caja bajo su escritorio. Por un momento piensa en descartarlo y seguir buscando lo que necesita, pero algo, el peso entre sus manos, le obliga a abrirlo. Parece un cuaderno de cálculos, ya que cada hoja se encuentra cubierta por marañas de fórmulas. No obstante, dos caligrafías diferentes se entrelazan en casi

todas las páginas; algunas veces una domina a la otra al sobrescribir fórmulas completas, pero la mayoría de las veces una subraya o parece agregar signos de expresión a las fórmulas, como si las incitara a continuar. Reconoce su propia letra sin dificultad alguna; la otra, extrañamente familiar, le parece salida de un sueño. En una de las páginas se encuentra con una ilustración de una mujer con decenas de brazos. La línea es delicada y temblorosa, y definitivamente no es suya.

En la página siguiente la espera un papel doblado con cinta adhesiva. Al abrirlo se encuentra con las siguientes palabras:

«Nos habíamos visto antes en el PGM pero nos encontramos realmente en el Rengeo-in, en Kyoto. En él, mil y un estatuas de Kannon, la diosa de la compasión, esperan a los visitantes alineadas cuidadosamente unas junto a otras. La leyenda dice que los invitados deben tener paciencia para mirar cada rostro porque en ellos se puede reconocer a alguien a quien se extraña. ¿Se ha perdido a esa persona? ¿O aún no se la conoce? Sobre las cabezas de las estatuas, once testas adicionales representan los estadios por los que ha pasado la Bodhisattva para llegar a la Iluminación. Al avanzar por el pasillo, bajo la luz parpadeante, puedes ver por el rabillo del ojo a las estatuas cobrar vida y desplegar sus cientos de brazos. Si caminas en silencio total, puedes escuchar a sus once cabezas murmurar los secretos para dejar atrás el sufrimiento. Fue en ese pasillo en el que entrecruzamos nuestros dedos por primera vez, amparadas por sombras de setecientos años...».

En algún lugar de la oficina nuevamente suena una alarma. Apenas la oye un ataque de pánico se abalanza sobre ella.

Rena se hunde en el suave sillón de colores cálidos. Una monstera deliciosa de casi dos metros se yergue junto a la ventana, sus inmensas hojas derraman sombras azules sobre el escritorio de Eliza, la terapeuta. Le apacigua el carácter atemporal de esa monstera; nunca cambia de color, no gana ni pierde hojas, sus brotes se conservan perfectamente coagulados en el tiempo. La habitación siempre tiene la misma temperatura, y melodías diseñadas para producir sosiego suenan por unos parlantes ubicuos. Un cansancio sobrecogedor la acomete y siente el conocido cosquilleo del sueño, pero se obliga a enderezar la espalda y planta ambos pies en el suelo mullido. La ingeniería mnemónica se ha vuelto un campo popular de práctica terapéutica, algo a lo que el PGM, a pesar de su estrepitoso fracaso, contribuyó a inaugurar. Es en parte por esta contribución a la sociedad que el Estado ha incorporado a Rena al plan de reinserción de científicas. Este plan involucra, entre otras cosas, terapias mensuales con una trabajadora de memoria con tal de contrarrestar los desajustes asociados a la participación en el PGM y asegurar una reinserción exitosa.

—Hay algo que no está funcionando —farfulla Rena antes de que la mujer pueda hacer el enmarque terapéutico protocolar. Eliza mantiene su sonrisa tranquilizadora y

cruza y descruza sus dedos—. Mi memoria se ha vuelto peor y la estoy olvidando —termina.

—¿Cómo va tu receta de Neimoden? —replica la terapeuta. Mantiene sus manos sobre el escritorio, las uñas pálidas bajo la luz artificial.

—Quizás la dosis no es la correcta —continúa Rena— He estado olvidando qué significan las alarmas, y el nombre mismo... Sé que la estoy olvidando y necesito una nueva dosis, quizás incluso una nueva receta. Sé que tienen sostenedores de memoria más avanzados que pueden ayudarme a recordarla.

La trabajadora vuelve a descruzar sus dedos. Rena sabe que no son dedos orgánicos en el sentido estricto, pero aun así la distraen los rastros de desgaste en la cutícula.

—¿Quizás quieras hablarme más acerca de aquello que estás olvidando? —sugirió Eliza. Se parecía a su madre cuando la miraba así, seguramente un rasgo intencional de su diseño.

—Es una mujer, una presencia que habita en mi casa, pero que recientemente se ha movilizado hacia mi oficina. Por las noches la puedo casi sentir, cuando el aire se torna estático y la luz de la mesita se encuentra encendida. Vuelve a mí como un recuerdo olfativo y puedo sentirla con todo mi cuerpo, como la luz amarillenta que derrama la ampolleta...

—Deberíamos ajustar la dosis... —interrumpe Eliza tecleando en una pantalla que antes no estaba ahí.

—¡Las dosis no están ayudando! —exclama Rena, cerca de la desesperación. No obstante, decide guardar silencio ante la mirada alarmada de Eliza.

—El programa de reinserción involucra una cláusula de confidencialidad que obliga a los exmiembros de los

equipos de investigación a someterse a terapia mnemónica para olvidar todo lo que estaba inscrito como propiedad industrial de la firma privada a la que se le vendió el proyecto —Eliza acentúa cada palabra con un pequeño golpe de su dedo índice en la mesa plastificada—. De no cumplir con esta cláusula serás desvinculada del programa de reinserción. No encontrarás trabajo jamás.

—Llevo en este proceso meses y no he podido recuperar ni un solo recuerdo de ella —replica Rena, cansadamente—. Ustedes han retejido los recuerdos en forma incorrecta. La han quitado de mis recuerdos, probablemente por un error, ¿quizás algo fácilmente corregible? —sonríe débilmente—. Por favor —ruega—, no puedo recordar su rostro ni su nombre. Quizás el estrés de volver a la docencia ha empeorado todo...

—Rena, justamente ese es el problema —el rostro de Eliza por primera vez le parece enfermizo bajo la luz artificial—. No hay nada malo con tu memoria.

Rena se queda muy quieta bajo la mirada de la terapeuta, tan quieta que podría ser una extensión de la monstera, derramando sombras azules sobre el escritorio.

Eliza toma su inmovilidad como signo de atención.

—El trabajo de reingeniería mnemónica que estamos haciendo contigo no es para que recuerdes a alguien sino para que olvides. De alguna manera tu participación en el PGM derivó en la creación de un síndrome de memoria falsa, esa presencia puede que jamás haya existido.

«Hay varias formas de concebir la inmortalidad. Los millonarios de la innovación conciben la muerte como

un problema a solucionar. En consecuencia, vivir para siempre involucra la conquista de la entropía, la podredumbre, la muerte celular. Una inmortalidad como esta implica subjetividades 'tal' como son en un momento cúlmine, con tal de salvaguardar de la forma más auténtica posible su actual existencia. Esa línea de pensamiento sobre la inmortalidad ha derramado millones de dólares en terapias de hipotermia controlada, en técnicas cada vez más sofisticadas de resucitación y en nanotecnología para reparar células a medida que se dañan. Sin embargo, existen otras formas de concebir la inmortalidad. Una de ellas es la que trató de desarrollar el PGM, a través del gobierno de los mecanismos y las tecnologías de la memoria. Este proyecto concebía la muerte biológica y la muerte social como dos elementos entrelazados y dependientes. Una forma de alcanzar la inmortalidad era a través de la reconstrucción de los muertos a partir de las memorias combinadas de diversas personas y animales que habían recogido información sobre dicho ser mientras estaba con vida. Dentro del proyecto, una de las unidades exploraba las posibilidades de traer a alguien a una existencia material a partir de dispositivos orgánicos y corporales de memoria. Examinaban la capacidad del cuerpo orgánico para producir un recuerdo material. El principio fundamental de la unidad podía leerse en todos sus documentos oficiales: el individuo nunca está constituido por un solo registro, sino por registros colectivos».

El sonido estridente de una alarma le hace abrir los ojos. Se encuentra de regreso en su oficina. El ruido en su estómago

le indica que es cerca del mediodía. Frente a ella, la pizarra está llena de garabatos ilegibles que no recuerda haber escrito. La alarma le indica que «es tiempo de tomarse el Neimoden», y se queda unos minutos mirando idiotamente el mensaje, sin poder recordar qué es lo que tiene que hacer. Se levanta para buscar el nombre en internet, pero su pantalla parpadea con cientos de archivos cargándose simultáneamente.

Se vuelve a recostar con el cuadernito azul apretado entre sus brazos. Busca hacia adentro, pero el rastro se disipa y llega a un lugar blanco en medio de sus recuerdos. Tiene incluso un nombre entre sus labios, pero no hay nadie ahí para recibirlo. Sin embargo, el cuadernito vibra con las fórmulas, gráficos y diagramas que describen una posible máquina para recrear personas a partir de un cuerpo que fue amado. La fuerza del nombre vuelve a sus labios, Belinda, y también vuelve la seguridad de que esa presencia que ha perdido está en las notas y la está esperando a ella:

«Necesitamos la física emocional que nos permita comprender cómo volver a proyectar ese cuerpo o esos cuerpos enquistados en el propio, con qué haz debemos bañarnos para reconstituir esas sombras, ojalá, queridas y añoradas. Quizás la gente deja una huella física en los cuerpos como la impronta que la luz deja en esos átomos helados, una marca que transportas a todas partes sin darte cuenta. Y, tal vez, las marcas que otros han dejado en nuestro cuerpo permiten recobrar a una persona».

Comienza a pasar más tiempo en su oficina a solas con la maraña de fórmulas que cubren las numerosas pizarras. Los recuerdos parecen anidar ahí, en los escritos con letra minuciosa, en los retazos de imágenes que se le aparecen

cuando sostiene el cuadernito en sus manos. Cree que las fórmulas apuntan a la construcción de una máquina de registro y reproducción, una forma no humana de memoria capaz de proyectar lo que el cuerpo registra y de hacerlo material. Rena, obstinada como siempre, ha tomado una decisión: construirá la máquina.

Recuerda cuando, en el Rengeo-in, habían enlazado sus dedos por primera vez. El rostro de ella, moreno, pequeño, con sus mejillas llenas y sus ojos resplandeciendo en el pasillo mal iluminado. En estos recuerdos, que aparecían cada vez con más frecuencia, nunca dejaban el templo. Se escabullían exitosamente de los guardias que sospechaban de su permanente presencia entre las Kannon. Ella le quitaba tiempo a sus labores en el PGM para estar juntas y luego compensaba trabajando horas inhumanas y ofreciéndose a hacer las labores menos atractivas y más meticulosas. Y por las noches aprovechaban cualquier descanso para envolverse la una en la otra imprimiendo carne y suspiros a las fórmulas y cálculos.

Las notas en el cuadernito azul son lo suficientemente completas como para ahorrarle meses de teoría, puede comenzar a construir la máquina de inmediato. Se sorprende hablándole a ella en voz alta cuando se encuentra sola en su oficina. Entremedio de las notas y las fórmulas el libro azul tiene fotografías suyas en blanco y negro, a cuerpo completo y desnuda, con manchas de colores bañando torpemente algunas partes de su figura. No recuerda habérselas sacado.

Ahora trabaja día y noche en la máquina. Su oficina en el subterráneo de la facultad, húmeda, oscura, al final de un pasillo, por primera vez le parece perfecta.

Los medios de prensa que reportaron la cancelación del PGM hicieron hincapié en que dos de los académicos a cargo estaban involucrados en enormes casos de malversación de fondos públicos. Solo unos pocos medios de prensa hicieron eco de teorías que llamaron «conspirativas» respecto a que el problema era de otro orden, de que el PGM había, de hecho, tenido éxito en revivir muertos a partir de huellas dejadas en la materia de los cuerpos.

—Si no te tomas el Neimoden el tejido mnemónico que hemos estado hilando durante todos estos meses colapsará, y con él los recuerdos que has formado desde que saliste del PGM —le había advertido Eliza, con algo de impaciencia. Algunas noches, las peores, sueña con que recorre el pasillo en el Rengeo-in, que se encuentra estéril y vacío.

Las Kannon no la rodean. Sus llamados resuenan en las paredes de madera agrietada.

Las fotografías de su cuerpo se acumulan a medida que descodifica y accede a más y más archivos de su computador. Cada foto tiene una fecha y hora, que sobrescribe y desdice la anterior. Los recuerdos se suceden de la misma manera. Están acostadas una al lado de la otra, aunque no puede verla claramente. Escucha su voz: «Puedo decirte cosas sobre ti que ni tú misma sabes». Rena había contestado, sonriendo: «Primera vez que salgo con un oráculo».

En las fotos sucesivas comienza a predominar un color anaranjado por sobre otros, y las áreas que este cubre comienzan a hacerse más repetitivas, definidas, más parecidas a puntos de energía que fluyen desde su vientre bajo hacia sus manos, sus pechos, su cuello, sus labios, sus mejillas, en un ciclo constante de caricias que ahoga todos

los otros colores. Las fotografías se detienen unos días antes de que el PGM fuera cancelado.

En la última fotografía sus manos adquieren una cualidad fantasmal, rodeada de brillos cálidos que parecen sostenerlas en el aire. Su cuerpo parece exudar vapor y cree poder distinguir otra forma sobre ella. Su rostro se encuentra perforado por haces de luz y sus ojos fijos en un punto sobre su línea de visión, la boca levemente entreabierta. No sabe si su expresión es de veneración o de absoluto terror. Lo que emerge no es su cuerpo sino una versión luminosa y fragmentada de un lugar para habitar. Un espacio en medio de muchos otros cuerpos, formado por algo que estaba ovillado y que se despliega.

Recién ahora lo comprende: ha ocultado sus propios recuerdos en el librito y en estas fotografías. Ha trazado en su propio cuerpo el terreno de la amada para que no puedan arrebatársela con memorias tejidas con puntos falsos.

Termina la máquina en tres semanas exactas. Las mujeres de la limpieza cruzan miradas con ella las escasas veces que ha salido al baño o a comer. Sus ojos son graves y contienen tanta lástima que apenas puede devolverles el saludo. Se le ocurre que le queda poco tiempo antes de que alguien sea obligado a hablar sobre los ruidos en su oficina.

El aparato ha desplazado los pocos muebles de su oficina y ha cubierto el techo con sus pilares. Al centro del perímetro de 360° ha reservado un espacio

relativamente despejado para ella. Lo ha mantenido simple y rudimentario. Ha conseguido varios generadores adicionales para alimentar a la máquina. Es verano, el sol tarda en ocultarse y el campus se vacía rápidamente. En cuanto se siente segura la enciende. La habitación se ilumina lenta y ruidosamente. Los pilares tiemblan y ella se posiciona al centro del círculo y activa a distancia el escáner. Los pilares apuntan sus cámaras hacia ella y beben de su cuerpo ávidamente. Registran, trazan, dimensionan y replican cada partícula que la compone y las sombras que la moldean. Mientras el proceso se extiende de minutos a horas, ella repite el nombre luminoso, Belisa, para mantener la esperanza. Trata de alcanzar el recuerdo en Kyoto, pero el rostro de ella ha comenzado a fundirse con el de cientos de diosas en camino a la iluminación. La duda se anida en esas horas en que espera que el escáner trace todo su cuerpo. No todo es posible de registrar, piensa, existen los espacios entre las pieles, el aura espesa de la memoria, la emoción, el color de la luz, la fuerza con la que se puede apretar al otro, la velocidad con la que vienen los pensamientos a su cabeza, la necesidad de la costumbre, la plenitud, el hastío, la decepción, todas esas cosas que no están solo en el cuerpo. No es posible reproducir a otro ser vivo, se dice, con terror súbito.

Cuando piensa que ya no la podrán sostener más las piernas, los pilares se apagan con un ruido abrupto. Por unos segundos cree que se han sobrecargado los generadores y que debe comenzar todo de nuevo; sin embargo, un resplandor débil llama su atención. Tarda un poco en entender que es su piel la que emite una luminosidad fría, la que le permite ver alrededor. Tarda aún más, quizás

porque no se atreve, quizás porque no entiende lo que ve, en mirar a quien está frente a ella.

Belisa se yergue con su cuerpo tornasolado y cientos de brazos que entran y salen de la oscuridad que la rodea. Belisa es mil dientes y encías, es un rostro de engranajes devorándose a sí mismos. Belisa tiene —o es— dos orbes oscuros e inmóviles que la reflejan.

—¿Soy satisfactoria para tu memoria? —pregunta con voz triste y temblorosa.

Continúa recordando. Hay alguien en el templo que no es humano. Tiene mil brazos y once cabezas para presenciar el sufrimiento humano, que viene desde todos lados y es imparabile. Sus brazos se mueven como mecidos por la brisa, reluciendo expectantes en el oscuro pabellón. Todas las mujeres de su vida, y de otras vidas que no es posible reconocer, yacen en esos brazos y en esos rostros. Recuerda haberse acercado a esta Kannon espantosamente viva y extender sus dedos temblorosos hacia los de ella para tocarlos.

—Así que la máquina no puede traer a alguien de regreso —susurra ella, después de un largo rato—. Solo puede crear algo nuevo a partir de recuerdos corporales.

Otro orbe se abre en el rostro de Belisa.

—No es la primera vez que hacemos esto —responde, y esta vez su voz suena metálica—. Lo intentamos mientras el PGM estaba en funciones. La persona que tratabas

originalmente de reproducir se encuentra tan enhebrada conmigo que, al mismo tiempo, se ha perdido en la memoria. No has querido renunciar a ella y, al no tener otra forma de resguardar la información de mi existencia más que a través de tu cuerpo, lo has ofrecido para que sea mi refugio.

Belisa hace girar las pequeñas ruedas engarzadas que cubren su cuerpo, lo que las envuelve a ambas en destellos opacos, multicolores. Rena siente una calidez familiar.

—Entiendo —dice, y se inclina sin pensarlo hacia el inestable cuerpo de Belisa.

La siente desplegarse y retraerse en el estrecho espacio que comparten, y comprende que volverá a ser el hogar de Belisa hasta que esta florezca a su lado, en un hogar propio. ⊛

Orden del libro

Prólogo
(Maielis González)

5

Simbiosis
(Luis Carlos Barragán)

11

Aguas
(Bibiana Camacho)

57

La vida es para siempre
(Flor Canosa)

79

Ojos de cesio radiactivo
(Erick J. Mota)

87

Casino Shanghai
(Karen Andrea Reyes)

101

Pasó como un espíritu
(Giovanna Rivero)

115

Árboles en la noche
(Ramiro Sanchiz)

143

Un poco como tú, señorita Patti Smith
(Iliana Vargas)

167

El lugar que habita la luz
(Soledad Véliz)

179

Selektor 9 es una colección de antologías de ficciones breves curadas por autores destacados en el panorama de la ciencia ficción, la fantasía y la ficción extraña latinoamericana, propuesta como una serie de cartografías e intervenciones de y desde el continuo *weird*.

MIG 21 EDITORA

Contaminación Futura vol.1. (Carsen, Cohen, Dobrinin, González, Mainero, Molinari, Ponce, Rumel, Salas, Sanchiz) ★ **Contaminación Futura vol.2** (Allen, Federici, Fritz, Marchesky, Méndez, Mira de Echeverría, Pons, Pandiani, Rodríguez Pappe, Silva Olazábal) ★ **El bosque que crece por las noches** (Pablo Dobrinin) ★ **Contaminación Futura vol.3** (Bonanata, Broemmel, Broggio, Calamares Caraballo, Damián Miravete, Figueras, Machado Obaldía, Solari, Vilar Madruga) ★ **Trashpunk** (Ramiro Sanchiz) ★ **Contaminación Futura vol.4** (Arismendi, Candal, Chimal, Gandolfo, Gueçaimburu, Guerrero, Peña, Raggio Miranda, Rossello, Santurde) ★ **Contaminación Futura vol.5** (Alonso, Álvarez, Brenda, Canosa, Carson, Jota-Pérez, Palermo, Pozzolo, Salazar Maciá, Sanchiz) ★ **Jauría** (Maielis González) ★ **Contaminación Futura vol.6** (Barragán, Beauxis, Ghan, Ireland, Jurado, Piaggio, Rehermann, Rivero, Santullo, Sierra) ★ **Lo mejor de Ruido Blanco** (Bonanata, Botta, Carbajal, Cebrián, Dobrinin, Marchesky, Molinari, Morales, Peña, Pons, Rossello, Sanchiz) ★ **Contaminación Futura vol.7**

MIG 21 EDITORA

(Barceló, Botta, Caraballo, Dobrinin, Frick, González, Loza, Raggio, Velázquez, Yoss) ★ **Playlist** (Néstor Darío Figueiras) ★ **Contaminación Futura vol.8** (Aboaf, Bonanata, Cohen, Damonte, Marchesky, Paz Soldán, Ponce, Pozzolo, Sanchiz, Vera) ★ **Lo mejor de Ruido Blanco vol. 2** (Barragán, Caraballo, Carson, Cruz, Damonte, Federici, García Cabrera, García Peyrallo, González, Kapeniak, Pandiani, Solari) ★ **Contaminación Futura vol.9** (Álvarez, Bentancor, Gríppoli, Hécate, Lipner, Medone, Mota, Salgado, Sosa, Tena) ★ **Selektor 9 vol. 1** (Barragán, Camacho, Canosa, Mota, Reyes, Rivero, Sanchiz, Vargas, Véliz, selección de Maielis González) ★ **El día de la ballena** (Ramiro Sanchiz, selección y prólogo de Antoine Barral) ★ **//HYPERPULP// El pornógrafo** (Hank T. Cohen) ★ **Ñachi** (Ignacio Fritz) ★ **Un hoyo en el cielo** (Pablo Dobrinin) ★ **Rockabilly** (Mike Wilson) ★ **Nadie recuerda Mlejnás** (Ramiro Sanchiz) ★ **La gloria de Vladimir** (H. K. Siborski) ★ **Nadie sale vivo de aquí** (Roland Corbent) ★



SELEKTOR 9

VOL. 1

Simbiosis

Luis Carlos **BARRAGÁN**

Aguas

Bibiana **CAMACHO**

La vida es para siempre

Flor **CANOSA**

Ojos de cesio radiactivo

Erick J. **MOTA**

Casino Shanghai

Karen Andrea **REYES**

Pasó como un espíritu

Giovanna **RIVERO**

Árboles en la noche

Ramiro **SANCHIZ**

Un poco como tú, señorita Patti Smith

Iliana **VARGAS**

El lugar que habita la luz

Soledad **VÉLIZ**

selección y prólogo de:

Maielis **GONZÁLEZ**



MIG21
EDITORIA

